

"TODA LA VERDAD ES MEJOR QUE
LA DUDA INDEFINIDA"

LA
MOLÉCULA
DE
DIOS

ANNABEL NAVARRO
-BLACK EDITION-

LA MOLÉCULA DE DIOS

Un caso de la detective Natalie Davis

ANNABEL NAVARRO

-BlackEdition-

La molécula de Dios ©2017. Annabel Navarro Cuevas

Todos los derechos reservados. 1ª edición. 2017 BlackEdition

Independently published. **Puede contener errores.**

Quedan rigurosamente prohibidas, sin autorización escrita del titular de los derechos, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Sinopsis

Natalie sospecha que alguien de su equipo se ha cambiado de bando, sin embargo, su intención de iniciar una investigación paralela junto a su compañera Olivia va a tener que esperar; ahora tiene otros problemas más importantes de los que ocuparse. Tras un tiroteo en el que Natalie sale ilesa, la agente ha sido reducida con una pistola eléctrica e introducida en una furgoneta; alguien se está tomando demasiadas molestias para hacerla desaparecer.

Su jefe, Tom Collins, enfocará la investigación considerándola una fugitiva peligrosa responsable de varias muertes; pero ni James Coleman, detective del departamento de policía de Nueva York, ni Jack Meyer, actual asesor de la policía, estarán dispuestos a cruzarse de brazos mientras Natalie continúa en paradero desconocido. ¿Podrán los detectives descubrir qué hay detrás de la conspiración para destruirla antes de que tenga lugar el cruel desenlace?

"Toda la verdad es mejor que la duda indefinida"

Arthur Conan Doyle

Capítulo 0

El teléfono comenzó a vibrar, mientras su dueño, ajeno a lo que se cocía al otro lado de la línea, recorría con sus labios el cuerpo desnudo de su última conquista. Besar su cuello, oler su pelo y saborear su jugosa sonrisa vertical era lo único que Malcolm deseaba en aquel momento. Ella se dejaba hacer y guiar en aquel juego en el que los dos eran inexpertos, pero en el que él había decidido llevar la voz cantante. Acariciar sus pechos, al tiempo que dibujaba el contorno de sus rosados pezones e introducir sus dedos en lo más profundo de su ser era una actividad que no estaba dispuesto a posponer. Estaba ansioso; sus movimientos apresurados y el ir y venir de un rincón a otro lo descubrían, pero Gloria estaba tan inmersa en disfrutar del conjunto de sensaciones que Malcolm despertaba con el roce de su piel que no apreciaba nada más que lo concerniente a dos cuerpos que se **devoraban a besos con la avidez del que siente que no habrá segundas oportunidades**. Pronto se fundieron en uno solo, los jadeos se sucedieron y el vaho empañó los cristales; un gemido lastimero, un suspiro placentero y la fiesta de sus sexos acabó poniendo fin a la velada con fuegos artificiales.

Malcolm suspiró aletargado y molesto. Lo último que quería, sufriendo aquella resaca postcoital, era recibir una llamada que le apremiase a levantarse y ponerse a trabajar.

—¿De verdad tienes que irte? —preguntó Gloria con voz lastimera mientras apartaba el pelo de su cara y cubría sus pechos desnudos con la camiseta de Malcolm.

—Tengo que trabajar, nena —dijo peleando por recuperar su ropa y haciendo un esfuerzo por controlar una nueva erección.

—¿Nos vemos mañana? —indagó Gloria vistiéndose.

—Mañana no puedo.

—¿Te pasarás por la fiesta de Jenny del sábado?

—No estoy seguro —añadió ocupando su asiento en el coche. Gloria no necesitó preguntar más; era obvio que Malcolm había conseguido lo que quería y había perdido todo el interés.

—Nos vemos —concluyó abandonando el coche indignada. Malcolm la detuvo tomándola de la muñeca.

—No es lo que parece. Me gustas mucho, Gloria; pero ahora mismo no es tan sencillo.

—¿Por qué? ¡Dime! ¿Te gusta otra? —Él la tomó de la barbilla.

—Eres la única chica que me interesa, ¿te enteras? Pero tengo que pagar mis deudas, ponerme al día con las clases... Por otro lado, está mi abuelo; no me deja respirar, creo que sospecha algo. Y por supuesto, está tu padre—. Gloria se abrazó a su cuello.

—¡A la mierda mi padre! ¡A la mierda todo! —Él la apartó.

—Sabes que el mundo no funciona así. Además, estoy muy cerca de mi meta; muy pronto podré dejar el trabajo y seré todo tuyo.

—¿Me lo prometes? —Un beso cargado de intenciones fue la respuesta de Malcolm.

Tras nueve llamadas perdidas, la paciencia de su interlocutor se había agotado; ni siquiera le dio oportunidad a disculparse o inventar una excusa.

—¡Hola! He visto que...

—En el muelle, ¡ya! —y colgaron.

Malcolm se temía lo peor. Ese era uno de los motivos que le empujaban a mantener las distancias con Gloria. Lo último que deseaba era meterla en problemas.

Se culpaba de haberse dejado llevar por sus hormonas y haber accedido a quedar con ella aquella noche; sí, había sido una noche increíble, pero ahora tenía dos problemas a los que enfrentarse: los reproches de sus compañeros e idear una excusa para romper con Gloria antes de que todo aquello se le fuera de las manos.

Como estaba estipulado, no tuvo ningún problema en acceder al recinto y llegar al almacén número 73; aquel en el que se urdía un complejo entramado. Detuvo su coche, bajó del auto y trató de subir la puerta metálica que le impedía acceder. Por más que se empeñó, no consiguió que cediera ni unos centímetros. Aquello no le gustaba; el mensaje había sido claro y él había acudido a la cita. ¿Dónde estaban los demás? No lo pensó dos veces; debía salir de allí cuanto antes.

—¿Tienes prisa? —le preguntó una voz conocida desde la parte trasera de su coche mientras un frío cañón descansaba en su sien.

—¿A qué viene esto? —inquirió manteniendo la sangre fría y la mirada puesta en el volante.

—Te creíamos uno de los nuestros. Te acogimos, confiamos en ti... ¿y así nos lo pagas?

—Debe ser un malentendido. No tengo ni idea de qué hablas.

—Por favor, Malcolm, no pongas en duda mi inteligencia.

—Quizás, si hablo con mi abuelo... —sugirió con la esperanza de ganar tiempo y que aquellos no fueran sus últimos minutos de vida.

—Lo siento, tu abuelo no va a poder sacarte de este lío.

—Dame una oportunidad. Podemos llegar a un acuerdo... —suplicó con las lágrimas amenazando escapar de sus ojos.

La pistola dejó de hacer presión sobre la piel y el individuo descendió del auto. Malcolm se apuraba en arrancar el motor y huir de allí antes de que aquel tipo cambiara de opinión. No fue lo bastante rápido.

La puerta se abrió y el firme pulso de su verdugo apretó el gatillo varias veces agujereando su pecho. La sangre se abrió camino tiñendo todo a su paso y consumiendo a Malcolm rápidamente, robándole todas sus fuerzas hasta que espiró su último aliento. Los mentirosos no tenían cabida en aquel grupo; aquella era la máxima del asesino, **una mentira nunca debe vivir hasta hacerse vieja.**

Capítulo 1

Nueva York podía respirar de nuevo tranquila tras la resolución del último caso que había perturbado a la ciudad; un duro proceso de investigación que había desatado el pánico entre los neoyorquinos y tenido en jaque al equipo del FBI liderado por el agente Tom Collins, cuyo malhumor crónico iba a acrecentarse aquella misma mañana.

La televisión, ubicada en la sala de trabajo del equipo de Collins en las oficinas del FBI, comenzó a emitir la rueda de prensa en la que James Coleman -detective de homicidios- relataba cómo el departamento de policía de Nueva York había cerrado un caso que había traído de cabeza al FBI. El rótulo que acompañaba a la imagen, y que proclamaba a Coleman como héroe, no contribuiría a que los ánimos de Collins se calmasen. Natalie se mantenía en su mesa fingiendo redactar un informe; conocedora de la tormenta que aquella noticia iba a desatar en cuestión de minutos y, sin duda, cuya furia descargaría sobre su cabeza. El resto del equipo dirigía una mirada intermitente de la pantalla al rostro de la agente; intuyendo lo que estaba a punto de acontecer. Brandon -subordinado de Collins- hizo indicaciones a su jefe y éste se unió al grupo.

—¡Subid el volumen! —ordenó al tiempo que la vena de su sien se insuflaba. Brandon siguió las instrucciones y la voz de Coleman inundó la sala.

“El departamento de policía puso a trabajar a todos los efectivos para desenmascarar a la persona que se escondía tras los brutales asesinatos y poner fin a este caso que se ha cobrado varias víctimas. Queremos dar públicamente las gracias al ex agente del FBI Jack Meyer, por su inestimable colaboración; y compartir con todos ustedes que desde hoy formará parte del equipo como asesor externo.

Desde aquí instamos a los compañeros del cuerpo de investigación federal a aunar esfuerzos en futuros casos, ya que este departamento ha demostrado

que está sobradamente cualificado para resolver...”

—¡Apágalo! —gritó Collins obligando a silenciar a Coleman—. ¡Davis! ¡A mi despacho!

Natalie sabía que tarde o temprano aquel momento iba a llegar. Con una calma insólita, caminó entre las mesas de trabajo y se reunió con su jefe. Natalie hizo el intento de sentarse, pero él la detuvo alzando el dedo índice.

—Quédate de pie. Seré breve —anunció entre dientes—. No tengo pruebas ni voy a perder el tiempo en buscarlas, pero sé que si ese cretino de Coleman ha sido capaz de cerrar un caso en el que nosotros habíamos estado trabajando es porque tú has tenido algo que ver.

—Señor, yo... —Natalie hizo un vano intento por amansarlo.

—Por favor, ni te molestes en intentar mentirme. ¿Me tomas por estúpido? ¿Coleman investigando un caso que tú te negabas a cerrar y tu novio recolocado como asesor externo? Por favor, no subestimes mi inteligencia —espiró taciturno—. Davis, no puedo echarte ni suspenderte; pero me encargaré que aprendas lo que es el respeto a la jerarquía y la disciplina. Puedes irte —despidió con una mirada que hubiera provocado que el más templado y veterano de los agentes se hubiera orinado encima. Natalie se limitó a asentir y regresó a su mesa ante la atenta mirada de sus compañeros. Jenny -agente de campo- fue la encargada de preguntar y saciar la curiosidad de todos.

—¿Te ha suspendido? —interrogó dubitativa. Natalie negó.

—Mucho peor —aseguró captando toda la atención de sus compañeros—. Me ha puesto una diana en la espalda —concluyó.

Sus colegas de profesión y de desventuras estaban preocupados; lo último que necesitaban en ese momento en el que la reputación del equipo había quedado en entredicho era perder a una agente con tanto talento. Joe suspiró

abatido, Jenny frunció el ceño y Olivia sacudió la cabeza. Mientras, Brandon, sin embargo, sonreía satisfecho; quizás, después de todo y con un poco de suerte, Natalie desaparecería de su vida dejando de hacerle sombra. No tuvo que esperar demasiado para que sus deseos se hicieran realidad. Aquella misma noche podría celebrar su secreta victoria, la agente Davis iba a ser relegada al sótano y durante una temporada no tendría que preocuparse de ella ni de esforzarse para que las miradas de sus superiores se centraran en él. Nunca una cerveza le supo tan bien ni se creyó tan cerca de lograr su ansiado ascenso.

El sótano. A Natalie le costó no mostrar su frustración y descontento al conocer su destino; se negaba a darle la satisfacción a Collins de saber que su castigo surtía efecto. La agente se mantuvo impertérrita, con gesto relajado, aunque serio, y se limitó a recoger sus cosas y trasladarse al frío, oscuro y polvoriento sótano; al menos así era cómo se lo imaginaba.

A su llegada, la cosa no mejoró; a pesar de la espléndida iluminación artificial, no se había equivocado. El lugar, además de carecer de calefacción y necesitar varias pasadas de plumero, era una enorme sala llena de estanterías repletas de cajas de casos antiguos con una diminuta mesa en la entrada para el responsable del almacén y otra, ubicada en un rincón en medio del claustrofóbico espacio, en la cual Natalie trabajaría hasta nuevo aviso.

Suspiró apática al dejar sus cosas sobre la mesa y ojear por encima el extenso listado de casos por revisar que Collins le había entregado antes de desterrarla al olvido; pues eso era el sótano, el lugar donde se almacenaban las cajas que contenían los informes de los casos cerrados y las vergüenzas de la agencia, los restos de casos sin resolver, esos de los cuales se decía que se posponían hasta obtener nuevos datos, pero que lo cierto era que una vez procrastinada la investigación jamás se retomaría.

Natalie inspiró con fuerza y asintió para sí misma. Tenía dos opciones: derrumbarse ante el castigo y lamentarse hasta que Collins se apiadara de ella, o asumir la situación y adaptarse a las circunstancias. Sonrió decidida; se recogió su media melena castaña en una cola alta, se deshizo de la chaqueta de cuero negra y, remangándose la camisa, paseó entre los pasillos en busca de su primera lectura de la temporada, un caso reciente cuyo responsable continuaba impune, al menos, de momento.

Capítulo 2

Jack Meyer mantenía su mejor sonrisa mientras recibía las congratulaciones del resto de agentes de policía por su nuevo puesto. Era curiosa la vida... toda su existencia luchando por formar parte del FBI, convertirse en el agente más joven en liderar un equipo federal, ser expulsado por culpa de Natalie, caer en un profundo pozo de autodestrucción y retomar las riendas de su vida gracias a la misma persona que puso su mundo patas arriba. Suspiró y con una mueca pidió auxilio a Coleman para que lo liberara de la abrumadora situación. El detective se abrió paso entre sus compañeros y arrastró a Meyer hacia la salida.

—Vete, descansa y ya hablaremos —le despidió con una palmada en la espalda.

—Espera, se supone que ahora soy tu asesor.

—Por supuesto. Sólo es cuestión de tiempo que un nuevo cadáver aparezca... no te alejes del teléfono, recibirás pronto mi llamada.

Meyer subió cabizbajo al taxi que le esperaba. No estaba seguro si aquella nueva vida encajaría con él, un hombre acostumbrado a dar órdenes y formar parte de la acción; pero era mejor que nada. El taxi anduvo unos escasos metros antes de que Coleman casi saltara sobre el capó para detenerlo y le abriera la puerta para sacarlo de allí a toda prisa.

—¡Vamos! Tenemos trabajo —alentó iniciando la carrera seguido muy de cerca por Meyer.

Olivia miró a su alrededor. Collins estaba reunido con uno de los jefazos para

explicar el por qué de los últimos acontecimientos. La inactividad había llevado al resto de su equipo a buscar alternativas para llenar el tiempo. Joe - el informático- estaba en su cueva trasteando con nuevos aparatos de vigilancia, Jenny estaba entrenando en el gimnasio y Brandon... no tenía ni idea de dónde andaba ese lameculos engréido; al menos, podía escabullirse de su puesto sin ser vista. Recorrió la planta, manteniendo la calma y fingiendo normalidad; se dirigió hacia el ascensor y, una vez verificado la ausencia de ojos indiscretos, usó las escaleras para descender unas plantas y esconderse en los baños. Respiró aliviada creyéndose sola cuando una mano la asió sobre el hombro para voltearla; la agente sobresaltada, reaccionó colocándose en posición de ataque dispuesta a patearle el trasero a quién fuera.

—¡Soy yo! —gritó Natalie esquivando el puño de su amiga.

—Lo siento, Nat. Pensaba que estaban los baños vacíos.

—¿Y quién iba a atacarte? ¿La escobilla del váter? —ambas rieron ante la ocurrencia.

—Déjate de bromas. ¿Qué demonios sucede? —necesitaba respuestas. Natalie le había enviado un mensaje lleno de secretismo pidiéndole que se reunieran allí y que evitara ser vista.

—Sé que parecerá una locura...

—Cariño, todo lo que tiene que ver contigo es una locura.

—Creo que he encontrado algo sospechoso y necesito que investigues un poco.

—Explícate.

—Llevo todo el día revisando casos antiguos. De la mayoría no había mucho de dónde tirar, pero hay algo que me ha llamado la atención. Se trata de un chico que encontraron cerca de unos viejos almacenes en el muelle. Según los informes, su relación con una banda callejera y sus antecedentes hicieron

pensar que se trataba de un ajuste de cuentas...

—¿Y qué hace el FBI investigando ese caso? ¿No debería ser asunto de la policía?

—Eso fue lo primero que llamó mi atención. No entendía que jurisdicción tenía el FBI o qué motivos para asumir la investigación, pero... —torció el labio.

—Siempre hay algún compañero capullo alimentando nuestra mala fama de petulantes—agregó poniendo los ojos en blanco. Natalie asintió.

—Aún así he seguido dándole vueltas. Resulta que hallaron el cuerpo dentro de un coche, pero no hay ningún análisis sobre el vehículo; así que... —dejó la frase en el aire y le dedicó su mirada más lastimera, esa que su amiga conocía bien.

—¡No! Sea lo que sea lo que vas a pedirme, la respuesta es “no”.

—Olivia, por favor, yo no puedo abandonar el calabozo —escupió la palabra entre dientes para referirse al sótano— pero tú puedes ir a echar una mirada a ver si todavía está en el depósito o tienen algún dato en sus archivos. Creo que esta semana le toca a Bruce el turno de día y ya sabes que está loco por ti...

—No sólo quieres que me meta en un lío por ti, también que utilice esto —acarició el contorno de su cuerpo con la palma de su mano— para manipular al pobre Bruce —suspiró—. Sé que te jode que Collins te haya mandando al sótano y estoy segura que quieres demostrarle que eres una agente increíble, pero... Nat, a veces lo que parece un simple asesinato, es sólo eso.

—Puede... —añadió Natalie—. No sé cómo explicarlo, pero mi instinto me dice que hay algo más.

—Mira, te conozco lo suficiente para no subestimar tu instinto; sin embargo, no entiendo qué quieres que investigue.

—Necesito que eches un vistazo y hagas algunas preguntas. Quiero que me

pases todos los casos que se abrieron ese día o si hubo algún otro incidente... algo que pueda darle sentido.

—¿Estás loca? ¿Sabes lo impreciso que es eso? ¡Podrían ser miles!

—Lo haría yo misma, pero Collins me tiene castigada sin ordenador; supongo que teme que le envíe cualquier información a Coleman. Y se lo pediría a Joe, pero ya me ayudó con el último caso... —dijo con voz apenada.

—Está bien, veré qué puedo hacer; no te prometo nada, es como buscar una aguja en una pajar... ¡a ciegas!

—Sé que hay algo más, Olivia. Confía en mí.

Natalie regresó al sótano y releyó los informes; quizás Olivia tuviera razón y viera algo oscuro porque quería verlo, no porque hubiera un caso que investigar. Por otra parte, no podía obviar la necesidad de **mirar dos veces para ver lo justo**. Abrió un bloc de notas y comenzó a redactar lo que parecía el argumento vacío de una película de sobremesa; sin embargo, todo estaba a punto de cambiar.

Capítulo 3

Cuando Jack y Coleman llegaron al lugar de los hechos, la zona estaba acordonada por los agentes de zona. Los curiosos se agolpaban tras la cinta amarilla y cerca de la ambulancia de los sanitarios, quienes habían comprobado el estado del cuerpo y esperaban para poder llevarse el cadáver. Collins saludó con un ligero movimiento de cabeza y ambos cruzaron la línea para dirigirse a uno de los policías; el detective le dio la mano e inició el procedimiento habitual.

—Hola, Martínez. ¿Tú fuiste quien encontró el cuerpo?

—Así es —confirmó la mujer—. Mi compañero y yo estábamos haciendo la ruta, cuando nos llamó la atención un bulto tirado en medio del callejón. Detuvimos el coche de inmediato, comprobamos las constantes y dimos el aviso.

—¿Estaba ya muerta cuando la encontrasteis?

—Sí, señor.

—¿Habéis tocado algo o...? —guardó silencio levantando la vista de su libreta y enarcando una ceja.

—No, señor; llamamos de inmediato y nos limitamos a esperar.

—¿Y tu compañero?

—Bueno... —se rascó la cabeza antes de responder—. Es su primer cadáver y no lo ha llevado muy bien. Uno de los sanitarios le está atendiendo porque se desmalló.

—¡Novatos! —exclamó zarandeando la cabeza. A continuación, se acercó al cuerpo para verlo con sus propios ojos.

Se puso de rodillas junto a la víctima y analizó la situación. Mujer latina de unos 19 años con dos heridas de bala en la espalda. Coleman negó con la cabeza mientras buscaba su bolso; no lo encontró junto a ella, así que asumió que había sido un robo.

Jack había permanecido en silencio desde que habían bajado del auto y se mantenía a unos pasos por detrás de Coleman observándolo todo. El detective lo miró contrariado.

—¿Qué demonios haces?

—Yo... —Jack no supo qué contestar. Esa nueva faceta suya como asesor lo había descuadrado por completo. No estaba seguro de qué podía o no hacer; y, por supuesto, respetaba a su compañero lo suficiente como para no entrometerse en su camino. Coleman pareció entender en su mirada lo que le preocupaba. Se puso de pie, se sacudió las rodillas y se acercó a Jack para que nadie les oyera.

—Sé que todo esto es nuevo para ti, pero quiero que hagas lo que mejor sabes hacer: investigar y resolver crímenes; y si eso supone hacer preguntas, tirarte al suelo o tomar la iniciativa, ¡hazlo! —suspiró—. No he accedido a que seas asesor sólo por mi amistad con Natalie, sé que eres casi tan bueno como ella —le hizo un guiño y Jack sonrió; asintió y se puso manos a la obra, mucho más seguro de sí mismo.

El asesor caminó alrededor del cuerpo para observar la escena del crimen con perspectiva. A continuación, se arrodilló junto a la joven, la cacheó y analizó la posición del cuerpo. Afirmó respondiéndose a sí mismo una pregunta que le rondaba por la cabeza y se irguió.

—¿Qué opinas? —quiso saber Coleman.

—Salvo que la autopsia diga lo contrario, parece obvio que murió a causa de las balas incrustadas en su espalda. La ausencia de bolso o cartera indica que el móvil pudo ser el robo. La posición del cuerpo, bocabajo y cerca del inicio

del callejón, nos muestra que huía del callejón hacia la calle y que le dispararon por la espalda. Quizá el ladrón la sorprendió desde el otro lado y ella creyó que adentrándose por este camino le sería más fácil evitarlo, o bien, salió de alguna de esas puertas y el tipo aprovechó la calma de esta zona. Sea como fuere, son simples especulaciones. Me gustaría ver si encuentro alguna pista por la zona —compartió todos sus pensamientos. Coleman sonrió satisfecho.

—Da una vuelta a ver si encuentras algo. Trataré de preguntar a los curiosos si alguien vio algo y averiguaré si hay alguna cámara que pueda aportarnos alguna imagen sobre lo ocurrido.

—Estupendo. Nos vemos en un rato —se despidió Jack adentrándose en el callejón, husmeando por los rincones como el buen sabueso que era.

Olivia se apresuró a dirigirse al depósito; cuanto antes terminara con la misión de Natalie, antes podría regresar a la seguridad de su mesa. Tal como su amiga le había indicado, Bruce estaba haciendo su turno; tan pronto la vio aparecer, se irguió en su asiento y dibujó una exagerada sonrisa.

—Hola, preciosa. ¿Qué te trae por aquí?

—Hola, Bruce. Necesito localizar un vehículo; no estoy segura si todavía lo tenéis aquí o ya lo habéis transferido.

—Dime la matrícula —solicitó dedicándole un guiño y preparándose para teclear. Olivia negó con la cabeza.

—Puedo darte el número de expediente.

—Eso también puede valerme —aseguró excesivamente entusiasmado. Olivia leyó el dato y Bruce lo introdujo en la base; unos minutos más tarde la forzada sonrisa, que lo había acompañado desde la llegada de la agente, se borró de un plumazo—. ¿Estás segura que el número es correcto? No aparece

nada.

—No puede ser —aseveró confundida, mientras se mensajeaba con Natalie, quien le verificó que no había ninguna confusión—. Bruce, tengo a una agente investigando ese caso... ¿habéis olvidado registrarlo? —El hombre se puso de pie iracundo.

—¿Por quién me tomas? Tanto Damon como yo somos muy meticulosos.

—Lo siento, Bruce, no quería ofenderte; pero no dejarás de reconocer que es algo extraño.

—Tienes razón, no sé qué ha podido pasar —se disculpó el agente esforzándose por recordar algún detalle sobre el caso. Olivia se tomó unos minutos antes de añadir...

—Voy a dar un vuelta a ver qué encuentro —dijo iniciando la marcha. Bruce abandonó su mesa y se interpuso en su camino.

—No puedo dejarte pasar.

—¿Cómo dices? —Olivia cruzó los brazos bajo sus pechos y enarcó una ceja.

—Según el protocolo... —intentó explicarse el agente, pero ella le interrumpió.

—Según el protocolo, el coche que busco debería estar en la base de datos —zarandé la cabeza y con una media sonrisa cómplice, agregó—. Bruce, lo hago por ti. Es mejor que yo sea la que averigüe qué ha sucedido antes de que uno de los compañeros de arriba descubra que ha podido haber un error en la cadena de pruebas —la duda se dibujó en el rostro de su amigo, lo que la animó a continuar. Colocó una mano en su hombro—. Déjame ayudarte; así salimos ganando los dos. ¿Qué me dices? —Olivia lo observó expectante, él parecía debatir consigo mismo—. ¿Y bien? —insistió la detective.

—Pasa. Si consigues sacarme de este lío, te invitaré a cenar el viernes por la noche —resolvió contento. Olivia no había contado con eso, pero se limitó a asentir y a proseguir con su investigación.

Olivia recorrió la zona en busca del coche. No contaba con muchos datos; según la información que Natalie había sustraído de las fotos del expediente, se trataba de un coche tuneado, con adornos plateados en respiraderos y palanca de cambios, y asientos forrados con un diseño que imitaba a la piel de las cebras. Las fotos no mostraban la matrícula, el modelo o el exterior; lo que le complicaba todavía más su tarea.

Olivia suspiró e inició la tarea que consistía en aproximarse a los coches, pegar la nariz a la ventanilla y mirar en su interior. Estaba a punto de desistir cuando el morro metalizado de un coche que asomaba detrás de una pila de cajas, captó su atención. Como si hubieran tratado de esconderlo, un sedán del 70 aguardaba en un rincón de la nave. Olivia anduvo unos pasos, se acercó y observó su interior; con la cara descompuesta retrocedió unos pasos.

—¿Cómo es posible? —se lamentó sin poder dar crédito; el sillón estaba lleno de sangre y restos de su antiguo dueño. Sin duda, no habían procesado el vehículo; algo que la desconcertaba.

Olivia no tenía tiempo para especulaciones, debía ir por su maletín y regresar para tomar todas las pruebas que no se hubieran perdido durante el lapso de abandono del *sedán*. Se encontraba a unos pasos de la entrada, cuando la voz de Brandon la alertó; se agazapó oculta tras una columna y prestó atención a la conversación que mantenía con Bruce.

—Deja de marear la perdiz y responde. ¿Dónde está Olivia? —exigió saber Brandon.

—Ya te he dicho que no lo sé.

—No mientas, la han visto venir hacia aquí —indicó el agente con una sonrisa ladeada llena de prepotencia. Bruce se pasó la mano por el pelo para ganar tiempo antes de responder.

—Vino a verme, estuvimos hablando y se fue.

—¿De qué estuvisteis hablando?

—No creo que mis conversaciones privadas con ella sean de tu incumbencia.

—¿Privadas? —exclamó con desdén.

—Sí, privadas. El viernes vamos a cenar juntos... y si no tienes nada que preguntarme sobre la mercancía, no tenemos nada de lo que hablar — concluyó Bruce acomodándose en su asiento y afanándose en teclear en su ordenador. Brandon chasqueó la lengua y se marchó con los labios apretados y el paso pesado.

Olivia estaba agradecida de que Bruce le hubiera cubierto las espaldas, a pesar de que hubiera comentado una cita a la que todavía no estaba segura de querer acudir. Se demoró unos minutos para asegurarse de que Brandon no rondara por allí y se reunió con Bruce.

—¿Qué demonios quería ese cretino?

—¿Lo has visto?

—Sí, estaba escondida y he oído algo —confesó torciendo la boca. Bruce se sonrojó.

—Estaba desesperado por encontrarte; siento si he dicho algo que te haya molestado, pero no sabía cómo hacer que se fuera —añadió, con dulzura, como el niño arrepentido que sabe que no debería haber abierto la boca. Olivia, conmovida, le dio las gracias.

—Olvida eso, tenemos otro problema. He encontrado el coche y está sin procesar —Bruce palideció.

—¿Cómo es posible?

—De momento, no diremos nada; voy por mi maletín para ver qué encuentro

dentro —informó poniéndose en marcha.

—¿Olivia? —la detuvo—. Respecto a la cena, no hace falta que quedemos.

—En otra ocasión, tal vez... —agregó logrando una sonrisa cómplice de su amigo.

Olivia continuó su camino sin ahondar en el tema; era mejor que las cosas quedaran así, a tener que explicar que se veía a escondidas con un hombre, del que ni Natalie sabía de su existencia, y cuyo nombre podía levantar demasiadas suspicacias.

Capítulo 4

Jack no había encontrado ninguna prueba en el callejón y Coleman esperaba que su equipo analizara las imágenes de las cámaras de tráfico con la esperanza de obtener algún dato que los llevara al responsable; era cuestión de esperar, la parte más frustrante de su trabajo.

Mientras recibían noticias, Jack y Coleman se habían reunido en la morgue con el forense, quien sólo confirmó lo que ya sabían: “muerte por arma de fuego”. Ahora debían aguardar a que llegara un posible familiar de la víctima para certificar la identidad de la mujer, a quién habían localizado gracias a uno de los curiosos que merodeaban por la zona.

Humberto Guzmán cruzó el pasillo, con el pulso firme y los nervios templados, hasta la sala en la cual el cuerpo de su hija yacía. Caminó con paso regio, tez seria y mirada perdida. Coleman le tendió la mano. Jack se limitó a saludarlo con un movimiento de cabeza.

—¿Es... —se le rompió la voz. Humberto carraspeó y continuó—. ¿Es mi hija?

—No llevaba documentación encima, pero alguien de la zona creyó reconocerla —explicó Coleman midiendo sus palabras. Humberto suspiró.

—Debe ser Gloria. Nadie me haría pasar por esto, si así no fuera —aseguró—. ¿Puedo verla? —interrogó antes de cruzar el umbral de la puerta acristalada para terminar cuanto antes con aquella pesadilla. Los dos hombres asintieron y lo escoltaron junto a la camilla.

—Cuando esté listo —animó el médico cuya dilatada experiencia no le eximía de empatizar con el sufrimiento que provocada el triste momento como si se tratara de su primera vez.

—Nunca podría estarlo —murmuró Humberto—. Retire la sábana, por favor

—y así lo hizo el responsable de la morgue.

Humberto se limitó a asentir y a contemplar impasible el rostro pálido de su adorada y única hija. Ya nunca más podría compartir risas y secretos con su querida Gloria.

—Si no me necesitan... tengo que preparar un funeral —fueron sus únicas palabras.

—Deberá acompañarme para rellenar el papeleo, pero... —Coleman trató de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Ocurre algo? ¿No puedo enterrar a mi hija?

—Será mejor que salgamos y dejemos al doctor trabajar —intervino Jack. Humberto obedeció sin apartar la vista de su rostro y, una vez en el pasillo, le abordó.

—Usted es Jack Meyer, ¿verdad? —el aludido afirmó con un movimiento de pestañas—. Le he reconocido de las noticias. Dígame, ¿por qué no me puedo llevar a mi hija? Aunque, si usted está en este asunto, intuyo la respuesta.

—Hay una investigación abierta. Su hija fue encontrada en un callejón sin vida, por lo que debemos proceder a esclarecer los hechos antes de cerrar el caso y permitirle que entierre a su hija.

—¿Tienen alguna idea de quién ha podido ser?

—De momento no podemos decir nada al respecto.

—Ya veo...

—Señor Guzmán, si me acompaña a la oficina... —trató de retomar el control de la conversación Coleman.

—Prométame una cosa —dijo dirigiendo su mirada a Jack—. Si es tan bueno como dicen, espero que me dé su palabra de que encontrará al culpable.

—No se preocupe. Haremos todo lo que esté en nuestras manos.

Coleman colocó la mano en su espalda y guio a Humberto fuera de aquella sala; media hora más tarde el señor Guzmán abandonaba el departamento de policía.

—Sube la ventanilla —le ordenó a su chófer, quien de inmediato accionó el botón para que la mampara que dividía en dos el auto, lo separara de su jefe dándole a éste la intimidad que necesitaba.

Fue entonces cuando el empresario más importante y admirado por la comunidad latina, dejó de ser el imponente hombre de negocios para ser sólo el hombre sensible y lastimero que acababa de recibir la noticia de la muerte de su hija. Mordiéndose el puño para no dejar escapar los gritos que le robaban el desgarrador dolor que partía en mil pedazos su alma, lloró desconsolado en la soledad del asiento trasero de su coche; el único momento que su posición pública le permitía poder mostrarse débil e indefenso, y el único que pensaba concederse.

Capítulo 5

Tras un largo y tedioso día, Natalie suspiró cuando el ascensor se detuvo en la planta del parking, aliviada con la idea de que fuera la hora de marcharse a casa. Su sospecha sobre un posible caso que investigar se había convertido en un callejón sin salida cuyos informes continuaban acumulando polvo sobre su mesa. Brandon había estado incordiando a Olivia y Collins la había vigilado a ella de cerca, por lo que no había podido contactar con su compañera para averiguar si había avanzado algo en la misión que le había encomendado. La detective se dirigió hacia su coche con el único pensamiento de darse un baño relajante y beber una copa de vino. Accionó el botón de su mando a distancia y al oírse el pitido que avisaba que se había desbloqueado el cierre centralizado, una mano se posó en su hombro robándole un grito.

—¡Menudo susto! —se burló Olivia.

—Estaba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera te he oído acercarte.

—Más nos vale que dejemos de vernos en estas circunstancias. ¿Estás bien? No tienes buen aspecto —confesó su amiga.

—Collins.

—¿No ha tenido bastante con enviarte al sótano? —se sorprendió Olivia. Natalie respondió con un bufido.

—Desde que llegó va a por mí, pero tras ayudar a Coleman ha ido a peor. Lo he tenido todo el día pegado a mi nuca; es agotador y muy frustrante. Incluso me he planteado dejar todo esto...

—¿Estarás bromeando? Eres buena en tu trabajo. Sí, tuviste algunos errores y siempre habrá alguien dispuesto a recordártelo, pero ni se te ocurra decir que abandonas porque un imbécil engreído y sabelotodo quiera pisotearte —alentó su compañera—. Además, tenemos algo muy importante de lo que ocuparnos.

—¿Qué sucede? —quiso saber Natalie. Olivia la abrazó y le susurró al oído mientras le introducía un sobre en el bolsillo de la chaqueta: “No he podido averiguar mucho, pero en la carta te cuento todo; ahora depende de ti”; las amigas se separaron y cada una tomó una dirección diferente.

Natalie caminó hacia su coche, abrió la puerta y subió al auto, ansiosa por leer la información; tomó varias atajos para llegar cuanto antes a casa y saciar su curiosidad. Aquella noche tendría que posponer su cita con Jack.

Tras cenar, había llegado el momento que había ansiado desde que se topara con Olivia en los aparcamientos. Acomodada en el sofá de su salón, se tapaba con una manta mientras daba sorbos a una copa de vino e iniciaba la lectura.

“Me debes una muy gorda. Brandon ha estado atosigándome todo el día; ha sido un día de locos. Por suerte, ha merecido la pena. Una vez más... tenías razón. Encontré el vehículo en el depósito, acompañado de varias desconcertantes sorpresas. El auto ni estaba registrado ni había sido procesado; así que tuve que ingeniármelas para evitar a Brandon y encargarme del asunto. Los restos de sangre y las huellas me llevaron hacia un nombre: Malcolm Donovan. 19 años. Detenido por asalto a una propiedad privada; según he averiguado, fue durante su primer semestre en la Universidad y un grupo de compañeros saltaron la valla para colarse en la casa del decano. Chiquilladas para entrar en alguna hermandad, pero a parte de eso está limpio. Nada de bandas callejeras ni asuntos turbios. El coche está registrado a su nombre y por las marcas direccionales y el charco en la alfombrilla, no hay duda de que le mataron ahí. Probablemente, era alguien que conocía o un loco que se coló por detrás y le sorprendió. (Pásame el informe, tengo curiosidad por leerlo. Por lo poco que me contaste, nada cuadra en esta historia). En el coche también encontré algunos recibos y un preservativo usado; nada interesante ni que se pueda rescatar. Sé que no es mucho, pero de lo que podemos estar seguras es que algo raro hay detrás de todo este asunto. ¿Por qué se le atribuye un tema de

bandas? ¿Quién ha asignado el caso al FBI? ¿Cómo es posible que un coche entre en el depósito y no se registre ni se procese? Es todo muy sospechoso; quizás deberíamos hablarlo con Collins. Vale, lo sé, no hace falta verte la cara para saber tu respuesta. Mañana seguiré investigando; pero si averiguamos algo más... tendremos que comentarlo en el departamento. Es muy irresponsable y poco profesional la forma en que el caso parece haberse llevado, Natalie. Es nuestro deber. Piénsalo. Te adjunto las fotos y las señas de su última dirección conocida. Un beso, Oli.”

Natalie dio un nuevo sorbo a su copa. No podía estar más de acuerdo con su amiga, algo turbio y oscuro rodeaba a Malcolm Donovan y su muerte. Sí, era su deber. Una pícaro sonrisa se dibujó en su rostro. Ya habría tiempo de informar a Collins; de momento, tenía un plan mucho mejor.

Capítulo 6

Jack amaneció con la extraña sensación de que algo iba mal. No estaba seguro si era por despertar en su propia cama, lejos del olor a almendras dulces que desprendían las sábanas de Natalie, o por la frustración que sentía por no poder hacer nada para cumplir la promesa que le había hecho a Humberto Guzmán de encontrar al culpable; aunque se había contenido de hacerla de manera explícita, tal como le enseñaron en la academia, sus palabras habían estado cargadas de intenciones.

Las imágenes de las cámaras de vigilancia no habían esclarecido nada. En ellas habían visto a la chica caminar por la avenida a paso ligero y con la vista puesta a su espalda, probablemente, huyendo de su asaltante. A continuación, la habían localizado escabulléndose por el callejón; la última imagen con vida de la chica. Nadie había entrado o salido por ninguna de las bocacalles; y lo más sospechoso había sido la irrupción en escena de una furgoneta que había resultado ser de reparto de mercancía. Habían contactado con el conductor, un habitual de la zona, quien había asegurado estar tan ocupado repartiendo como para ver nada. “¡Era hora punta, amigo!”, había exclamado, como si eso significara algo en una ciudad que nunca descansaba. Lo cierto era que tenía razón. El asesinato había sido a plena luz del día, cuando aquella zona funcionaba a un ritmo frenético; a pesar de que el callejón fuera un lugar desolado. Todo aquello le desconcertaba, aún más si cabía, era que nadie hubiera visto nada. El sonido vibrante de su móvil le obligó a dejar a un lado sus pensamientos.

—Dime, Coleman —dijo tras ver el nombre en la pantalla.

—Te llamo para decirte que tienes el día libre.

—¿Y eso? ¿Qué pasa con la chica?

—Hemos encontrado al responsable.

—¿Ha confesado?

—No exactamente. Una patrulla recibió un aviso. Un loco gritaba desnudo en medio de *Time Square*. Entre sus cosas estaba el bolso de la chica y la pistola con la que la mató.

—Un momento... —pidió incorporándose y sentándose al borde de la cama—. No entiendo nada de lo que me estás diciendo.

—Te espero en comisaría para darte todos los detalles.

Harry Freeman trabajaba para una conocida farmacéutica hasta que un buen día, de la noche a la mañana, lo despidieron. Perdió todos sus ahorros, la casa... Su actitud y su afición por ahogar las penas en alcohol empujaron a su mujer a solicitar el divorcio. De eso habían pasado diez años y desde entonces vivía en la calle. Era un tipo tranquilo que se las apañaba pidiendo limosna o ayudando en el puerto a descargar mercancía; un vagabundo más del que nadie hubiera reparado, si no llegan a dar el aviso. Harry estaba fuera de sí, no era violento ni agresivo, pero mostraba una actitud somnolienta mientras cantaba, lloraba y gritaba: “Yo lo hice, yo la maté”. Cuando los agentes intervinieron se percataron que la ropa de Harry aguardaba a su lado junto a un bolso de mujer y una pistola. No fue hasta que llegaron a comisaría y verificaron la documentación que había dentro del bolso cuando las piezas encajaron. Harry había matado y robado a Gloria Guzmán, tal como confirmaron desde el laboratorio una vez procesada el arma.

—¿Y ya está? —quiso saber Jack incrédulo.

—Hemos pillado al culpable. ¿Qué más quieres? —Coleman comenzaba a molestarle la actitud de su nuevo compañero.

—Ha sido demasiado fácil.

—Bueno, hemos tenido suerte. No es lo habitual; pero, en ocasiones, estas cosas suceden. No le des más vueltas.

—Supongo... —añadió encogiéndose de hombros—. ¿Se lo habéis comunicado al padre?

—Justo antes de que tú llegaras. Le hemos dado unos minutos en la sala para que asimilara la noticia.

Humberto cruzó el umbral con el gesto serio y la mirada perdida. Se dirigió a la pareja con la cabeza gacha. Tomando aliento para que la voz no delatara su sufrimiento, le tendió la mano a cada agente.

—Gracias por encontrar al responsable. Señor Meyer, es un hombre de palabra. Muchas gracias —añadió abatido antes de continuar con su viaje hacia la calle; no le interesaba saber el nombre del individuo ni el por qué con la información que le habían facilitado le bastaba: un vagabundo sin nada que perder había matado a su hija a cambio de unos dólares; ahora ya podría enterrar a su pequeña. Jack abrió la boca y, sin decir nada, la volvió a cerrar; un gesto que no paso inadvertido para Humberto. Jack sentía que no merecía la gratitud de aquel hombre, después de todo, sólo había sido cuestión de suerte.

Jack no estaba conforme con la forma en que aquella investigación se había resuelto. Sentía que quedaban en el aire algunas incógnitas. Necesitaba hablar con el detenido para verificar que no estaban cometiendo ningún error.

—¿Dónde está Harry Freeman? —le preguntó a Coleman.

—En la sala 3. Los chicos lo han dejado ahí mientras se toma un café y se tranquiliza, antes de proceder a llevarlo al calabozo. ¿Qué sucede?

—¿Te importa que hable con él? Es mi primer caso en esta nueva etapa y me gustaría sentirme útil —soltó zalamero. Coleman enarcó una ceja; por lo poco que conocía a ese hombre sabía que, en lo que respectaba al trabajo, no se dejaba llevar por sensiblerías.

—Te doy quince minutos, pero... Jack, no podrás volver a usar esa excusa conmigo —le indicó señalándolo con el dedo índice. El aludido sonrió al saberse descubierto y se dirigió a la sala.

Un hombre alto, de espalda ancha, despeinado, barba de varios días y que desprendía un olor a rancio, permanecía sentado, esposado a la mesa y con la barbilla pegada al pecho.

—¿Harry Freeman? —le llamó sin provocar ninguna reacción en él—. ¡Oye! ¡Despierta! ¡Quiero hacerte algunas preguntas! —le instó. Jack se acercó, le posó la mano sobre el hombro y se percató de que dormitaba—. ¿Harry? —insistió zarandeándolo ligeramente.

Harry echó la cabeza hacia atrás, su respiración se hizo más sonora y rápida y su cuerpo comenzó a convulsionar. Jack abrió la puerta y pidió ayuda.

—¡Rápido! ¡Llamad a una ambulancia! ¡Que alguien venga a quitarle las esposas!

Una de los agentes acudió de inmediato liberándolo. Jack lo asió pasando las manos por debajo de sus hombros, rodeándolo por el pecho, y lo tumbó en el suelo donde lo colocó de lado.

—¡La cuchara! —gritó refiriéndose a la que aguardaba sobre la mesa junto al café aún humeante. El agente uniformado se la acercó.

Jack se ayudó con ella para evitar que Harry se ahogara con su propia lengua, al tiempo que apoyaba su cuerpo sobre el de él para amortiguar los espasmos. A los dos minutos, el hombre yacía inmóvil y con la expresión de su rostro relajada como si durmiera plácidamente.

Jack le comprobó el pulso en el cuello y, aunque débil, parecía que su corazón seguía latiendo. Esperó junto a él hasta que los sanitarios hicieron acto de presencia.

—Meyer, ¿qué mierda ha sucedido? —preguntó Coleman con el rostro blanquecino.

—Le ha dado un ataque; de repente...

—¡Esto es de locos!

—Déjame ir con los sanitarios en la ambulancia —solicitó Jack excitado.

—No puede ser... —se tomó unos segundos antes de continuar—. Ve con los chicos —añadió señalando a una pareja de uniformados—. Harry Freeman está detenido y estos dos no van a poder separarse de su lado hasta que sepamos cuál es su futuro—. Jack asintió y con paso ligero se puso en marcha —. ¡Eh! —bufó Coleman captando su atención—. Recuerda que...

—Sí, sí, sólo soy un asesor—se despidió Jack más animado de lo que había estado en todo ese día.

Jack Meyer era un hombre de acción y sería cuestión de tiempo que dejara el departamento; Coleman sabía que los tipos como él habían nacido para estar en primera línea y ni siquiera la intromisión de Natalie para reconducir su vida podría persuadirlo a aceptar aquella nueva etapa.

Capítulo 7

Natalie aparcó el coche frente a la modesta casa de la zona Este. Una pequeña unifamiliar rodeaba un diminuto jardín cuyo césped clamaba a gritos por un poco de agua. La detective observaba atenta a la espera de algún movimiento en el interior; no deseaba irrumpir con molestas preguntas antes de que hubieran tomado el desayuno. Eso sólo hubiera acentuado la actitud reacia y poco comunicativa de los entrevistados. Espiró con fuerza. La paciencia no era una de sus virtudes. Acto seguido, un hombre enjuto, de caminar pausado a causa de su avanzada edad, abrió la puerta dispuesto a salir a recoger el periódico que reposaba sobre la hierba seca. Natalie saltó del auto, decidida a aprovechar aquella oportunidad.

—Buenos días —saludó al hombre. Éste se giró y la observó de arriba abajo; sin esperar a oír ninguna palabra más, se encaminó hacia la puerta.

—La estaba esperando —confesó el hombre.

—¿Perdone? —Natalie estaba confundida.

—Es usted de la policía, ¿no?

—No exactamente —corrigió. El anciano se detuvo y clavó su mirada en los de ella a la espera de una aclaración—. Soy del FBI.

—Ajá —balbuceó y anduvo el trayecto hacia la casa. Natalie permanecía inmóvil—. Vamos, mujer, no habrá venido hasta aquí para ver como un viejo pasea por el jardín. Le invito a un café mientras hablamos —Natalie se puso en marcha y en dos zancadas estuvo junto al hombre en el umbral de la puerta principal—. Ya era hora que viniera alguien —aseveró con la mirada perdida, adornada con un brillo de tristeza.

Blas Donovan, como se llamaba el simpático anciano, era el abuelo de Malcolm -la víctima protagonista del caso que traía de cabeza a Natalie-. La detective tomó asiento y el hombre sirvió dos tazas de café recién hecho. Natalie lo observaba con detenimiento intercalando miradas con el entorno, una cocina de aires setenteros excesivamente limpia y cuidada. El anciano tomó asiento frente a ella.

—Empieza cuando quieras. Seguro que tú tienes poco tiempo y yo tengo muchas ganas de hablar —la instó a empezar. Natalie le deleitó con una media sonrisa.

—Señor Donovan...

—No, no, no —dijo con fingido enfado—. Llámame Blas; ni que fuera un anciano de 80 años —le dedicó un guiño y rio ante su propia ironía.

—Está bien... Blas, ¿por qué me has dicho que me esperabas?

—Así me gusta, jovencita, que vayas directa al grano —dio un sorbo a la humeante bebida—. La única persona que vino a hablar conmigo fue un agente de paisano, supuse que un detective, para darme la trágica noticia. Y ya nunca se molestaron en preguntarme cómo era mi nieto, si sospechaba de alguien, cuándo fue la última vez que lo vi... y todas esas cosas que preguntan en CSI. He visto suficiente televisión para saber que algo iba mal, así que tras dos semanas de dolor y silencio, me planté en comisaría y... ¡nadie sabía nada del caso! Monté en cólera, casi me da un infarto, y lo único que conseguí es que me llevaran al hospital para asegurarse que su incompetencia no les aseguraba una demanda millonaria, y la promesa de que llegado el momento un agente visitaría mi casa. Creo que he sido paciente, pero no me dirás que esto no es para clamar al cielo —guardó silencio en un esfuerzo por controlar sus emociones. Natalie asentía y sonreía mientras tomaba notas en su bloc.

—¿A qué te refieres cuando dices “nadie sabía nada del caso”?

—Pues lo que oyes. En comisaría no tenían ni idea del asesinato de mi nieto. Investigaron y no había ningún caso abierto o cerrado bajo el nombre de mi

nieto; incluso lo comprobaron por fechas para descartar un posible error en los datos. Nada. Mi nieto había muerto a punta de pistola y era como si no hubiera ocurrido, y claro que había ocurrido. Yo mismo organicé su funeral —se le quebró la voz. Natalie dejó la libreta y el bolígrafo, y le tomó la mano por encima de la mesa.

—Sé que ha sido duro y no va a ser fácil, pero si estoy aquí es porque voy a mover cielo y tierra para esclarecer todo este asunto. Te doy mi palabra —prometió la detective. Blas le soltó la mano con delicadeza y tomó un pañuelo de su bolsillo para secarse las lágrimas.

—Sé que lo harás. Tengo buen olfato para las personas y desde que te he visto cruzar la calle he sabido que eras de las que merecen la pena.

—¿Qué te parece si me cuentas cómo era ese tipo que te dio la noticia? ¿Te dijo su nombre?

—No, no me lo dijo. Y yo tampoco le pregunté. Bastante tenía con no derrumbarme con lo que acababa de decirme. ¿Crees que debería haberlo hecho? —quiso saber apurado.

—Para nada. Ese supuesto agente debió identificarse antes de decirte nada e incluso darte una tarjeta con sus datos de contacto. No te martirices. Dime, ¿le recuerdas?

—Era alto, moreno, ojos oscuros, traje gris y zapatos negros —resolvió satisfecho. Natalie torció el labio.

—¿He dicho algo malo?

—No, no; es perfecto que recuerdes todo eso... —la detective se negaba a decirle que aquello no bastaba; eran datos muy difusos y generales.

—Si lo viera, lo reconocería en seguida —aseguró el hombre para animarla. Los ojos de Natalie comenzaron a brillar.

—Si consiguiera a un dibujante, ¿serías capaz de darnos un retrato fiable?

—Estoy seguro.

—Estupendo, me encargaré de ello. Ahora háblame de tu nieto —le pidió, por fin, y el rostro del anciano se iluminó. Como él mismo había dicho, tenía muchas ganas de hablar, y ella no pensaba limitarlo ni condicionarlo. Blas llevaba mucho tiempo esperando por aquel momento y Natalie sabía que no la defraudaría.

—Se vino a vivir conmigo cuando sus padres murieron en el 11S; desde entonces, ejercí para él de padre, abuelo y amigo. Llevó bastante bien la muerte de sus padres, a pesar de su corta edad; tan sólo tenía 3 años. Le di muchas vueltas al tema porque pensaba que era parte del duelo y me preocupaba que en cualquier momento estallara la bomba de emociones que parecía ocultar en lo más profundo de su alma; así que lo llevé a un psicólogo para ayudarlo y calmar mi conciencia. El doctor me lo dejó muy claro. “No hay nada de lo que preocuparse. Malcolm es un niño inteligente que sufre la muerte de sus padres, pero no puede pretender que exteriorice el sentimiento de pérdida ante una falta de apego entre él y sus progenitores”. Me sentí culpable; de sobra sabía que sus padres estaban más preocupados por ellos mismos y el trabajo que por mi pequeño. Decidimos de manera tácita no sacar el tema y continuar con nuestras vidas. Malcolm era buen estudiante; no era un genio, pero al menos aprobaba todas las asignaturas. Creo que nunca se sintió motivado en la escuela, pero cuando llegó la hora de elegir un camino para su futuro, él lo tuvo claro de inmediato: “quiero ser periodista”, me dijo una mañana sentado donde tú estás. Yo no me sorprendí, de sobra conocía su afición por las letras; lo cierto es que me sentí culpable. Por primera vez mi nieto mostraba interés en algo y no podía ayudarlo. Ya sabes lo caro que es estudiar en la Universidad y aunque no es que pasásemos necesidades, siempre hemos estado bastante apurados. Cuando le dije que quizás tendría que descartar la idea, me sonrió, me dio un abrazo y me dijo que no me preocupara. A los pocos días vino diciendo que había conseguido una beca de deportes y podría estudiar donde quería. Me sentí tan orgulloso que no pude evitar romper a llorar; fue la primera vez que vi hacerlo a mi nieto desde que murieron sus padres —guardó silencio y apartó, con el canto de la mano, una lágrima que resbalaba por su mejilla. Natalie le concedió el tiempo que necesitara, sabía que no había terminado su discurso—. Lo que quiero hacerte entender con todo esto —añadió aclarándose la garganta— es que Malcolm era un buen chico. Cuando empezaron las clases se mudó al

campus, estudiaba todos los días y siempre venía a casa los domingos para pasar el día conmigo. Por eso, no estoy de acuerdo con que le acusen de ir a los muelles a hacer tratos raros. Nunca tuvo malas compañías ni recibí quejas de él. Me niego a creer que estuviera metido en asuntos turbios —agregó con énfasis acompañando sus palabras con el golpe de su puño a la mesa. Natalie decidió romper su silencio.

—Te comprendo. Pero cuéntame, ¿fue el agente que te dio la noticia sobre Malcolm quien te compartió tales afirmaciones? —Blas asintió—. Sé que no es fácil lo que voy a pedirte, pero no dejes que te afecten las palabras de ese tipo. La investigación empieza hoy de cero y haré todo lo que esté en mis manos para obtener todas las explicaciones necesarias. Averiguaré qué le pasó a tu nieto, pero debes estar preparado para aceptar que puede que la realidad no sea de tu agrado —puntualizó la detective. Blas sonrió de medio lado.

—Tráeme la verdad y ya nos preocuparemos del resto.

A Olivia le costaba disimular su mal humor. Collins le había avisado sobre la ausencia de Natalie; estaba enferma y pasaría todo el día en casa. La agente se había limitado a asentir y a regresar a su mesa antes de que su jefe se percatara de sus sospechas. Natalie había fingido estar enferma para investigar; la conocía lo suficiente para estar segura de ello. No podía evitar sentirse molesta. Su amiga no sólo había conseguido que participara en aquella locura que podía costarle el puesto, había logrado que estuviera tan interesada como para ser incapaz de retirarse.

Al menos la inusitada calma que se respiraba aquellos días en la oficina, le daba un poco de tregua. Collins les había asignado entrenamiento, tareas de archivo... incluso les había concedido algunas horas libre. Sí, era una ventaja poder pasear y hurgar en el archivo sin tener a nadie pegado a su nuca; pero entrañaba un riesgo, el desconocer la posición de cada uno de sus compañeros.

Olivia podía sentir como la tensión le pellizcaba el estómago, entorpecía sus movimientos y adormecía su cerebro. Tenía que leer varias veces las líneas de los informes, procurar que sus manos no esparcieran los papeles por el suelo y que su corazón no se le escapara por la boca. Debía concentrarse; era la número uno de su promoción y la cabeza pensante de su equipo. Respiró profundamente y centró toda su atención en los dossiers que Bruce le había permitido hojear. Buscó por fechas, por número de agente, por concepto... ninguna coincidencia. Tras más de dos horas de infructuosa búsqueda se disponía a rendirse cuando algo le llamó la atención. Unas iniciales junto a un apellido demasiado familiar, bajo un impreciso garabato. Decidió agrupar los documentos firmados con la misma seña y analizar el material confiscado, uno por uno. Un trabajo arduo y tedioso la esperaba.

Capítulo 8

Natalie decidió hacer una parada en la antigua Universidad de Malcolm antes de hacerle una visita a su amigo Coleman; necesitaba información y él era el único que podía ayudarla. Aparcó el auto cerca de la puerta principal y se presentó frente al despacho del director, gracias a las indicaciones de algunos alumnos.

—Fue una trágica noticia para todos los que apreciábamos a Malcolm — expresó el director con sincera aflicción.

—Siento mucho su pérdida —añadió la detective de manera protocolaria.

—Gracias. Era un buen alumno, un joven con talento; lástima que su situación personal fuera tan complicada.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, como le decía, era un chico con talento, sacaba excelentes notas y estaba implicado con el periódico universitario; pero pagaba las cuotas con dificultad, y por más que intenté persuadir a la junta, tuvimos que expulsarlo.

—Tenía entendido que había iniciado estudios aquí gracias a una beca — Natalie mantenía el gesto recio a pesar de la sorprendente información que acababa de recibir.

—Siento decirle que se equivoca. Si fue admitido, fue gracias a su brillante expediente.

—A ver si he entendido bien. Malcolm era un alumno destacado que a pesar de su situación económica no gozó de ninguna beca y acabó expulsado. ¿Me equivoco?

—No, es justo como sucedió. Y antes de que me pregunté por qué no le ayudamos, le repito que la junta estuvo en contra. Disponemos de recursos limitados. Tras el temporal del invierno pasado tuvimos que reconstruir gran

parte de las aulas. No era cuestión de querer o no querer, simplemente, no se podía —se excusó el director. “O no se quiso ayudar”, anotó Natalie en su libreta junto a la palabra “BECA”—. Aún así —continuó el hombre— Malcolm se presentó unas semanas antes de morir. Pagó la deuda que tenía con la universidad y me suplicó retomar las clases. Pagó el curso completo por adelantado, así que accedí.

—¿Le comentó de dónde sacó el dinero?

—Lo único que me dijo fue que había trabajado duro. Me agradaba ese chico, tal vez porque me veía reflejado en él. No tuve una juventud fácil, así que quise crearle...

—¿Ahora lo duda?

—Bueno... Apareció muerto en los muelles y se le había visto rodeado de dudosas compañías... supongo que me equivoqué con él. Quizás hubiera podido hacer algo —agregó ante el gesto contrariado de la detective— pero no soy trabajador social —concluyó tajante dando por terminada la reunión.

Natalie no consiguió sacarle más información, el director fue bastante reacio a facilitar el nombre de amigos o compañeros del chico que pudieran saber algo; por lo que la agente decidió ceder por el momento y despedirse, no sin antes dar una paseo por el campus. Después de todo, ¿quién no se perdería en aquel laberinto de libros y piedra? Sonrió traviesa mientras cruzaba el pasillo.

Jack tuvo que permanecer junto a los agentes, en un segundo plano, hasta que la doctora encargada del caso se reunió con ellos para informarles del estado de Harry Freeman. La doctora les saludó con un leve gesto de cabeza y se dirigió a Jack, guiada por la experiencia de que un agente de paisano debía ser el responsable de la investigación; él no se molestó en sacarla de su error, ya que era una magnífica ventaja para hacer las preguntas que deseara sin tener que justificar cada uno de sus movimientos.

—Buenos días, soy la doctora Morris. El señor Freeman se encuentra sedado y necesita reposo. Tras el colapso sufrido en comisaría, recobró la consciencia de manera momentánea mientras procedíamos a hacer un control de daños. Presentaba síntomas claros de desorientación, deshidratación, y sus constantes eran débiles, pero estables; por lo cual llevamos a cabo un análisis de sangre y orina cuyos resultados no dejan lugar a la duda —guardó silencio para tomar aliento y continuar—. Hemos detectado **dimetiltriptamina**, una sustancia que provoca importantes alteraciones en la conciencia y potentes alucinaciones en los sujetos que la toman.

—¿Podría haber actuado de manera inconsciente? —preguntó Jack para que la doctora confirmara sus sospechas.

—Yo le facilito los datos, pero es asunto suyo encontrar las respuestas —señaló entregándole los resultados de su informe.

Jack asintió satisfecho; debía regresar cuanto antes a comisaría, mientras la pareja de agentes custodiaba al sospechoso, y poner al tanto a Coleman de las últimas novedades.

Capítulo 9

Natalie cruzó decidida la comisaría. Mostrar su identificación fue suficiente para que el agente de recepción le dejara el paso libre para reunirse con Coleman en su despacho. Tocó con los nudillos en el marco de la puerta, a pesar de permanecer abierta, para que el detective alzara la vista de los papeles de su mesa.

—¿Davis? —dijo sorprendido levantándose de su asiento como un resorte.

—¡Vaya! ¿Un despacho para ti solo? —señaló divertida—. La primera vez que nos reunimos aquí no tenías más que una mesa.

—No es nada del otro mundo. Un pequeño habitáculo, sólo eso —corrigió modesto indicándole la silla para que se sentara—. No creo que hayas venido hablar de mi nuevo rinconcito. Espero que no hayas venido a espiar a Jack.

—¿Jack? No, claro que no. ¿Por quién me tomas? —no le dejó contestar, no le apetecía ser acusada de ser demasiado sobreprotectora con su amigo—. Necesito un favor...

—Lo imaginaba. ¿En qué nuevo lío andas metida, Natalie Davis? —comentó con una media sonrisa pícaro. Ella abrió la boca dispuesta a defenderse, pero acto seguido guardó silencio; era absurdo llevarle la contraria, Coleman la conocía lo suficiente como para estar en lo cierto.

—Estoy investigando un caso por mi cuenta —la confirmación de la realidad provocó que Coleman volteara los ojos—. Es bastante extraño —agregó antes de informarle de todo lo sucedido hasta el momento—. ¿Qué te parece? —quiso saber la detective.

—Curioso, complicado e intrigante. Conseguirás provocarle una úlcera a Collins —se tomó unos segundos antes de proseguir—. ¡Me encanta! —exclamó malicioso—. Pero hay una cosa... dices que cuando saliste del despacho del director fisgoneaste por los alrededores, ¿conseguiste algo?

—Precisamente por eso estoy aquí. Logré que unos chicos que parecían conocer bien a la víctima me dieran una interesante información. Unas semanas antes de que Malcolm fuera cesado, comenzó a juntarse con malas compañías; algo que a algunos preocupó, pero que a otros llamó la atención. Algunos alumnos quisieron saber si las nuevas amistades de Malcolm podían conseguirles material. Según me han contado, nada del otro mundo, un poco de cannabis; pero podría ser cualquier cosa. El tema es que si esos amigos estaban metidos en temas de drogas, Malcolm pudo llegar a un acuerdo con ellos y sacar de ahí el dinero para la universidad; tal vez cabreó a alguien, pero todavía no tengo nada claro.

—¿Y qué necesitas de mí?

—Bueno... —suspiró—. Si el capullo de mi jefe no me tuviera confinada en un rincón de la agencia, podría moverme sin tener las manos atadas. Necesito buscar información al respecto y pensé que quizás podrías hablar con tus colegas de narcóticos por si pudieras obtener alguna pista que me sirviera para seguir investigando.

—Haré lo que pueda, pero no te prometo nada. No te puedes imaginar lo difícil que es sacarle algo a esos tíos. Están acostumbrados a moverse entre gente a la que no le tiembla el pulso para ponerte una pistola en la nuca u ordenar a alguno de sus perros que te mate, por lo que son bastante reacios a confraternizar con agentes fuera de su área. Como te he dicho, haré lo que pueda.

—Gracias Coleman. Será mejor que me vaya; por cierto... no le comentes nada a Jack. Lo último que necesito ahora es que sepa que ando metida en un nuevo lío.

—No te preocupes.

Coleman le hizo un guiño cómplice y Natalie dio por terminada la conversación. Justo salía de la comisaría cuando Jack regresaba.

—¿Natalie?

—Hola, Jack. Te estaba buscando. Tenía un rato libre y pensé que podíamos tomar algo juntos —resolvió dispuesta a no despertar suspicacias.

—Sabes que me encantaría, pero ahora mismo me es imposible. ¿Qué te parece si nos vemos esta noche?

—De acuerdo, luego hablamos —Natalie le dio un rápido y culpable beso en los labios y continuó su camino. Ahora sólo esperaba que Coleman supiera cubrirle las espaldas.

Jack se reunió con Coleman en su despacho, éste se sobresaltó al verlo parado en el umbral de su puerta.

—¡Oh, Jack! ¿Qué haces aquí? —quiso saber contrariado.

—Freeman está estable, los chicos están con él. Yo allí no hacía nada después de que la doctora nos informara de su situación. No vas a creerlo... — Coleman enarcó una ceja y Jack continuó—. Ese tipo estaba drogado por una sustancia bastante potente.

—¿Cómo dices?

—Sí, sí, lo que oyes. Estamos ante un asunto serio; una nueva droga anda libre por las calles.

—¡Menuda mierda! Hablaré con los de narcóticos para ver qué saben. A parte de eso... ¿Cómo está el detenido? ¿Cuándo le darán el alta?

—La doctora quiere tenerlo en observación entre 24 y 48 horas para ver su evolución; creo que está tan intrigada como nosotros en saber de qué es capaz esa sustancia.

—¡Estupendo! Un argumento de oro para cualquier picapleitos listillo. Dudo que lo exculpen, pero puedes dar por seguro que la pena será mucho más

amable.

—¿No te has planteado la idea de que sea inocente?

—Todas las pruebas apuntan hacia él.

—Sí, pero... piensa. Si esa droga provoca pérdida de consciencia y alucinaciones, alguien podría aprovecharlo para lavarse las manos y cargarle el muerto; nunca mejor dicho. No sería difícil hacer que disparara el arma homicida y luego dejar las pertenencias de Gloria junto a él.

—Te recuerdo que fue él quien se inculpó.

—Pero esa droga...

—Sabes tan bien como yo lo que diría el fiscal.

—Lo sé, lo sé...

—Si quieres seguir investigando, hazlo; pero no dejes que tus ganas de seguir trabajando te nublen el juicio —recordó con su gesto más amable. Coleman abandonó su asiento y se dispuso a abandonar la sala—. Hablaré con narcóticos. Nos vemos en un rato.

—Oye... —lo detuvo Jack.

—¿Qué?

—Me ha parecido ver a Natalie salir del edificio, ¿sabes a qué venía?

—¿Natalie? —zarandeó la cabeza—. Si una agente federal se paseara por el edificio, los chicos me hubieran avisado. Te habrás confundido. Hasta luego —se despidió sin darle oportunidad a Jack a seguir indagando.

El asesor asintió con el gesto recio. Natalie y Coleman escondían algo, se dijo con el agridulce sabor de ser consciente de que su instinto no le había fallado; aunque supusiera saber que Natalie estaba metida en un nuevo lío.

Capítulo 10

“Tenemos que vernos cuánto antes”, rezaba el mensaje que Olivia le acababa de enviar justo cuando Natalie aparcaba su coche cerca del lugar en que el cuerpo de Malcolm Donovan había sido encontrado sin vida. Postergó responder a su amiga y cruzó el muelle, tras identificarse en el puesto de control.

Necesitaba husmear por los alrededores, sentirse parte de lo que allí había acontecido y dejar que su don despertara dispuesto a ponerle las cosas un poco más fáciles. No veía espíritus ni hablaba con fantasmas. En la escuela de agentes, el doctor Pávlov, especialista en parapsicología, determinó que tenía una capacidad muy superior a la media en sensibilidad extrasensorial y en síntesis cognitiva; lo que se traducía en una previsualización de los conceptos que le permitía conocer resultados. Tenía lo que coloquialmente sería una intuición con un 90% de fiabilidad. Nada que ver con seres del más allá; era pura ciencia y materia gris. Pura suerte, lo llamaban los escépticos.

Natalie se dirigió al punto exacto donde habían encontrado el coche de Malcolm Donovan. Le resultaba extraño que hubiera accedido al recinto sin que los del control le hubieran puesto impedimentos, cuando a ella la habían retenido más de 20 minutos a pesar de identificarse y mostrar su placa. Caminó hacia su destino ante la atenta mirada de los operarios con los que se cruzaba; ella apenas reparaba en los comentarios que le dedicaban ya que paseaba ensimismada en sus propios pensamientos.

Si Malcolm estaba relacionado con un asunto turbio, sería difícil que hubiera gente allí dispuesta a colaborar; pero debía intentarlo.

Una vez situada en el punto clave, miró alrededor y detuvo a una persona al azar, aunque sin mucho éxito; el tipo negó con la cabeza casi sin escucharla y siguió la marcha sin molestarse en atender a la pregunta de la agente.

Natalie no pensaba rendirse tan pronto, pero decidió postergar sus preguntas y centrarse en observar. Entrecerró los ojos e imaginó el coche allí parado, con la puerta del copiloto abierta, las luces encendidas, mientras un joven brillante, con malas decisiones a su espalda, exhalaba su último suspiro. La detective zarandeo la cabeza, lo último que podía hacer era empatizar con la víctima si quería salir indemne de aquella investigación. Se conocía lo suficiente para saber que si cruzaba esa línea, sus emociones acabarían empujándola a no detenerse ante nada ni ante nadie. Alzó la vista al cielo meditabunda, ¿no habría cruzado ya esa línea? Tomó aliento y algo captó su atención, una cuadrada caja de metal colgaba de una farola. Quizás, después de todo, su suerte empezara a cambiar... ¿o no? Dos segundos; ese fue el tiempo que tardó en perder la consciencia.

—¿Dónde estoy? —gritó sobresaltada llevándose la mano a su pistola.

—¡Tranquila, fiera! —la calmó el guardia de seguridad—. Te golpeaste con una barra de metal que portaba uno de los chicos, casi te lanzaste sobre él. Te trajeron aquí en cuanto caíste al suelo.

Algo en el tono de voz de aquel hombre y en la creencia absoluta de que ella no había dado ningún paso en falso, la llevó a ponerse en alerta. Se cacheó a sí misma para asegurarse que todo lo que portaba en sus bolsillos continuaba con ella, luego palpó su nuca y, efectivamente, de una herida parecía brotar sangre.

—Íbamos a llamar a emergencias cuando despertó.

—Ya... —se limitó a decir suspicaz—. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—No se lo he dicho.

Natalie se quedó mirándolo fijamente mientras el tipo le devolvía la mirada desafiante dispuesto a no ceder al juego de la federal.

—¿Me dices cómo te llamas o tengo que llamar a la agencia? —espetó ella.

El tipo se limitó a bufar para luego añadir.

—Jean.

—Jean, ¿tienes apellido?

—Lo que tengo es mucho trabajo. Si no quiere que llame a una ambulancia, será mejor que se marche y vuelva a husmear cuando traiga una orden—. Natalie le dedicó una media sonrisa.

—Nos volveremos a ver muy pronto, Jean —enfaticó su nombre y comenzó a caminar para añadir dándole la espalda—. Lástima que la próxima vez no vaya a ser tan amable.

Jean aguardó a que la detective desapareciera de su vista para hacer una importante llamada.

—Ha estado aquí. No te preocupes, me he encargado de ella y nos he conseguido algo de tiempo. Puedes estar tranquilo —añadió jugueteando con una libreta— se la he quitado —concluyó la conversación haciendo referencia al cuaderno de notas de la agente.

Natalie cruzó la verja y a toda prisa se refugió en su coche. Debía hablar con Olivia cuánto antes y, casualidades, allí estaba su amiga devolviéndole la llamada.

—Oli, justo ahora iba a llam...

—Déjate de estupideces. Nat, esto es muy grave. Necesito verte —susurró su amiga a un volumen casi inaudible—. Te espero en...

La llamada se colgó y por más que rellamó el teléfono de su compañera seguía apagado o fuera de cobertura. No tenía más remedio que suspender su

visita al hospital y presentarse en la agencia; no era lo más sensato ni coherente, pero no tenía otra alternativa.

Buscó una bolsa de deporte en la parte trasera de su coche. Sacó una botella de agua, se limpió la sangre con una camiseta y se recogió el pelo en una coleta con ayuda de una gorra. Un remedio bastante chapuza, pero que le daría el tiempo suficiente para reunirse con Olivia.

Capítulo 11

Olivia maldijo a su móvil por quedarse sin batería en el momento más inoportuno; esto, unido a la imposibilidad de llamar desde el teléfono de la agencia para no captar la atención sobre la investigación que ella y Natalie se traían entre manos, sólo hacía acrecentar su mal humor y nerviosismo. Miró su reloj de pulsera y resopló satisfecha al comprobar que había llegado el momento de volver a casa; había estado tan enfrascada en la misión que Natalie le había encomendado que no había sido consciente hasta ese preciso instante de que su turno había acabado. Recogió rauda su mesa y se dispuso a huir de aquel sitio para dirigirse al apartamento de su amiga. Debía compartir con ella todo lo que había averiguado investigando en los archivos, haciendo preguntas a compañeros y uniendo las piezas de lo que parecía un asunto que iba más allá de una mala gestión en el proceso de resolución de un caso de homicidio. Se aferró a su bolso, se despidió zarandeando la mano al aire de su jefe, quien la observaba atento desde el umbral de la puerta de su despacho, y con un escueto “hasta mañana” dijo adiós a sus compañeros para cruzar la sala a grandes zancadas y llegar al aparcamiento lo antes posible.

Debía salir de allí antes de que su actitud errática, tan poco habitual en ella, captara la atención de su equipo. Pensaba hacérselo pagar muy caro a... Una mano la agarró por la espalda tapándole la boca. En un acto reflejo, Olivia se deshizo con facilidad de su atacante y se dispuso a arremeter con su puño contra el torso del asaltante. Su mano quedó suspendida en medio de la nada al descubrir el rostro preocupado de Natalie observándola.

—¡Qué diablos... — trató de quejarse Olivia, su amiga se lo impidió tomándola de la muñeca y arrastrándola al hueco entre dos coches aparcados.

—Me asusté cuando colgaste y he venido corriendo —explicó Natalie.

—¿Qué te ha pasado? —quiso saber Olivia al ver como una gota de sangre descendía por su cuello desde la raíz de su nuca.

—Dime qué has averiguado antes de que nos pillen —suplicó mientras con la palma de su mano limpiaba la sangre de su piel.

—No vas a creer lo que ha hecho nuestro topo.

—¿Qué ha hecho esa rata? ¿No tenía bastante con arreglárselas para deshacerse de Jack?

—¿No le contarías nada de nuestras sospechas? —Olivia parecía preocupada.

—Le dije que lo había dicho sólo para que volviera a casa.

—¿Y te creyó?

—Supongo... no hemos vuelto a sacar el tema.

—Es lo mejor. Lo último que necesitamos es que Jack esté metido en esto.

—Pero, ¿a qué te refieres? —Natalie no lograba entender el por qué de la actitud enigmática de su amiga.

—No es seguro hablar aquí. Toma —le entregó una carpeta de color azul—. Destruyela cuando leas su contenido.

—Pero... —Natalie tenía muchas preguntas; pero unas risas provenientes del pasillo la hicieron enmudecer. El resto del equipo también volvía a casa.

—¿Qué hacéis, chicas? ¿Natalie? ¿No estabas enferma? —saludó Jenny. Natalie trató de esconder el dossier en su bolso con tan mala suerte que los papeles se esparcieron por el suelo. Olivia se apresuró a recogerlos y entregárselos.

—¿Va todo bien? —intervino Joe.

—Sí, sólo es que estoy cansada y he pasado por aquí de camino a la farmacia.

—Espero que no estés metida en ningún otro lío, Davis. No creo que Collins se alegre, si se entera—atacó Brandon. Natalie tuvo que contenerse y morderse la lengua para no iniciar una pelea.

La detective se despidió y subió al coche, marchándose todo lo rápido que le permitía la caótica situación que estaba propiciando su actitud impulsiva; no se reconocía a sí misma siendo tan patosa y descuidada, debía recobrar la cordura y ser la mujer decidida y profesional en la que tanto le había costado convertirse. Cuando estuvo lo suficientemente lejos de la agencia, detuvo el auto en medio de un edificio en construcción y leyó los documentos que acababa de recibir. No podía creerlo. Mr. X, como habían bautizado al supuesto topo, no sólo había movido sus hilos para asegurarse de que Jack dejara de ser el jefe del equipo tal como ella y Olivia habían sospechado siempre, también estaba inmerso en asuntos turbios que conectaban directamente con la muerte de Malcolm Donovan. El teléfono comenzó a sonar sobresaltándola. Natalie activó el manos libres, prendió una cerilla e hizo arder el papel mientras hablaba con Jack.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal el día?

—Como siempre... —añadió sin entusiasmo.

—¿Ya vienes a casa?

—Acabo de subir al coche. Llegaré pronto.

—Perfecto. Cuando llegues lo tendré todo listo para que te des un baño mientras te doy uno de mis masajes mágicos —sugirió pícaro. Natalie rio con la idea, al tiempo que lanzaba por la ventana los restos de papel quemado y ponía el motor en marcha—. Coleman me dijo que estuviste haciéndole una visita antes de encontrarnos en comisaría —mintió para tantear el terreno.

—Es algo que tengo entre manos, pero no me apetece hablar de ello —resopló Natalie—. Mira que le dije que no te dijera nada... no quería preocuparte con otra de mis historias —se sinceró. Jack sonrió agradecido de que por fin Natalie comenzara a confiar en él, aunque lo hubiera hecho empujada por su artimaña. —Anda, acompáñame —le suplicó ella— se me hará más corto el camino si me sigues hablando por el teléfono —añadió

colocando el móvil en el agarrador—. ¿Qué tal tu día?

—Nada importante —no quería inmiscuirlo en sus asuntos—, pero no hablemos de trabajo. ¿Has pensado en lo que te dije? —Natalie suspiró.

—Jack...

—Nat, no es para tanto; pero debes comprenderme. No es cómodo tener que dirigirme hacia ti como mi amiga, cuando eres más que eso.

—Pero, ¿para qué etiquetarlo? Estamos bien juntos, incluso tienes la llave de mi apartamento.

—Sí, pero piensa. Tengo mis cosas esparcidas por todos lados, es absurdo que paguemos dos alquileres...

—¿Hemos pasado de decidir si somos novios a plantearnos ir a vivir juntos?
—añadió burlona.

—Es lo más práctico.

—No quiero dejar mi apartamento y es demasiado pequeño para los dos — objetó Natalie sin apartar la vista del espejo retrovisor. Algo a su espalda había captado su atención.

—Busquemos uno que te guste y que tenga espacio suficiente —sugirió él resolutivo.

—Jack... me gusta mi vida tal y como es ahora... —aseguró memorizando mentalmente la matrícula del coche que la perseguía.

—Natalie... te quiero y, aunque te cueste creerlo, tú también me quieres.

—¡Vaya! Después de toda una vida juntos ya era hora que lo reconocieras — se mofó divertida tratando que su voz no transmitiese ningún atisbo de preocupación. No estaba segura en que momento aquel coche negro que parecía imitar cada uno de sus giros se unió en su viaje de camino a casa; pero lo que sí podía asegurar era que ella era su objetivo.

—Dejaré el tema... por el momento. No me rendiré hasta que logre sacar de tu garganta un “sí”.

—Es lo más interesante que has dicho en toda la conversación —bromeó de nuevo sin dejar de sonreír. Desde que habían dejado a un lado los errores del pasado y se habían centrado en la buena amistad que desde niños habían mantenido, la actitud beligerante de Jack se había disipado dando paso a un hombre encantador que siempre lograba hacer que su día mejorase—. Jack, tal vez... —trató de explicarse. Un fuerte impacto detuvo la conversación.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó preocupado Jack.

—Un capullo que me ha dado por detrás —se quejó.

—¿Estás bien?

—Sí, pero... —un nuevo golpe, más intenso que el anterior, cortó la comunicación y puso en alerta a Jack.

—¿Natalie? ¡Nat! —insistió varias veces, pero no obtuvo respuesta. Rellamó, pero el mensaje de la locución le informó que el móvil no estaba operativo.

Jack respiró profundamente para tranquilizarse. Había sido el primero de su promoción, un agente federal sobradamente cualificado; no podía perder la calma por un simple accidente de tráfico. El estómago le dio un vuelco. No era un simple accidente si Natalie estaba involucrada. Todo lo que a ella concernía era su prioridad. Detestaba sentirse así de vulnerable, pero como alguien le dijo en una ocasión, Natalie era su talón de Aquiles. Decidió concederle unos minutos antes de llamar a Coleman.

—¿Qué haces llamándome en vez de estar con tu no-novia? —James disfrutaba molestándolo; era su forma de demostrar que lo consideraba más que un compañero de trabajo.

—Escucha, ha ocurrido algo —le contó lo sucedido.

—No te preocupes, seguro que no es nada. Llamaré a Ginés -el informático-

hoy tiene turno de noche. Le pediré que localice su móvil y que hable con tráfico.

—Gracias, Coleman.

—Hasta mañana —se despidieron, aunque no por mucho tiempo. Diez minutos más tarde Coleman le devolvía la llamada.

—¿Has averiguado algo? —abordó Jack.

—Meyer, siento mucho ser yo quien tenga que darte esta noticia; pero Natalie ha tenido un accidente y...

—Por favor, no digas que...

—No sé cómo decir esto.

—¡Suéltalo!

—Natalie... —tomó aliento—. Natalie ha desaparecido.

Capítulo 12

Natalie no podía dejar de sonreír. Después de varios casos difíciles, la obstinación de ambos, la huida de Jack... habían dejado a un lado sus miedos y aceptado que podían vivir el uno sin el otro, pero que no querían hacerlo; darse la oportunidad de estar juntos había sido una de las mejores decisiones de su vida. Una fuerte sacudida rompió la burbuja de momentánea felicidad que la conversación con Jack había creado para ella.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó preocupado Jack.

—Un capullo que me ha dado por detrás.

—¿Estás bien?

—Sí, pero... —un nuevo golpe, más intenso que el anterior, cortó la comunicación.

Natalie se sentía mareada; no lograba entender qué había sucedido. El mal presentimiento que la había acompañado durante todo el trayecto se había hecho tangible; así que no dudó en abrir la guantera y empuñar su pistola. Manteniendo el arma pegada a su cuerpo, para no intimidar a la persona que había arremetido dos veces consecutivas contra su coche, giró la cabeza para echar una ojeada por el parabrisas trasero. El ruido del cristal quebrándose la empujó a deshacerse del cinturón, apartar el asiento y ocupar el diminuto hueco junto a los pedales. La primera bala había sido de aviso, pero estaba segura que si le permitía que se acercara lo suficiente, la segunda acabaría alojada en su cabeza. Inspiró, espiró y disparó hacia el coche que tenía pegado a su trasero. Fue el detonante para que una lluvia de proyectiles convirtiera su viejo Chevrolet en un colador.

Debía pensar rápido, si quería seguir con vida; tenía que salir de allí, si no quería que aquellas paredes de metal fueran su ataúd. Su corazón palpitaba con fuerza. No había tiempo de analizar la situación y valorar los

condicionantes. Abrió la puerta y, mientras esta se convertía en la diana de su agresor, escapó a toda prisa por la del copiloto. Refugiándose tras ella, tenía mejor ángulo de disparo y mejor visión de la situación. Dos hombres caucásicos con camisa blanca y chaqueta, de entre treinta y cinco y cuarenta años, la habían imitado y la apuntaban desde fuera del vehículo. En un movimiento ágil y certero, Natalie acertó al sujeto que ocupaba el lugar del conductor; desatando la rabia del compañero que vació su cargador errando cada disparo. Natalie desconocía con cuántas balas contaba todavía su atacante, pero con su última bala en la recámara debía hacer una jugada arriesgada. Bordeó la parte delantera de su coche y desde el margen izquierdo, disparó, cogiendo por sorpresa al hombre, y se deshizo de él. Con la respiración entrecortada, Natalie se acercó a los dos cuerpos; necesitaba respuestas. Les comprobó el pulso en el cuello y verificó que ambos habían muerto. A continuación, se disponía a cachearles cuando un Audi A5 negro y con las ventanas tintadas, se detuvo a unos metros de ella, quedando frente a frente con su coche. Natalie anduvo unos pasos alzando el brazo para que su identificación quedara bien visible.

—¡Soy agente del FBI! —gritó. Nadie reaccionó. El coche continuaba inmóvil.

La detective se detuvo, algo no le gustaba en todo aquello. Giró sobre sus talones y corrió hacia los cuerpos que yacían en el asfalto, al tiempo que una ráfaga la asediaba a su espalda. Se lanzó al suelo, deslizándose sobre sus rodillas y tomó una de las armas que todavía estaba cargada. Se incorporó y respondió al ataque. Una nueva pareja de asesinos a sueldo se escudaban en las puertas del Audi con la firme intención de acabar con ella. Natalie templó sus nervios y afinó puntería hiriendo a uno de ellos en el brazo y provocando que los dos individuos optaran por la retirada subiendo raudos al vehículo y derrapando en su huida. Debía actuar rápido, no sabía que nueva sorpresa la acecharía, por lo que tiró el arma, recogió su teléfono -lo introdujo en su bota para no perderlo en la carrera- y comenzó a correr por el callejón; no estaba dispuesta a esperar a que un nuevo equipo de asalto le hiciera una emboscada.

Corría todo lo rápido que sus piernas le permitían, sin ni siquiera saber si al

final de su camino encontraría salida. Debía usar su teléfono y pedir ayuda. Debía... una furgoneta Volkswagen le cerró el paso en la boca del callejón. Natalie retrocedió para deshacer sus pasos, pero no tuvo ocasión. Un enorme brazo la asió de la nuca levantándola del suelo y atrayéndola a su cuerpo. Una descarga eléctrica le atravesó provocándole convulsiones; luchar ya no tenía sentido, sus ojos se cerraron perdiendo todo atisbo de consciencia.

Capítulo 13

La policía había acordonado la zona. Coleman, seguido de cerca por Jack, saludó a los agentes.

—¿Y los federales? —interrogó Coleman.

—Hemos hecho lo que nos ha pedido y les hemos concedido algo de tiempo. Tienen unos diez, quizás quince minutos, antes de que lleguen.

—Gracias, chicos.

Coleman y Meyer comprobaron el escenario. Dos cadáveres, casquillos de balas por todos lados, el viejo Chevrolet lleno de agujeros y ni rastro de Natalie.

—¿Te has fijado en el coche? —indicó Jack.

—Sí. Iban a por ella, pero... ¿Quién? Y sobre todo, ¿por qué?

—No entiendo nada —Jack se pasó la mano por la frente, no podía permitir que su juicio se nublara. Respiró profundamente.

—Meyer... si quieres participar en esto, debes mantener la mente fría. Davis es una chica lista, estoy seguro que sabrá cómo arreglárselas hasta que demos con ella.

—Sabes también como yo que Collins asumirá el control del caso y nos dejará fuera de la investigación.

—¿Y desde cuándo seguimos órdenes de ese cretino? ¿No has aprendido nada de Davis?

Coleman guardó silencio para tomar aliento. Lo cierto era que él también estaba preocupado por Natalie. Desde que la conociera en el escenario de un crimen en el edificio donde vivía, la detective Davis se había ganado el respeto y la admiración de Coleman. Su carácter impetuoso, su instinto, su capacidad para unir las piezas del puzzle, su pasión y su sentido del compañerismo habían llevado al despreocupado e irritante agente a considerar a Natalie una amiga; aunque fuera del FBI, algo que él detestaba.

—¿Crees que Natalie se cargó a estos tipos? —comentó Jack mientras hurgaba en los bolsillos de las víctimas.

—Has trabajado con ella. ¿Tiene buena puntería?

—No me gusta esto, Coleman —añadió entregándole las identificaciones de los sujetos que habían colisionado con Natalie.

—¿Federales? ¿Qué coño hacen dos federales disparando a una compañera?

—Jack no respondió. En vez de eso, comenzó a fotografiar con su *Smartphone* todo a su paso; ya luego descartaría lo irrelevante. Unas sirenas anunciaron que ya no estaban solos y varios coches los rodearon.

—¡Quietos! —ordenó Collins indicándoles que se apartaran de los cuerpos y se reunieran con él fuera del cordón policial.

—Hola Tom —saludó Coleman sonriente.

—Borra esa estúpida sonrisa de la cara. Nos han dado el aviso y no tienes nada que hacer aquí. Dos agentes muertos, un coche ha sido visto abandonando el escenario a toda prisa y una fugitiva miembro del FBI, está claro que es asunto nuestro.

—¿Fugitiva? —intervino Jack—. No sabemos qué ha pasado aquí. Natalie puede estar en peligro y en vez de investigar... ¿la acusas?

—Hola agente Meyer, disculpa, señor —prestó atención por primera vez a Jack desde que había llegado, recordándole de manera velada que él no tenía ningún rango para poder intervenir—. Como jefe del equipo, yo decido cómo

proceder.

—Ya sé cómo es tu forma de trabajo. Primero disparas y luego preguntas.

—Siempre será mejor que la tuya. Ir detrás de una subordinada y poner en peligro al equipo para acabar de asesor; no sé, no creo que estés en posición de dar lecciones.

—Me importa una mierda lo que me digas; pero si en vez de creerte superior sacaras la cabeza de tu culo, te darías cuenta que te equivocas.

—¿Crees que no te arrestaré? ¡Sigue provocándome y le diré a Brandon que te ponga las esposas!

—¡Olvidaba que tienes un perro faldero que mea por donde tu pisas!

—¡Serás cab...! —gritó Collins. Coleman intervino. No podía dejar que encerraran a Meyer, mientras Natalie podía estar en peligro. Rodeó a Jack con sus brazos por el pecho dejándolo inmovilizado y se lo llevó arrastras fuera del cordón policial.

—¿Qué haces? —le recriminó Jack una vez que estuvo liberado.

—¡Salvarte el trasero! ¿De verdad vas a dejar que una pelea entre gallitos te lleve al calabazo mientras seguimos sin saber dónde está Natalie? —Jack suspiró.

—Tienes razón. Gracias, tío.

—De gracias nada. Me debes unas entradas para los Knicks —le indicó señalándole con el dedo índice.

—De acuerdo —sonrió Jack—. ¿Y ahora qué? No nos dejarán husmear, aunque... —Jack se acercó a la acera del margen derecho de la carretera y observó la entrada hacia un callejón—. Según Collins, no podemos investigar dentro del cordón policial, pero fuera... —Coleman ladeó la cabeza con gesto de victoria.

—Me gusta que actúes como Natalie. ¿Qué has pensado?

—Una opción. Si Natalie huyó, este callejón podría ser una vía de escape viable.

—Es una alternativa. Crúzalo a ver qué encuentras, bordearé la zona y te esperaré al otro lado.

Jack se aseguró que nadie le prestara atención antes de escabullirse por el callejón; sabía que si Collins o Brandon lo veían, ampliarían la zona acordonada sólo por fastidiarle.

Con calma recorrió el trayecto en busca de alguna señal que le indicara que Natalie había escapado por ahí y estaba en algún sitio sana y salva; por desgracia, llegó a la calle trasera sin hallar nada nuevo.

—¿Algo? —preguntó con una forzada sonrisa Coleman.

—No, Coleman —zarandeó la cabeza Jack—. ¿Qué sucede? —preguntó llevado por la extraña actitud de su amigo. El policía se limitó a indicar con el dedo logrando que la mirada de Jack brillase; había una cámara de tráfico que apuntaba hacia esa dirección, con un poco de suerte obtendrían una pista.

Capítulo 14

Natalie despertó desorientada. No sabía cuánto tiempo había dormido ni hacia donde se dirigía, pero lo que sí sabía era que viajaba en la parte trasera de una furgoneta. Trató de mover los brazos, pero unas esposas que la ataban a una barra de acero, le impedían soltarse. Entrecerró los ojos con la intención de ver a través de los hilos del saco de arpillera que le cubría la cabeza; pero sólo consiguió marearse y que su cuerpo se desplomara ligeramente hacia la derecha. Una enorme mole de carne, y las ataduras a su espalda, hicieron que no se golpeará con el suelo. Había alguien sentado a su derecha, custodiándola; probablemente el hombre que la había reducido con la pistola eléctrica. Se dejó caer a la izquierda y una mano la recolocó en su asiento de manera brusca. Dos hombres la acompañaban, la habían atado y cubierto para que ni escapara ni viera a sus secuestradores. Su instinto le gritaba que no pintaba nada bien. Habían tratado de aniquilarla y, tras el fracaso, la habían retenido en contra de su voluntad. Para Natalie sólo tenía una desagradable explicación. Si no le habían alojado una bala en la nuca sería porque, para ellos, tenía algún valor; eso o... la otra alternativa que barajaba era mucho más dolorosa y prefería no pensar en ella: tortura.

La furgoneta se detuvo. El hombre de su izquierda se levantó y abrió la puerta lateral, mientras el hombre de la derecha la desató de la barra metálica y sin quitarle las esposas, sujetándola por el brazo, la guio para que bajara del auto. Su pie tropezó con el borde de la puerta haciendo que cayera hacia delante; el sujeto que la custodiaba, la agarró con fuerza suspendiéndola en el aire para que no se diera de bruces contra el suelo. A continuación, la elevó por la cintura y la transportó unos pasos, ya al aire libre.

El olor de la tierra húmeda, a madera y pino, la ubicó en algún bosque de las afueras. Natalie avanzaba, afinando todo lo que podía sus sentidos, dispuesta a captar cualquier pista que la ayudara a entender los motivos que habían llevado, a no sabía quién, a conspirar la sucesión de hechos que había protagonizado aquella noche.

Caminaron unos metros hasta que Natalie tuvo que subir unos peldaños que crujieron bajo sus pies. Luego cruzaron una puerta que estaba abierta o alguien sostenía esperándolos, y el calor del hogar provocó que sus mejillas se encendieran y le costara respirar bajo aquella gruesa tela.

—No puedo respirar —pronunció con dificultad en un tono más elevado y desesperado del que le hubiera gustado emplear. Nadie pareció prestar atención a sus palabras.

Con la respiración acelerada y la lengua áspera por la sed, se dejó guiar hasta que la detuvieron, tirando con fuerza de su brazo. Natalie necesitaba deshacerse del saco que la cubría, pues la ansiedad comenzaba a nublarle el juicio. Ni siquiera en la academia podía soportar los juegos del rol en los que ella era la víctima. Los latidos de su corazón le taladraban sus oídos, al tiempo que se preguntaba cómo hubiera sido su vida sin el don que poseía, la única razón por la que le habían permitido graduarse a pesar de sus bajas notas; un don o una condena, los últimos acontecimientos la llevaban a creer que era más lo segundo.

El tipo le quitó la esposas, le dio un leve empujón y cerró la puerta echando la llave. Natalie se deshizo de la tela que le había impedido ver durante todo el trayecto. Entornó los ojos tratando de lograr enfocar y situarse, pero la oscuridad era tan densa que no podía vislumbrar ninguna figura. Dio unos pasos, tanteando la superficie, y perdió el equilibrio; rodó por una vieja escalera de madera que la llevó al sótano, no sin romper varios peldaños a su paso.

Dolorida y mareada, sin fuerzas para levantarse, alzó la cabeza en un fallido intento de incorporarse para luego rendirse dejando que su amaratado cuerpo descansara cayendo en un profundo sueño.

Capítulo 15

Jack y Coleman se trasladaron a la comisaría donde el informático revisaba las imágenes de la cámara de tráfico, situada en el callejón, lugar en el que intuían que Natalie había desaparecido. Se colocaron a la espalda del corpulento hombre y observaron atentamente. Allí estaba Natalie fallando en su intento de huir y siendo reducida con una pistola *Teser* para, a continuación, ser cargada en la furgoneta y desaparecer del campo de visión de la cámara.

—¡Mierda! —exclamó Coleman. Jack permanecía pensativo—. ¿No hay nada más? —quiso saber el detective.

—No hay nada, señor. Después de girar los perdemos —respondió Ginés decepcionado.

—¿Has comprobado la matrícula?

—No hay ningún vehículo registrado con esa matrícula.

—Era de esperar. No son unos simples aficionados.

—¿Puedes localizar más cámaras de tráfico? —intervino Jack rompiendo su ensimismamiento.

—¿A qué te refieres? —quiso saber el informático.

—Si visualizamos el resto de cámaras y localizamos en las imágenes esa furgoneta, podríamos obtener una pista de dónde se dirigen.

—Va a ser largo y tedioso; además no garantiza que la encontremos. Nuestro equipo no es tan sofisticado como el del FBI —explicó Coleman—. Quizás... —trató de proponer una alternativa, pero Jack no se lo permitió.

—Pásame las imágenes a cualquier ordenador que esté libre. Haré lo que tenga que hacer para encontrarla; aunque suponga buscar una aguja en un

pajar—. Coleman asintió.

—Trabajad juntos. Voy a hacer unas llamadas —dijo desapareciendo de la sala.

Coleman subió a la azotea asegurándose que ningún agente indiscreto reparaba en él; una vez que estuvo solo, sacó su teléfono e hizo una llamada.

—¡Estás loco! ¿Cómo se te ocurre llamarme? —le recriminó Olivia, compañera y mejor amiga de Natalie.

—La agente Davis ha desaparecido.

—¡Lo sé! ¡Claro que lo sé!

—Necesito que nos ayudes a encontrarla.

—¿Qué? Me cortarán el cuello si se enteran que estoy trabajando con la policía.

—Pensé...

—Pues piensa menos. Y no se te ocurra llamarme de nuevo. Si consigo algo, yo seré la que te llame—colgó la mujer, dispuesta a evitar meterse en problemas por culpa de un indiscreto policía.

Coleman, frustrado por la reacción de la chica, decidió regresar con el resto. Estaban solos en aquella pesadilla. *¡Maldita sea, Natalie! ¿Dónde demonios te has metido?* Miró su reloj y pateó el suelo. Tres horas sin noticias de Natalie y sin ninguna pista que los ayudara.

Coleman se reunió con Jack y el informático para conocer los avances que habían hecho. La cara de desesperación de Jack fue suficiente para saber que la aguja en el pajar se había convertido en un grano de arena.

—¿Tan mal ha ido? —se atrevió a preguntar. Jack se limitó a taparse la cara con las manos, mientras el informático le ponía al tanto.

—Hemos seguido a la furgoneta varias calles, pero una avería ha hecho que la perdiéramos. Hemos dado el aviso por si alguien la ha visto y para que el resto de policías estén atentos. No tenemos que preocuparnos de que el FBI detecte el aviso, hemos hecho creer que está relacionado con el caso de la chica del callejón —informó Ginés. Coleman asintió.

—Jack, sé que es duro, pero deberías ir a casa a darte una ducha y descansar unas horas. Te llevo y luego iré a dormir un poco; después, con la mente más despejada, revisaremos juntos las fotos que hiciste con el móvil para tratar de hallar alguna pista.

—¿Cómo voy a dormir sabiendo que Natalie puede estar en peligro?

—Te entiendo, pero aquí no hacemos nada; además he hablado con Olivia y nos avisará si descubren algo.

—¿En serio? —Jack parecía incrédulo. Coleman le tomó del brazo y le ayudó a levantarse; ambos iniciaron el camino al apartamento de Natalie, donde Jack insistía en quedarse.

Coleman se despidió de Jack, prometiendo llamarlo si conseguía alguna información y en cuanto pudo, cambió de ruta dispuesto a volver a la oficina. No estaba dispuesto a rendirse tan pronto.

Capítulo 16

Olivia no podía creer que Coleman hubiera tenido la desfachatez de llamarla, sabiendo que su jefe era capaz de hundirla si sospechaba que colaboraba con el detective. Lo que realmente había disparado su mal carácter era la actitud de su jefe y de Brandon. Habían acusado a Natalie de asesina y fugitiva, en lugar de plantearse por qué habían intentado matarla. Olivia podía oír como su pulso se aceleraba debido a la locura que pensaba cometer. Copió todos los archivos del caso y los reenvió a Coleman. Dio un brinco en su asiento cuando Brandon la llamó.

—¡Olivia! ¿Va todo bien? Estás muy tensa.

—Dadas las circunstancias, no es para menos —explicaba al tiempo que borraba los mensajes enviados y trataba de entrar en una página cualquiera para despistar a Brandon.

—Olvidaba que era tu amiga.

—Es mi amiga y si no quieres que te parta la nariz —tecleaba a toda prisa, Brandon estaba asomando la cabeza— ni se te ocurra sugerir que se han cargado a Natalie—. Se levantó indignada de su asiento y se marchó a tomar el aire a la entrada del edificio. Brandon no se contuvo en comprobar el ordenador de Olivia; por suerte, no había dejado ningún rastro.

Coleman se presentó en casa de Jack golpeando la puerta con insistencia. El asesor, ojeroso y despeinado, le abrió y con un gesto con la mano, le hizo pasar.

—¡Necesito un ordenador! —le gritó.

—¿Qué? —Jack trataba de recuperarse de las horas de insomnio y llanto contenido.

—Un-por-tá-til —repitió el detective remarcando cada sílaba. Jack reaccionó encendiendo el de Natalie que reposaba en la mesa del comedor.

Coleman lo apartó, una vez el ordenador estuvo encendido y funcionando, comenzó a teclear y descargarse archivos.

—¿De qué se trata? —quiso saber Jack.

—¡Natalie! —exclamó el detective. *¿De qué otra cosa iba a tratarse?*, pensó mientras zarandeaba la cabeza y le daba instrucciones—. Prepara café, lo necesitas. Luego leeremos esto, veremos las fotos y... si eres tan bueno como dicen, descubriremos dónde han llevado a Natalie antes que ese cretino de Collins.

—Pero... —Jack necesitaba más información. Coleman intuyó la pregunta sobre quién le había facilitado todo aquello.

—Olivia. Vamos, no veo moverte ni huelo el café.

Jack abrió los ojos de par en par. Tenían ante sus ojos las piezas que podían llevarlos a recuperar a Natalie; sin duda, no había tiempo que perder. Una vez los archivos estuvieron descargados y el café servido, Jack los transfirió a su *tablet* para poder avanzar más rápido. Cada uno revisaría los documentos e irían compartiendo impresiones.

“Natalie Davis. Agente del FBI. Situación actual: desaparecida. Estado actual: presunta asesina; fugitiva peligrosa”.

Jack golpeó la mesa al leer aquella línea. Coleman le miró de reojo y continuó con la lectura; a él también le enfurecía que Collins se empeñara en ensuciar el nombre de la agente Davis.

“Los fallecidos son Glen Wallas y Paul Anderson miembros del FBI que investigaban un asunto de tráfico de drogas. Las pistas les llevaron a aquel lugar donde dio comienzo el tiroteo que les costó la vida”.

Jack no podía creer la falta de rigor y objetividad de aquel informe. Pasó las páginas hasta leer el nombre de la persona que lo había redactado: Brandon O’Neil. No le sorprendía nada que el perrito faldero de Collins hubiera escrito esas sandeces. Por su salud mental y por el bien de Natalie, el asesor decidió centrarse en los aspectos técnicos.

“Los orificios de bala en el coche de la agente Davis y los correspondientes en el resto de vehículos, atestiguan que existió un tiroteo; se desconoce quién lo inició, pero sí qué lo desencadenó: un choque posterior entre ambos vehículos.

Los agentes abatidos murieron en el acto por proyectil alojado en órgano vital: cerebro y corazón, respectivamente.

Se han encontrado casquillos y restos de sangre al otro lado de la calle que, tras pasarlo por el análisis de datos, no devuelven ninguna información. Las armas encontradas tenían los cargadores vacíos y presentan huellas de los protagonistas del incidente.

Los objetos incautados son los siguientes:

- *Teléfonos personales de Glen Wallas, Paul Anderson.*
- *Identificaciones y carteras de Glen Wallas, Paul Anderson y Natalie Davis.*
- *Varios fajos de cocaína en el maletero de Natalie Davis.*

- *Se procede a informar a familiares y dar orden de “busca y captura” a la agente Natalie Davis por posible colaboración en delitos de narcotráfico”.*

Jack había dejado de molestarte la infundada acusación a su chica. Había algo que llamaba su atención.

—James —llamó por su nombre de pila—. ¿Has leído los objetos incautados?

—Sí, ¿qué sucede?

—No dice nada de que tengan el teléfono de Natalie y si... —Coleman no necesitó oír nada más.

—Ahora mismo le digo a Ginés que trate de localizarlo. Si Natalie lo lleva con ella, podríamos saber su posición e ir en su busca.

—Si estamos en lo cierto, dudo mucho que el FBI no la haya encontrado ya.

—No seas pesimista. Nosotros somos mejores que ellos; nos tenemos a mí, a ti, a Ginés y Olivia.

Ginés había acabado su turno y dormitaba en el sofá-cama de la diminuta habitación que había alquilado cerca del trabajo.

—Jum —salió de su boca a modo de saludo.

—Sé que estás descansando, pero necesitamos localizar el teléfono de Natalie —argumentó Coleman.

—Ajá —respondió Ginés para luego colgar. Coleman torció el gesto sorprendido.

—¿Lo hará? —quiso saber Jack.

—No estoy seguro; pero por su bien espero que me haya entendido. Le daré unos minutos y si no da señales, le daré una paliza tan grande que tendrá que comerse mediante gotero esas rosquillas que tanto le gustan—. Jack sonrió con una mueca que mezclaba espanto y sorna. Cinco minutos después Ginés contactaba con ellos.

—Jefe, tengo buenas y malas noticias.

—Desembucha.

—La buena es que he podido rastrear el teléfono. La mala es que aparece apagado. Nuestra única esperanza es que cuando lo encienda, seamos los primeros en detectarlos.

—Ya sabes lo que eso significa.

—Por supuesto, señor. No apartaré los ojos de la pantalla—. Coleman sonrió satisfecho por la respuesta.

—Seguimos en contacto —dijo concluyendo la llamada.

—¿Y qué hacemos mientras tanto? —interrogó Jack.

—Lo que mejor sabemos hacer. Investigar. ¿Qué demonios pinta Natalie en medio de una operación de narcotráfico?

Capítulo 17

El tipo que había viajado a la derecha de Natalie se llamaba Roland. Como bien había intuido la agente, era un hombre alto y corpulento. Una enorme mole de carne y hueso en la que todo era fibra y que mostaba sus músculos marcados en exceso. Roland llevaba la cabeza afeitada, tenía la piel bronceada de pasar los fines de semana pescando en alta mar. Sus ojos, dos enormes canicas de azabache, no perdían detalle de lo que sucedía a su alrededor. Se había quitado la chaqueta dejando a la vista una camiseta blanca básica y sus tirantes negros a juego con su pantalón. Sentado en una silla de la cocina, bebía una cerveza mientras el tipo que había viajado a la izquierda de Natalie y el conductor discutían con Daniela.

El conductor era un maduro y enclenque hombre con ademanes afeminados que se arrepentía de haber participado en aquella locura, tras saber que la chica a la que habían secuestrado pertenecía al FBI.

—¡Estáis locos! ¡Si me lo hubierais dicho, no hubiera aceptado el trabajo! — se lamentaba Xavier.

—Precisamente por eso no te lo dijimos —respondió Daniela, fría y altanera, reposando su delgada figura sobre la encimera y dejando que sus mechones castaños se colaran por su escote.

El tipo que había viajado a la izquierda de Natalie, Jean, la observaba fascinado mientras fumaba un cigarrillo y bebía un trago de whisky. Un hombre fornido a base de anabolizantes y gimnasio cuyas piernas había olvidado ejercitar y cuyo rostro avinagrado y poco agraciado provocaban en Daniela una cierta repulsión.

—¡Esto es una locura! —gritaba de nuevo Xavier.

—¡Cállate! Estamos todos en esto, y punto —intervino Jean sin apartar la

vista del pronunciado escote de Daniela.

—Ya es tarde, cariño —trató de consolarle la joven añadiendo a sus palabras una suave caricia a su mandíbula que logró amansarlo.

—Nena, debiste habérmelo dicho —soltó con tono aniñado.

—Lo hice por ti. Era mejor así y lo sabes —Daniela le dio un tierno beso en la frente.

—¿Y ahora qué hacemos? —interrumpió a la extraña pareja Jean.

—Esperar órdenes —bramó desde su asiento Roland.

—O podríamos divertirnos un rato... —sugirió Jean. La mirada de Daniela se iluminó ante la sugerencia.

—¿Qué se te ocurre?

—Bueno, nos dijeron que la secuestráramos, la custodiáramos en esta casa y la entregáramos, a su debido tiempo, sana y salva; pero nadie dijo que no pudiéramos jugar con ella—. Daniela dibujó una sonrisa pícaro y se contoneó mostrándole el nacimiento de sus pechos. Roland golpeó la mesa con el puño mientras Xavier estallaba de nuevo.

—¡Eres un monstruo! ¡Si le ocurre algo a la chica, nos matarán! Deberíamos irnos —pedía desesperado Xavier.

—Yo no pienso moverme hasta conseguir lo que quiero. Tal vez, sea un monstruo; pero en los negocios hay que mantener la sangre fría y la mente despejada.

—¿Qué tienes pensado hacer? —preguntó Daniela; su voz era clara y decidida, su mirada escondía un velo oscuro que atestiguaba que estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de obtener el dinero y largarse cuanto antes de allí; deseaba alejarse de aquellos miserables, a los que no pensaba volver a ver.

—Estoy seguro que esa chica sabe más de lo que creemos. Si logramos

sonsacarle lo que el jefe quiere, nos recompensará.

—Cuenta conmigo —accedió de inmediato Daniela

—Vamos a divertirnos —rio Jean bebiendo un nuevo trago y rodeando con un brazo la cintura de la mujer.

—¡Estáis locos! ¡No puedo creer que esto esté pasando! —De sobra eran conocidos los gustos macabros de Jean que consistían en torturar, mutilar y violar a sus víctimas—. ¡A la mierda todo! ¡A la mierda el dinero! —advirtió girando sobre sus talones y huyendo al coche.

—No podemos dejar que se vaya —añadió Daniela.

Jean no tenía intención de hacerlo. Había sacado la pistola de la funda y corría tras Xavier, quien debido a la tensión no lograba coordinar sus movimientos. Desde el umbral de la puerta principal Jean disparó hacia las ruedas de la furgoneta dejándola inutilizable y, no conforme, sacó de su cinturón un cuchillo y se ensañó con los neumáticos. Daniela y Roland observaban el espectáculo, mientras de manera patosa Xavier corría en dirección hacia la carretera principal. Jean con una media sonrisa se reunió con el resto.

—¿Piensas dejarlo marchar? —preguntó Daniela.

—No. Roland ve a por él —ordenó Jean.

—¿Quién te ha nombrado el jefe? No pienso ser tu lacayo.

—Vamos, Roland, anda ve por Xavier. ¿Crees que él podría alcanzarlo? —intervino Daniela para calmar los ánimos. Roland empezó a reír ante la burla de su amiga y salió corriendo tras Xavier. Daniela, satisfecha de su logro, se acercó a la oreja de Jean para susurrarle.

—Hacemos un buen equipo, cariño —dijo para luego lamerle el cuello—. Estoy deseando acabar con todo esto para que podamos pasarlo bien tú y yo —. Jean colocó la mano en la nalga tersa de Daniela.

—Si ese cretino de Roland hace bien su trabajo, antes de que amanezca nos habremos largado de aquí —añadió; le pasó la lengua desde la barbilla al nacimiento del pelo dejando a su paso un reguero de saliva y después la besó, frotando su cuerpo con el de ella. Daniela se apartó.

—Debemos ser cuidadosos; si Roland sospecha, lo echará todo a perder.

Roland regresó a los pocos minutos sujetando a Xavier por los hombros, quien lucía un ojo morado. Los cuatro se dirigieron al salón dónde Jean dejó clara las opciones de Xavier.

—En este lío, estamos todos dentro. Si vuelves a intentar salirte del juego... —disparó a uno de los cuadros que adornaban el salón-comedor—. Tú serás la diana—. Xavier se limitó a tomar asiento. Y Jean se relajó, dejando de apuntarle con el arma.

—¿Quién va a ser el primero? —preguntó Daniela, retomando el tema principal.

—Estoy deseando jugar con esa zorrita —confesó Jean provocando la estridente risa de ella.

—¡Basta! —gritó Xavier—. Si el jefe se entera que le ha pasado algo, ¡nos matará! —sentenció en un infructuoso intento por parar aquella locura sádica.

Jean, en un acto reflejo, alzó la mano y apretó el gatillo. Rápido, directo y sin remordimientos. Los sesos de Xavier se esparcieron por la pared y el cuerpo se desplomó provocando un sonoro golpe. Todos observaron los restos de su amigo, inmunes a la desagradable estampa, mientras la sangre bañaba la vieja alfombra.

—¿Tenéis hambre? Todo este asunto me ha abierto el apetito —informó Jean impertérrito ante lo sucedido.

—Tenemos que calmarnos —recordó Daniela, sin temblarle el pulso—.

Comeremos algo y luego lo echaremos a suertes —indicó ella consiguiendo el asentimiento de ambos como si nada hubiera ocurrido; sin duda, la droga que habían consumido les hacía sentir que estaban muy por encima del bien y del mal.

Capítulo 18

Olivia había iniciado su plan de huida. Comenzó viajando varias veces al baño, aprovechando cada viaje para retirar algo de maquillaje del contorno de sus ojos para que el color oscuro de sus ojeras le otorgara un aspecto enfermizo. Continuó teatralizando apatía y malestar para terminar comunicándole a su jefe que necesitaba tomarse el día libre. Collins no dudó ni un momento de la veracidad de su historia y le concedió permiso para recoger sus cosas y marcharse a casa. Olivia se disculpó y con premura subió al ascensor donde respiró aliviada. Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos pensando en su próximo paso. Debía reunirse con Coleman; de sobra sabía que Jack y él estarían desentrañando toda la información sobre el caso. Lo único que necesitaba era idear la forma de que el encuentro fuera lo más discreto posible. El ascensor llegó a la planta del parking contoneándose al hacer contacto con el piso, sobresaltando a Olivia y haciendo que abriera los ojos regresando a la realidad.

El parking estaba desierto. No le extrañaba. Era medio día y todos estaban en sus puestos. Lo que sí llegaba a ensombrecer su victoria era la sensación de que alguien seguía sus pasos. Negó con la cabeza sonriendo; era imposible que alguien se colara en un edificio federal como ese sin llamar la atención de cámaras, guardias de seguridad y agentes. Desde que Natalie había desaparecido había experimentado un súbito resquemor por todo lo que la rodeaba, llevada por la sospecha de que el documento que le había mostrado a su compañera horas antes del tiroteo tenía algo que ver.

El repicar de sus tacones sobre el asfalto se convirtió en la única melodía que la acompañaba hacia su coche. Un golpe conciso contra el suelo la obligó a detenerse y girarse, pero a excepción de ella, no había nadie más. Continuó su camino acelerando el paso, era primordial para su salud mental escapar de allí sin perder más tiempo. Entonces, al sonido decidido de sus tacones se unieron unos pasos planos y bastos. Se llevó la mano al costado, donde guardaba su pistola, y con movimientos rápidos y ágiles se giró de nuevo dispuesta a descubrir quién la seguía. Nada, no había nada ni nadie; pero creer que sus miedos eran infundados duró poco tiempo, pues el impacto de

una barra sobre su nuca, la hizo desplomarse. El agresor se aseguró que estuviera inconsciente y comprobó su reloj de pulsera para asegurarse de que las cámaras que había desactivado momentáneamente no se reactivaran antes de que lograra esconderla en su maletero. La arrastró por los pies unos metros y el sonido de las puertas del ascensor abriéndose le obligaron a soltarla, agazaparse entre dos autos y esperar que no le encontraran.

—¿Señora? ¿Agente? —trataba una voz masculina de llamar la atención de la agente que yacía en el pavimento mientras se acercaba—. ¡Olivia! —gritó cuando estuvo lo suficientemente cerca para distinguir su rostro. El agresor tenía que reaccionar rápido. Rodó por el suelo y se lanzó bajo un coche, donde inmóvil aguardó, siendo testigo de cómo socorrían a la agente y se la llevaban en una ambulancia, hasta que todo regresó de nuevo a la calma para poder salir de su escondrijo.

Capítulo 19

Natalie despertó dolorida, pestañeó varias veces con la esperanza de que todo aquello se tratase de una pesadilla; pero no lo era. Se incorporó y descubrió que en el último peldaño de la escalera, habían dejado una bandeja con una botella de agua y un sándwich de máquina, como esos que puedes comprar en las gasolineras. El punzante dolor de su sien le impedía pensar con claridad. Se llevó la mano a la frente y descubrió una herida que la sangre reseca había taponado. Se aseguró que tanto la botella como el emparedado estuvieran precintados y se dispuso a comer y beber; ansiosa, por el hambre y la tensión de la situación, engulló el sándwich de unos pocos bocados y vació la mitad de la botella.

Los gritos de una mujer y las voces quejumbrosas de varios tipos, hicieron que sus pulsaciones se dispararan y se pusiera en alerta. La luz que se colaba por las rendijas de los respiraderos le sirvió para poder ver en la penumbra de aquel sótano. Lo único que pudo apreciar fue una hilera de cajas que se amontonaba en un rincón y una bombilla que pendía de un cable que cruzaba la sala hasta llegar al techo. Su mirada comenzó a brillar y una mueca de optimismo se dibujo en su demacrado rostro. Se acercó a la lámpara colgante y alzó las manos con la esperanza que tuviera una cadena que la activara; tiró de la anilla que hacía contacto y, al estar sus pupilas dilatadas para orientarse en la oscuridad, el fogonazo la cegó durante unos segundos. La luz inundó aquella sala otorgando al recinto un aire tenebroso y lúgubre.

Tras unos minutos de lamentarse de sí misma, la conversación subió de tono, captando toda su atención. A continuación pudo oír las quejas de un hombre y la risa cruel y exagerada de una mujer. Hubo un nuevo disparo y todo se quedó en silencio. Temía por su vida; así que pensó rápido. Tenía dos opciones: quedarse quieta a esperar que le introdujeran una bala en la frente o hacer lo que fuera necesario para escapar de allí. Se hurgó dentro de la bota en busca de su teléfono, con el temor de que sus captores se hubieran deshecho de él; pero allí seguía. Pulsó el botón de encendido sin éxito; se preocuparía de eso más tarde. Barajó sus escasas opciones y actuó rápido.

La única salida era la puerta situada en lo alto de la escalera; una puerta que llevaba a su salvación o a las garras de un desquiciado psicópata. No había muchas alternativas ni tiempo para pensar; así que comenzó a subir peldaño a peldaño, amortiguando su paso para que el crujir de la madera no alertase a su carcelero. A medida que se acercaba a la puerta, respirar se le hacía más complicado, el nerviosismo le hacía inspirar más rápido de lo que sus pulmones lograban hacer su trabajo. Debía tranquilizarse si no quería perder el conocimiento. Llegó a la cima, afinó el oído para asegurarse que nadie rondaba el pasillo y giró lentamente el pomo. Suspiró aliviada al descubrir que, tras traerle la comida, habían olvidado echar el cerrojo. Abrió la puerta un palmo, asomó con cuidado la cabeza y no vio a nadie. No podía acobardarse estando tan cerca de huir. Cruzó el pasillo con sigilo hasta llegar al salón-comedor. La estampa le heló la sangre, un tipo yacía en el suelo mientras sus sesos estaban esparcidos por la pared. Oyó gritar a alguien en la cocina; su voz la hizo reaccionar. Corrió hasta la puerta principal y salió de allí sin mirar atrás. Un rápido vistazo a la furgoneta le hizo entender la razón de los disparos; la única forma de escapar era corriendo. Una voz a su espalda, le hizo acelerar el paso; mientras, la mujer alarmada avisaba al resto. Debía darse prisa antes de que la alcanzaran. Sería una larga noche... y no había hecho más que empezar.

Capítulo 20

Coleman condujo hasta el hospital. Había detenido el auto cerca de la entrada, junto a un lateral del edificio; pero en una posición que no alertara a los posibles agentes de la zona.

—Es sencillo —añadió Coleman—. Merodeas por la planta, averiguas cómo está y regresas para informarme.

—No creo que eso sea posible —corrigió Jack—. Si la han atacado, Collins habrá puesto un dispositivo de seguridad, es decir, al menos una pareja de agentes en su puerta y alguno cerca de la zona de acceso. Dudo mucho que me permitan verla por muy amiga que sea mía. Lo mejor es que finjas ser su novio.

—Dudo mucho que funcione. ¿Has hablado con alguien de tu antiguo equipo?

—Ninguno responde al teléfono.

—¿Ni siquiera ese del que tanto habla Natalie?

—Te refieres a Joe. No he logrado mucho, teme por su cuello. Sólo he conseguido que me diga el número de habitación. Si Collins ha hecho lo que debe, los tendrá trabajando duro para dar con el responsable y no les dará respiro hasta que lo encuentren.

—Está bien, está bien. Si tengo que fingir ser su novio... —añadió Coleman con un gesto de falsa modestia que Jack no captó.

Coleman no estaba convencido del plan de Jack, aun así accedió ante su convicción de que era la única alternativa. Coleman bajó del coche. Si no volvía en 15 minutos, Jack se iría; al menos así uno de los dos podría seguir investigando el paradero de Natalie.

Coleman se presentó en el puesto principal de información. Una enfermera de entre cuarenta y y cuarenta y cinco años, releía unos documentos ignorando su presencia. Él tamborileó con sus dedos sobre la superficie con el fin de captar su atención. La mujer alzó la cabeza quedando sus gafas a mitad de la nariz y dedicándole un gesto de desprecio.

—¿Qué? —soltó por la boca. Coleman respiró profundamente y dibujó su mejor sonrisa.

—Estoy buscando a Olivia Estévez —el dato consiguió que Miss Pearson, como pudo leer en su identificación, se centrara en él.

—¿Familiar o amigo?

—Novio.

—Un segundo —dijo excusándose la enfermera para hacer una llamada avisando a los federales. Jack tenía razón, no iba a ser fácil llegar hasta Olivia. Debía pensar rápido.

—Suba. Está en la habitación 317 — le espetó la enfermera sin apartar los ojos de su nuca.

Coleman oía como su corazón palpitaba con fuerza en su pecho, mientras se arrepentía de haber entrado allí. Subió al ascensor hasta la tercera planta y al llegar a su destino un agente le esperaba; por suerte, ningún rostro amigo que pudiera conocer su verdadera identidad. Le tomó del brazo, le apartó del pasillo y le cacheó; agradeció haber dejado su arma y su identificación en el coche.

—Nombre —dijo mientras palpaba la parte interna de sus muslos.

—Jaime —respondió con acento español latinizando su nombre de pila.

—¿Novio?

—Sí —contestó; ya no había marcha atrás—. Llevamos poco tiempo.

—¿Le han llamado nuestros compañeros? —El agente sabía de sobra que eso no era posible; no habían dado el aviso y ya había alguien queriendo ver a la agente Estévez, algo más que sospechoso.

—No. Braulio, el encargado del puesto de perritos que está junto a las oficinas, es amigo mío. Oyó lo que había sucedido y me llamó de inmediato —una verdad a medias que ansiaba que funcionara; sólo esperaba no meter en líos al viejo Braulio, el dueño del puesto de los perritos calientes más deliciosos de toda la ciudad.

—Pase a la habitación, pero le acompañará uno de nuestros agentes —suspiró aliviado, ahora sólo le quedaba que Olivia le siguiera el juego.

La agente estaba tumbada en la cama, con una venda que cubría su cabeza. Le miró confundida y Coleman le dedicó un guiño como aviso para que le siguiera la corriente.

—Olivia... ¡qué susto me has dado! —exclamó lanzándose sobre ella para abrazarla y susurrarle al oído que mintiera—. ¿Qué ha sucedido? Me han cacheado como un vulgar ladrón, ni siquiera creían que pudiéramos ser pareja. ¡Joder! ¿Cuántos novios que se llamen Jaime puedes tener? —Coleman usaba su mejor *spanGLISH* mientras trataba de darle toda la información de manera sutil.

—Son buenos chicos, Jaime, pero se preocupan por mí —añadió Olivia entrando a formar parte del juego. El agente, satisfecho por cómo transcurría la conversación, decidió darles privacidad y salir al pasillo. En cuanto estuvieron solos, Coleman comenzó el interrogatorio.

—No tengo mucho tiempo para explicaciones. Collins nos tiene vetados a Jack y a mí, esto es lo mejor que se nos ha ocurrido—. Olivia escuchaba atentamente, aunque no había podido evitar molestarse de que el detective

hubiera afirmado ser su novio—. ¿Qué te ha pasado? —Olivia le dio los detalles.

—¿Crees que tu ataque y el asunto de Davis pueden estar relacionados?

—No lo sé, pero... lo cierto es que... —se había decidido a confesar sus sospechas, pero la alarma de incendios los interrumpió—. ¿Qué demonios pasa ahora? —se lamentó Olivia.

—¿Y tú arma? —quiso saber Coleman.

—No lo sé, supongo que en mi bolso. Está en el armario.

Coleman corrió en su busca y la colocó dentro de sus pantalones. Luego se asomó a la ventana. No estaban muy alto del suelo, pero lo suficiente como para no ser seguro lanzarse desde allí. Divisó que la cornisa inferior permitía desplazarse por ella hasta llegar a la altura de un camión de reparto, lo que les daba la posibilidad de huir sin riesgos.

—Vístete —le ordenó.

A continuación, asomó la cabeza al pasillo y descubrió que los agentes habían desaparecido; en su lugar, un reguero de sangre marcaba el destino que habían tomado sus cuerpos hacia la habitación de suministros médicos. De ella salió un hombre vestido con una gabardina negra que empuñaba una pistola con silenciador y cuyo rostro no se quedó a ver. Coleman regresó y cerró con pestillo la habitación.

—¡Corre! —indicó a Olivia—. ¡Por la ventana! —agregó; entretanto, una bala atravesaba la puerta y sobrevolaba sus cabezas.

La pareja salió por la ventana, apoyándose en la cornisa, siguiendo el plan de Coleman. Llegaron a la altura del camión, se lanzaron sobre él y, de ahí, al suelo. Olivia le pidió que le devolviera su arma y, cogidos de la mano, corrieron a toda prisa, confundiéndose entre la gente, hasta ver a lo lejos el

coche de Coleman. En cuanto Jack los divisó, arrancó el motor y los interceptó en su carrera para luego pisar el acelerador a toda prisa.

—¿A esto lo llamas no levantar sospechas? —trataba Jack de romper la tensión mientras el coche se zarandeaba en cada esquina debido a la velocidad.

—¡Pero...! — A Olivia no le dio tiempo a replicar. Una bala rompió el parabrisas trasero robándole un grito.

—¡Olivia! ¡Al suelo! —intervino Coleman. El detective había sacado la pistola y devolvía los disparos.

—¿Qué coño ha pasado allí dentro? —vociferaba Jack.

—¡Cállate Meyer! —recriminaron al unísono Coleman y Olivia afanándose en afinar puntería, mientras sus persecutores descargaban sus pistolas contra ellos.

—¡Jack! ¡Gira a la derecha! — le ordenó Olivia. Jack obedeció—. ¡La tercera a la izquierda! —Mientras ella daba las oportunas indicaciones, Coleman seguía disparando; intercambiaron una mirada y negaron con la cabeza, a ninguno le quedaban balas—. ¡La segunda a la derecha! ¡Acelera! —Olivia mostraba seguridad en cada indicación a la que Jack accedía sin rechistar. El coche que les perseguía no les perdía de vista—. ¡A la izquierda y aparca en el callejón junto a la floristería de la esquina! —Coleman hizo el amago de protestar, incluso Jack pretendía quejarse; pero de repente a su espalda, un enorme camión que transportaba tablones de madera cruzó la calle paralela obstruyendo el paso de sus seguidores. Olivia se acomodó en su asiento y saludó con la mano al conductor que le devolvió el gesto; ante la mirada perpleja de sus compañeros.

—Es hora punta en esta zona de la ciudad —indicó la joven ignorando la expresión de extrañeza de los agentes, quienes disfrutaban perplejos de su peculiar momento de suerte.

—¿Alguien me puede explicar qué ha pasado? —quiso saber Jack mientras

giraba en un callejón para evitar una nueva persecución. Coleman le explicó lo sucedido.

—¿Quieres decir que iban a rematar lo que no pudieron terminar en el parking de la agencia? —Olivia tragó saliva. Coleman prefirió no responder y se limitó a encogerse de hombros, pero los tres sabían que la respuesta era afirmativa. El detective golpeó el volante con el puño.

—¡Maldita sea! —se quejó Jack golpeando el volante con el puño—. ¿En qué demonios andabais metidas Natalie y tú?

—Bueno... eso... —intentó encontrar las palabras adecuadas, sin embargo, Coleman no se lo permitió. Su móvil había captado toda su atención.

—No hay tiempo para eso. Ginés ha rastreado a Natalie. Tenemos una ubicación.

—¡Genial! —exclamó Olivia—. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

—¿Dirigimos? —Coleman se negaba a que ella los acompañara—. Jack y yo iremos a dónde sea que esté Natalie. Tú buscarás un sitio seguro y...

—¿Me estás excluyendo? —exclamó indignada. Coleman guardaba silencio—. ¡James Coleman! —oír su nombre completo hizo que el detective la mirara—. ¿Me apartas del caso? —Coleman se giró dispuesto a iniciar una discusión, pero Jack no tenía tiempo para riñas infantiles.

—No sé qué extraña historia de amor-odio os traéis, pero necesito ir cuanto antes a la dirección que Ginés ha dado. Si los federales llegan antes que nosotros, Natalie estará perdida. Olivia está en peligro y no la dejaré en ningún sitio para que esos tíos la encuentren. ¿Te vale, Coleman? —instó Jack. El detective masculló algunas palabras, ocupó el lugar del piloto e inició el viaje.

Capítulo 21

Natalie podía sentir como la sangre borbotaba en su sien. Si seguía el camino de arena, no tardarían en darle alcance; por lo que dedujo que su única posibilidad de salvarse era huyendo entre la vegetación que bordeaba el lago. Las nubes habían ocultado la luna permitiéndole refugiarse en la oscuridad, ya que la única luz que otorgaba cierta penumbra era la proveniente de la casa. Natalie echó un vistazo derredor. Se encontraba en una finca en la que la mayor parte de su extensión era bosque. La casa de la que había escapado era una construcción rústica situada junto a un pequeño lago, el cual intuía no debía ser muy profundo; probablemente se había formado el último invierno con las lluvias torrenciales que habían azotado la zona. Dudaba mucho que se encontraran fuera de los límites del Estado, algo de lo que no estaba muy segura, pues la percepción del tiempo que habían viajado en la furgoneta estaba muy difuso. Correr entre la maleza y los árboles, era como hacerlo con una venda en los ojos.

La noche era tan cerrada que era imposible distinguir siquiera su propia silueta. Las ramas le golpeaban a su paso haciéndole heridas y rasguños, pero no podía quejarse; debía correr todo lo que sus piernas pudieran de la forma más grácil posible para no alertar a sus perseguidores. Le faltaba la respiración, comenzaba a dolerle el pecho y oía como los pasos decididos de su persecutor se aproximaban cada vez más cerca. Tanteó el terreno y se refugió en lo que creía un lugar seguro. Las luces de la casa le permitían orientarse y saber la ubicación exacta del lago. Podía dirigirse hacia él, introducirse en el agua y jugar al despiste; pero sabía que no era muy buena nadadora y que el chapoteo podía llamar la atención. Hurgó en su bota y sacó su móvil, única herramienta para pedir auxilio. Con dedos temblorosos quitó la carcasa trasera, recoló la batería y cruzó los dedos para que funcionara. Lo encendió cubriendo la pantalla con sus ropas para que la luz no la delatara; y funcionó. Una vez encendido, cometió una estupidez creyendo que podría engañarlos y ganar algo de tiempo para llamar a Jack. Palpó el suelo en busca de una piedra y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el lago. Quedó expectante, pero parecía que no había logrado su objetivo. Buscó a su alrededor una nueva piedra para hacer un segundo intento. Tocó el suelo,

rebuscando entre la arena y las hojas, hasta llegar a una pieza dura y redondeada que se encontraba a unos centímetros de su cuerpo.

La sangre se le heló; se irguió, abrió los ojos todo lo que pudo, como si pudiera así agudizar su visión, y siguió la silueta que le confirmó que era una bota. Suplicó que no la hubieran descubierto. Quedó inmóvil y esperó. Podía oír a su lado la respiración agitada de su acompañante.

“*Por favor, vete*”, repetía Natalie en su fuero interno. Una mano robusta asió su tobillo y tiró de ella haciendo que el móvil se cayera de sus manos y se perdiera entre la hierba. La ira que dormitaba en su interior por lo que estaba sucediendo, la obligó a reaccionar. Pateó con todas sus fuerzas con la pierna libre golpeando con acierto la mandíbula de su captor, quien gritó “*puta*” y de un bofetón la dejó inconsciente. No supo cuánto durmió; lo siguiente que recordaría sería despertar, de nuevo, en aquel maldito sótano.

Daniela curaba la barbilla de Roland, la patada de Natalie le había abierto una pequeña herida; mientras, Jean paseaba por la cocina e insistía en bajar al sótano.

—Esa zorrita se lo merece.

—Cállate Jean —se quejó Roland.

—Bajaré, o claro que bajaré, y le enseñaré que esto no es ningún juego.

—Olvídalo —aconsejó Daniela.

—Nada de lo que digáis me detendrá —Jean giró sobre sus talones, abandonó la cocina y se dirigió al sótano.

—No me gusta lo que piensa hacer, Dani —confesó Roland.

—Que haga lo que quiera. Si el jefe se entera que la chica ha sufrido algún daño, le cortará el cuello a ese estúpido y no tendremos que preocuparnos más por él.

—¿Sospecha algo?

—El muy imbécil creé que me tiene comiendo de su mano y que cuando todo esto acabe nos fugaremos juntos.

—No me gusta como te mira. Si te toca un pelo —los ojos de Roland se inyectaron en sangre— lo mataré con mis propias manos—. Daniela sonrió, le rodeó el cuello con sus brazos y le dio un beso en la frente.

—Yo también te quiero grandullón—. Un grito proveniente del sótano los hizo separarse.

—¿Y si llamamos al jefe? —sugirió Roland.

—No —respondió ella tajante—. Jean está cavando su propia tumba, no es asunto nuestro —le recordó para luego darle un apasionado beso. Roland la apartó.

—Vi como besabas a esa rata.

—Cariño, tú y yo, siempre —añadió ella para volver a besarlo y dejarse caer en sus brazos; descendió lentamente restregando sus pechos por el cuerpo de Roland hasta abrirse paso entre sus piernas, bajar la cremallera y dejar que su lengua le convenciera de sus verdaderas intenciones. Mientras en el piso de abajo, la situación adquiría un cariz complicado y Natalie tenía que luchar por su vida.

Jean abrió la puerta del sótano. Sin encender la luz para no alertar a su presa, comenzó a descender uno a uno los peldaños relamiéndose con la idea de someter a Natalie a todos sus deseos, sexuales y sádicos.

La chica permanecía en una esquina, inmóvil y hecha un ovillo, ajena a la tortura que estaba a punto de recibir. Jean se colocó a su lado, flexionó las

rodillas y extendió el brazo para tocar su hombro y hacerla girar; se incorporó como un resorte y se llevó las manos a la cara.

—¡Argggg! —gritaba. Natalie había esperado agazapada, fingiendo no ser consciente de su compañía y justo cuando él había tratado de voltearla, ella le había golpeado con todas sus fuerzas en la nariz.

De un saltó, se puso en guardia a la espera de la respuesta de Jean. Él al verla dispuesta a seguir con la pelea, se olvidó de la nariz y la sangre que de ella brotaba, excitado porque Natalie fuera a resistirse. Jean alzó los puños y comenzó a dar saltitos en un penoso intento de hacer un juego de piernas similar al de los boxeadores profesionales. Natalie mantenía sus puños en alto en posición defensiva. Jean lanzó el primer gancho; Natalie lo esquivó y hundió sus nudillos en el estómago. Jean comenzó a toser y a reír, se divertía con la actitud de la chica. Jean se dobló en un falso intento por tomar aire, sujetó a Natalie por los tobillos y la hizo caer al suelo de espaldas. El tipo se lanzó sobre ella, pero la agente le propinó una patada en la boca haciendo que uno de los dientes volara por los aires. El gesto de él se volvió serio; aquel juego había dejado de gustarle. Escupió la sangre que bañaba su encía y, antes de que Natalie pudiera reaccionar y levantarse, se dejó caer sobre ella inmovilizándola bajo su cuerpo. Jean dirigió las manos a la cintura de la joven y comenzó a desabrocharle el pantalón, Natalie se removía, pataleando y tratando de sacar las manos de debajo de aquel saco de huesos y carne. Jean la abofeteó dejándola aturdida, dándole así oportunidad de dejarla desnuda de cintura para abajo. Él hizo lo propio y se dispuso a penetrarla, Natalie contenía las lágrimas negándose a rendirse; algo en el suelo brilló y la agente vio su oportunidad. Suspiró, dejó de moverse para que él creyera que había conseguido amansarla y antes de que Jean pudiera tocarla, Natalie extendió la mano, tomó el cuchillo que había caído de los pantalones de Jean y se lo clavó en la espalda; justo entre el omóplato izquierdo y la columna. Jean se desplomó sobre ella. Natalie podía oír como la respiración de aquel tipo se hacía cada vez más lenta; lo empujó, huyó de su lado y se vistió, mientras Jean exhalaba su último aliento de vida. Se había desecho de uno; ahora sólo quedaban dos.

Natalie se paseaba por la habitación con los brazos en jarra. Debía haber alguna forma de escapar de allí sin ser vista por el resto de compinches. Debía pensar rápido, si comenzaban a echar de menos a aquel tipo, bajarían a buscarlo y descubrirían que lo había matado... estaba segura que se encargarían de vengarse.

Se dirigió al cuerpo de Jean, tiró del cuchillo que se mantenía fijo en su espalda, limpió la hoja con el borde de la camisa del muerto y lo escondió en su cinturilla. Fue entonces cuando fue consciente de que aquella cara le era familiar; allí frente a ella yacía el guardia de seguridad del puerto que hacía escasas horas le había impedido investigar. La curiosidad de Natalie crecía por momentos al mismo tiempo que sus dudas; zarandeo la cabeza, debía centrarse en salir de allí. Cacheó el cuerpo inmóvil y no encontró nada en sus bolsillos, salvo una tarjeta en la que aparecía impreso el escudo de la policía de Nueva York; unos ruidos provenientes del piso de arriba, la empujaron a guardarla en su bolsillo. No tenía tiempo que perder y estaba falta de opciones. Rodeó la habitación y palpó las ventanas que coronaban la sala y otorgaban acceso al exterior; todas estaban forradas con papel kraft marrón para preservar la privacidad de lo que allí pudiera suceder. Con ayuda del cuchillo, trató de forzar las ventanas, pero casi todas eran fijas o estaban inutilizadas con candados. Rebuscó por las cajas y encontró un destornillador, el cual usó en un intento fallido por lograr una vía de escape.

Estaba a punto de rendirse y asumir su fatídico destino, cuando se percató que por una de las juntas se colaba una ligera brisa. Arrastró unos cajones de madera hasta situarse en la posición adecuada y con ayuda del cuchillo que había tomado prestado, lo usó para hacer palanca y descolocar el marco de madera provocando que el cristal se descolgara cayendo contra el suelo y haciéndose añicos. El resto del equipo de secuestradores no tardaría en acudir alertados por el ruido, así que se impulsó y coló por la abertura abandonando por fin aquel sótano.

Debía correr todo lo deprisa que sus piernas fueran capaces; no le esperaba

un agradable desenlace cuando descubrieran a su compañero muerto y un segundo intento de huida. Debía pensar rápido qué camino tomar: adentrarse en el bosque o huir hacia la carretera. Optó por la segunda opción, a pesar de ser consciente que llegar hasta ella no sería fácil y que tendría menos posibilidades de pasar desapercibida si la manada de fieras que la habían retenido en la casa le daba alcance. Siguió el camino de tierra, con el corazón acelerado, la garganta seca y la respiración agitada. A lo lejos pudo huir los gritos provenientes de la casa; ya habían descubierto el cuerpo, era cuestión de minutos que los tuviera pisándole los talones. A cada zancada que daba, se arrepentía de no haber serpenteado entre la maleza para no ser vista; su trayecto era despejado, con algún matorral y más de un árbol despistado en la orilla del camino, pero un espacio demasiado abierto como para no ser vista en la distancia.

Un dolor punzante en el pecho y la tensión de sus piernas, le advirtieron que no podría aguantar mucho más aquel ritmo; por suerte, a unos escasos metros vislumbró al fin el asfalto. “*Vamos, Natalie, un poco más*”; se animaba a continuar. Unas zancadas más y... un coche le cerró el paso. La agente se quedó paralizada procesando aquel nuevo revés. La puerta se abrió y un hombre enchaquetado, con la cabeza rapada, barba de un par de días y un sonrisa de perfectos dientes, la saludó.

—Hola Natalie—la sorprendió la voz varonil. Natalie hizo el amago de salir corriendo—. Créeme, tu mejor opción es subir al coche. No creo que esos sean tan amables como yo —dijo aquel hombre señalando a su espalda. A Natalie no le pasó inadvertido su gran parecido con el actor Jason Statham.

La detective suspiró; había estado tan cerca de huir, sólo tenía una posibilidad para que la encontraran. Sacó la tarjeta de su bolsillo y la dejó caer sobre la hierba con el ferviente deseo de que Jack pudiera reunir las pistas y llegar hasta ella.

Daniela y Roland se acercaban empuñando escopetas llenos de furia e ira; no les importaba el desenlace que había corrido su amigo, se objetivo era la chica, su única forma de conseguir el dinero. Se quedaron petrificados cuando un coche se detuvo y recogió a la agente.

—¡Mierda! —se quejó Roland—. Por favor, no me digas que es el jefe.

—No estoy segura... pero haré lo que tenga que hacer para llevar nuestra misión hasta el final y cobrar el dinero. Será mejor que nos pongamos en marcha, tenemos que hacer muchas visitas —añadió malévola.

—Olvidas que Jean destrozó la furgoneta —afirmó preocupado provocando una carcajada de su compañera.

—¿Con quién crees que estás hablando? Recuerda que siempre tengo un as en la manga. Vamos, en la parte trasera nos espera una moto. Hay alguien que tiene que darnos algunas explicaciones.

Natalie se limitaba a mirar por la ventana ideando mil formas de huir, aunque ninguna factible. Se preguntaba si el hombre, quien la observaba fascinado, era el cabecilla de aquella locura.

—Pensé que me bombardearías a preguntas —el hombre rompió el silencio. Natalie giró la cabeza desafiante y escupiendo las palabras dijo...

—No sé quién eres ni qué pretendes hacer conmigo, pero si vas a matarme...
—el hombre alzó el dedo índice silenciándola.

—Natalie, si te quisiera muerta, habría dejado que esos descerebrados hubieran hecho el trabajo sucio.

—¿Y qué se supone que vas a hacer conmigo?

—Aparte de evitar que te maten, necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Tu nombre es bastante conocido... Pensé que lo habrías adivinado con tus superpoderes.

—No soy adivina y no tengo superpoderes.

—Bueno, eso díselo al resto de los mortales que no tenemos tu agudeza cognitiva.

—No entiendo nada. ¿De qué va todo esto? ¿Cómo me encontraste? —quiso saber.

—Vayamos por partes. Dimos contigo rastreando tu teléfono; el GPS nos permitió descifrar tu ubicación y venir al rescate —bromeó tratando de romper la tensión, pero no halló complicidad en Natalie; tenía mucho que procesar y preguntar. Kevin, como se presentó aquel tipo, continuó la conversación—. Sobre el resto, no tengo muy claro por dónde empezar.

—¡No entiendo nada!

—Necesito que me cuentes todo lo que sepas —agregó inquisidor. Natalie se cruzó de brazos y adoptó una pose soberbia.

—¿De verdad crees que voy a contarte algo sin saber qué está pasando?

—¿Te importa la seguridad de Olivia, Jack o Coleman?

—¿Qué les has hecho? —exigió saber cogiéndolo del cuello de la camisa.

—De momento, están bien... todo depende de ti —accedió Kevin—. Te mostraré mi buena fe, contándote lo que quieres saber. Todo empezó hace unos meses cuando...

Capítulo 22

Jack mantenía la vista fija en la carretera tratando que el nerviosismo no se apoderara de él. Debía mantener la sangre fría y la mente serena como hacía cada día que se enfrentaba a un nuevo caso de asesinato. No sería fácil contener sus emociones en aquella ocasión, pero si quería que Coleman no se arrepintiera de haberlo ayudado, debía aferrarse a la parte más insensible de su ser.

Comprobó las señas. Miró a su alrededor, pero la densa vegetación le impedía saber a ciencia cierta dónde se encontraba; habían tomado un desvío que los había alejado del camino principal. Coleman detuvo el auto y él suplicó, a ese Dios al que había relegado al olvido tras la muerte de su padre, no haberse confundido de carretera. Los rayos de sol colándose entre las hojas dirigieron su atención hacia un pequeño claro que continuaba por un camino de arena y que daba paso a una zona abierta. "*Ese debe ser*", dijo Olivia mientras Coleman continuaba sin demorarse más de lo necesario. El trayecto no tenía pérdida, pues era una línea recta de arena y restos de ramas y hojas que llevaban a una casa rural junto a un lago. Coleman paró el motor y, con el corazón saltando dentro de su pecho, Jack bajó del auto. El silencio casi sepulcral no contribuía a calmar ni sus miedos ni su inquietud. Tomó aliento, se dirigió a la puerta y giró el pomo dando paso a la casa.

James lo seguía de cerca, entretanto Olivia había decidido dar una vuelta por los alrededores; sabía que sus compañeros del FBI no tardarían en llegar y su oportunidad de husmear sería cesada.

Jack observaba ansioso con la esperanza de hallar a Natalie. Desde la entrada, un pequeño rellano cuadrangular daba paso al salón-comedor dónde una persona yacía muerta; los sesos esparcidos y las salpicaduras de sangre teñían tanto paredes como marquesinas; al tiempo que el olor nauseabundo obligaba a desviar la vista de aquella desagradable estampa.

La voz de Coleman indicándole el sótano le forzó a postergar cualquier análisis detallado a la llegada del equipo científico. Empujó la puerta con la puntera del pie, empuñando su Glock 37.

La oscuridad reinante sólo se veía perturbada por los escasos rayos de sol que se colaban por las rendijas de los tablones de madera que coronaban la parte alta. Bajó peldaño a peldaño haciendo crujir a su paso la birriosa escalera; a medida que progresaba en su recorrido sus temores aumentaban. Entrecerró los ojos en un intento de hacer más nítida su visión y descubrió que, además de los trastos que se acumulaban en un rincón, no había nadie más a excepción de un hombre inmóvil en el suelo con los pantalones bajados. Revisó la sala y se percató de que alguien había forzado la ventana.

¿Habría Natalie podido huir? ¿La habría violado aquel cretino? ¿Era ella la responsable de esa muerte? Las palabras de Coleman desde lo alto de la escalera rompieron sus especulaciones.

—¡Jack! ¡Ya están aquí!

Jack se reunió con su compañero en la entrada. Varios coches del FBI habían acordonado la zona y numerosos agentes empuñaban sus armas, entre ellos el antiguo equipo de Jack. Collins se acercó a ellos malhumorado.

—¡Os lo advertí! ¡Estáis los dos detenidos!

De repente los agentes desviaron la dirección de sus cañones y Collins se giró alertado.

—¿Olivia? —exclamó, sorprendiendo a Jack y Coleman.

—Señor, si me deja explicárselo...

—Sí, claro. ¡Bajad las armas! Vosotros interrogad a esos dos y retenerlos hasta nueva orden, y vosotros —indicó a otro grupo— rastread la zona y el interior.

Todos se pusieron en marcha. Collins se acercó a Olivia y comenzaron a hablar ante la atenta mirada de Coleman y sus compañeros.

—Intentaron matarme en el hospital, si no llega a ser por estos dos hombres no estaría aquí para contarlo. Te equivocas con Natalie.

—¿Dónde está?

—Cuando llegamos no había nadie. No sé nada más —explicó Olivia.

Collins la tomó del brazo advirtiéndole que tenían público para que se voltearan y los agentes no pudieran leerles los labios. Olivia se paseaba de un lado a otro sin parar de hablar. Collins asentía y escuchaba con atención.

—¿De qué va esto? —susurró Jack.

—No tengo ni idea, pero no me gusta ni un pelo —se quejó Coleman.

Pasados unos minutos ambos se dieron la mano y Olivia se dirigió hacia sus amigos.

—En cuanto nos tomen declaración, podremos irnos —explicó.

—¿Collins deja que nos vayamos? —quiso saber Jack. Coleman no la dejó responder.

—¿Ese es el nuevo tío que te tiras? Por lo visto no le haces asco a nada —

soltó mordaz el detective.

Olivia le golpeó con todas sus fuerzas en la cara partiéndole el labio. Coleman escupió la sangre que bañaba sus encías y la mujer giró sobre sus talones, caminando con paso firme, la mirada encendida y la rabia recorriendo sus entrañas. Aceleró el paso alejándose por el camino de vuelta a la carretera dispuesta a huir de aquel bochorno. Collins se unió a los agentes zarandeando la cabeza.

—Te creía más inteligente, Coleman —confesó el federal. —Tomadles declaración —les dijo a sus hombres—. Luego acompañadlos a la ciudad y ponedle escolta a la agente Estévez hasta que sepamos quien está tratando de acabar con mi equipo.

Capítulo 23

Olivia seguía andando mientras lloraba, golpeando las piedras del camino con la punta del zapato y maldiciendo a Coleman por cómo la había tratado; si no hubiera sido por ella, ahora mismo estarían los tres pudriéndose en el calabozo. Collins se había aproximado a Olivia con la intención de sonsacarle una explicación.

—No te esperaba aquí, estaba preocupado por ti. Cuando me dijeron que habías desaparecido, creí que te habían secuestrado —confesó procurando que sus bocas no quedaran a la vista de los detectives—. Ten cuidado, no quiero que sepan más de lo necesario.

—Coleman me pidió ayuda y...

—No te pudiste resistir —concluyó él la frase. Olivia asintió con la cabeza.

—Estás equivocado si crees que Natalie es el problema —le espetó sin circunloquios.

—Eso parece ser lo que dicen las pruebas.

—¿Qué sabes? —la curiosidad de ella era demasiado fuerte.

—Sabes que esto no funciona así —le recordó él.

—¿Qué les pasará a ellos?

—Depende de la información que me des —respondió hermético.

—¡Tom! —suplicó ella llamándolo por su nombre de pila en un intento por abogar a su amistad.

—Está bien —cedió él—. Les dejaré, pero te pondré escolta y os dejaré investigar por vuestra cuenta siempre que me tengas al corriente de los pasos que deis.

—Eso no es justo —se lamentó Olivia.

—Necesito cubrirme las espaldas y los dos queremos los mismo. ¿Te olvidas que estamos en el mismo equipo? —argumentó intentando acariciar su mejilla. Ella se apartó.

—Coleman nos vigila —susurró. —Tú ganas —accedió poniéndole al día de lo sucedido hasta que se encontraron en aquel lugar.

—¿Y no había nadie cuando llegasteis? —quiso cerciorarse el agente.

—No. Ellos entraron dentro y yo inspeccioné la zona.

—Es extraño. Nos pusimos en camino tan pronto se activó el GPS del móvil de Davis. Debieron percatarse y huir —especuló Collins. Olivia negó. — Suéltalo, sé que tienes una idea en la cabeza.

—No va a gustarte.

—Estoy acostumbrándome a las locuras de los miembros de este grupo.

—Hay un topo. Creo que esa es la razón de que hayan ido a por nosotras.

—Eso no puede ser...

—¿Cómo explicas que alguien me atacara en los aparcamientos de la agencia y saliera sin ser visto?

—Circunstancial —agregó sabiendo lo que diría un letrado—. Además, ¿por qué querrían ir detrás de vosotras? —Olivia torció el labio—. Por favor, dime que Davis no estaba metida en otro lío. Si la desterré al sótano...

—Un caso le llamó la atención y, bueno, creo que es mejor que te lo cuente todo esta noche. Coleman no nos quita los ojos de encima y estoy segura que empieza a sospechar.

—Se muere de celos. No creo que lleve bien que cancelarais vuestra cita sin darle explicación —sonreía malicioso.

—Déjate de estupideces. Sólo tuvimos un pequeño coqueteo y sí, le prometí que le llamaría para tomar una copa; pero la cosa se complicó... Olvida eso ahora. Tenemos que encontrar a Natalie.

—Tienes razón. Recuerda nuestro trato —le advirtió.

—Haré lo que pueda —concluyó la conversación poniendo rumbo a dar la noticia a sus amigos.

Olivia suspiró. La rabia que Coleman había despertado en ella la había cegado hasta tal punto de no percatarse de que había caminado hasta el inicio de la carretera. Se disponía a regresar cuando algo entre la hierba seca llamó su atención. Una tarjeta de visita; la tomó, la guardó en su bolsillo e inició la marcha, la cual se vio interrumpida por el coche de Coleman. Jack desde el asiento del copiloto le pidió que subiera. Seguía cabreada con Coleman, pero no podía dejar que sus sentimientos nublaran su juicio. Debía aunar fuerzas con Jack y llegar al fondo de todo aquel asunto.

Durante todo el viaje de vuelta a casa, ninguno se había atrevido a abrir la boca en el coche. Cuando llegaron a su casa, se limitó a despedirse de Jack con la mano. El coche de los federales que los había seguido indicó a Coleman que siguieran su camino, al tiempo que una pareja de agentes le daba la bienvenida a Olivia en el portal de su edificio.

La hicieron esperar en el rellano a que los agentes que la acompañaban inspeccionaran su casa. Una vez se aseguraron de que todo estaba despejado, ocuparon su lugar en la puerta y ella se refugió en la tranquilidad de su hogar. Tras darse un baño relajante y tomar un sándwich, decidió concederse unos minutos de descanso en el sofá para recargar fuerzas antes de ponerse manos a la obra; lo que iban a ser unos minutos acabaron siendo dos horas. Un tintineo en la ventana que daba a la escalera de incendios la sobresaltó.

Se puso de pie, coló la mano por debajo de la mesa auxiliar y empuñó el arma que tenía allí escondida como medida de seguridad. Con paso firme y nervios templados, se aproximó a la ventana evitando convertirse en un blanco fácil. Apartó las cortinas y apunto estuvo de apretar el gatillo por error al descubrir el rostro de su visita.

—¿Estás loco? Hay dos agentes armados ahí fuera —advirtió al tiempo que abría la ventana.

—Querida, muy buenos no serán cuando yo me he colado en tu casa sin ser visto —alegó Coleman pasando al salón tras cruzar el alféizar.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar.

—Si vienes a disculparte por lo de antes...

—He sido un capullo, pero creo que después del puñetazo estamos en paz.

—Supongo que sí.

—Hay algo más que quiero decirte.

—Siéntate, prepararé algo para tomar.

—No hay tiempo, Olivia. Iré al grano. Sé que hay un topo en el FBI y creo que tú y Natalie lo sabéis y por eso van detrás de vosotras —Olivia suspiró con su mejor cara de póquer. Tomó asiento en el enorme tresillo verde que adornaba su salón y le indicó a Coleman que la acompañara.

—Tienes razón —confesó resignada—. Hay un topo en el equipo.

—¿Quién? ¿Cómo lo averiguasteis?

—Bueno, es una larga historia...

—No tengo ningún plan mejor — añadió Coleman acomodándose en su asiento.

—Supongo que es mejor que lo sepas —carraspeó mientras ordenaba sus ideas—. Cuando a Jack le despidieron, Natalie y yo sospechamos que alguien había movido los hilos para que así fuera. Sabíamos que podrían sancionarle, incluso degradarlo; pero echarlo y dejar su expediente limpio... eso no nos cuadraba. Bueno, sobre todo a Natalie. Me pidió ayuda y husmeamos por ahí, por allá... pero no descubrimos nada y yo achaqué su insistencia a sus sentimientos hacía él. Nos olvidamos del tema hasta que Collins acusó a Natalie de ayudarte a resolver un caso. No tenía pruebas para demostrarlo, así que descargó su frustración relegándola a tareas administrativas. Supongo que pensó que así la tendría controlada un tiempo.

—Está claro que no conoce a esa mujer —puntualizó Coleman. Olivia se sonrió ante la evidencia de sus palabras.

—Natalie encontró un caso que presentaba ciertas irregularidades y, ya sabes lo persuasiva que es con esa carita de niña buena, acabé ayudándola y descubriendo algunas cosas. De nuevo barajamos la idea del topo que no tomó forma hasta que descubrí unos documentos que alguien olvidó destruir. Se trataba de un listado de números de serie. Al principio no entendí a qué se referían, pero tuve una corazonada.

—¿Qué eran?

—Los números de registro en los almacenes de pruebas. En todos constaba la fecha de entrada y la de salida. Estas últimas coincidían y todas estaban firmadas por la misma persona.

—¿Quién?

—Brandon O'Neal.

—Pero, hay algo que no entiendo. ¿Qué tiene que ver eso con el despido de Jack y qué se supone que dice ese informe?

—Brandon necesitaba deshacerse de Jack para poder actuar. Jack no le

estimaba mucho y siempre lo tenía vigilado, necesitaba a alguien a quien poder manipular como Collins. Brandon sabía de sobra que Collins se moría por el puesto y que no iba a dejar pasar la oportunidad de sustituir a Jack. Esto que voy a decir es pura especulación, pero me apuesto lo que quieras a que se las ideó para amistarse con Collins mucho antes del traslado. Eso, o...

—Collins también está metido en el ajo —añadió Coleman con el rostro descompuesto—. No me has dicho a qué se dedica Brandon, ¿para qué necesitaba el registro?

—Brandon saca la mercancía del almacén para venderla y sacar beneficio. Lo que desconocemos es a quién.

—Me sorprende...

—¿A qué te refieres?

—No tiene pinta de ser un tío listo, al menos no lo suficiente para organizarlo todo él sólo.

—También lo he pensado, pero...

Una voz proveniente del pasillo los silencio.

—Agente Estévez, ¿va todo bien? Hemos escuchado voces.

Olivia comenzó a hacerle señas a Coleman para que se marchara; mientras éste se escabullía, ella persuadiría a los agentes.

—Sí, va todo bien. Sólo estaba hablando por teléfono

—Nos gustaría entrar para echar un vistazo.

—En serio, no es necesario.

—Insisto, abra la puerta —exigió el federal. Coleman se despidió de Olivia diciéndole adiós con la mano.

—En seguida les abro —se excusó—. ¡James! —le llamó entre susurros antes de que desapareciera por la escalera de incendios—. No le digas nada a Jack, al menos hasta que estemos seguros de que la desaparición de Natalie tiene relación. Si Jack se entera que Natalie está en peligro por culpa de Brandon, lo buscará y le retorcerá el cuello con sus propias manos —Coleman dibujó una sonrisa divertido con la escena. Olivia suspiró—. Natalie no me perdonaría que Jack acabara en la cárcel — Coleman asintió y bajó a toda prisa los peldaños; al tiempo que desde el rellano los federales insistían en entrar.

—¿Agente Estévez? ¡Abra de inmediato! —vociferó. Ella obedeció.

Los agentes irrumpieron en el apartamento de espacio abierto y coqueto con una pequeña cocina comunicada con el salón por una ventana, un modesto baño en contraste con una amplia habitación decorada con tonos neutros.

—Ya he dicho que no había nadie.

—Pero el jefe Collins...

—Estáis para protegerme, no para custodiarme. ¿Te queda claro?

—Sí, pero...

—No hay “pero”, así que fuera de mi casa —concluyó sosteniendo la puerta e indicando el pasillo.

Los agentes siguieron sus instrucciones mascullando algún que otro improperio que ella ignoró. Olivia no tenía tiempo para orgullos heridos. Debía actuar rápido y despejar las dudas que Coleman había incubado en ella.

Capítulo 24

Coleman descendió la escalinata de metal y, de un salto, recorrió la distancia entre el último peldaño y el suelo; algo más de un metro. Luego se dirigió hacia la parte contraria de la puerta principal para no ser visto y subió a su coche, aparcado a unas manzanas, con la intención de regresar a la oficina. Una llamada le desvió de sus planes.

—Hola, Coleman. Tenemos que hablar —le dijo Fernando Durán, uno de los agentes de narcóticos al que le había pedido información. Tenía la sensación de que habían pasado años desde aquella conversación.

—¿Dónde nos vemos? ¿En la comisaría?

—Mejor, no. Te espero en el bar irlandés que hay entre la tercera y la cuarta avenida.

—Voy para allá.

A Coleman le costó dar con el local, pues aunque si estaba en la zona indicada, su posición distaba mucho de ser visible. Desde la puerta vio a Fernando sentado al fondo del local con dos cervezas en la mesa, una para cada uno.

—Ya empezaba a desesperarme, no hay nada que me moleste más que dejar que se estropee una buena cerveza. Vamos, da un sorbo, aún sigue fría — Coleman tomó asiento y probó la bebida con regusto a regaliz.

—Deliciosa —saboreó Coleman. Fernando, un hombre tranquilo de origen argentino y brazos tatuados, sonrió satisfecho.

—Ponte cómodo y bebe, lo vas a necesitar cuando oigas lo que tengo que contarte.

—Suéltalo —animó Coleman sin dejar de vaciar su jarra.

—Vayamos por partes. Con respecto al caso que estás investigando, he de decirte que la droga que encontraron en el cuerpo de ese tipo es bastante particular —informó; a continuación sacó su libreta de notas y comenzó a leer—. Se trata de una sustancia que se obtiene de la piel de una rana centroamericana, utilizada por los chamanes de las tribus del Amazonas. “Molécula de Dios” es el nombre que recibe, una nueva droga que se está poniendo de moda en todo el mundo; incluso en lugares de España, como Ibiza, Marbella, Madrid o Barcelona, donde se venden sesiones para fumar este alucinógeno por 125 euros cada una. Al parecer, su origen se remonta a los rituales chamánicos y muchos la usan como complemento para iniciar un viaje espiritual; circunstancia que los distribuidores aprovechan para otorgarle un mayor atractivo a esta droga, considerada una de las más potentes del mundo —concluyó apartando la vista de sus notas—. El FBI lleva unos meses detrás de los responsables y la policía debe estar al tanto para avisarles en cuanto tengamos noticias al respecto. Quiero decir con esto que...

—Tienes que notificarles la existencia de mi caso.

—Así es, aunque si lo necesitas puedo darte un poco de margen. Ya me entiendes —añadió con un guiño. Claro que lo entendía; le debería un favor y Fernando era de los que se los cobraba con creces.

—De momento solo quiero la información —aclaró el detective. Fernando asintió aceptando como cierta la premisa.

—Como te decía, es un asunto serio y peliagudo. Según me comentaste, es un sin techo, ¿verdad?

—Sí, ¿por?

—Esa sustancia es bastante cara y exclusiva. Solo encuentro dos razones para que la hubiese consumido: la robó o se la dieron, y si ese es el caso, probablemente ese pobre desgraciado fue usado de conejillo de indias. Según nuestros datos, lo que hemos encontrado hasta el momento es sólo una pequeña parte de lo que está por venir.

—¿Qué me aconsejas?

—¿Cómo disteis con él?

—Lo hemos relacionado con un homicidio.

—¿Es el responsable?

—Eso creemos.

—¿Había consumido?

—No estamos seguros —prefirió no dar más información de la necesaria.

—Si lo hizo, esto se vuelve más serio. Esa droga te inhibe y te hace perder el control; es un potente alucinógeno.

—¿Insinúas que alguien lo utilizó?

—Yo no lo descartaría —se sinceró Fernando. Coleman resopló profundamente.

—¿Y qué hay sobre el otro asunto?

—El chico no tenía antecedentes, como ya sabréis, pero pregunté en la calle y al parecer estaba metido en un lío. Le pidió dinero a la gente equivocada y cuando no pudo devolverlo le propusieron que trabajara para ellos, pero el chico quiso dejarlo y...

—Lo mataron —concluyó Coleman la frase. Fernando asintió.

—Esta gente no se anda con rodeos. **No hay nadie más peligroso que aquellos que no tienen nada que perder** y, créeme, la mayoría les da igual estar en la calle que en la cárcel.

—¿Te dieron algún nombre?

—Mucho mejor, tengo una dirección —añadió mostrando una tarjeta y

alzando su jarra para brindar con Coleman.

El detective sonrió e hizo lo propio. Ahora no sólo tenía una deuda pendiente, tenía dos asesinatos que investigar.

Capítulo 25

Natalie continuó el resto del viaje en silencio, procesando toda la información recibida. No tenía muchas alternativas, o aceptaba la petición de Kevin o sus amigos podían acabar en la morgue. Suspiró sin lograr encontrar una salida satisfactoria y cargó la frustración contra sus uñas.

—Natalie, no te preocupes; todo irá bien —trató de animar Kevin. Ella se limitó a asentir, no tenía más opción que confiar y aceptar aquello—. Iremos a un lugar para que te aces y un médico verifique que estás perfectamente; luego nos reuniremos con el jefe, está deseando conocerte—. El teléfono le interrumpió. Tras unos quince minutos de conversación, a los que Natalie no prestó atención, Kevin reanudó la conversación—. Al parecer el jefe no podrá recibirnos. Podrás descansar hasta mañana...

—¡Ni lo sueñes! —agregó Natalie con una media sonrisa—. Aceptaré que un médico me vea, me daré una ducha, comeré algo... pero no voy a parar hasta terminar con esto —concluyó sin dilaciones. Kevin le hizo una reverencia.

—A sus órdenes —bromeó relajando la tensión del ambiente. Ella comenzó a reír y él supo que trabajar junto a la detective Davis sería una gran aventura.

Bajo el agua de la ducha, Natalie dejaba que el agua caliente destensara los músculos de la espalda al tiempo que el goteo insistente contra la superficie amortiguaba el sonido de su llanto.

Desde que se había encerrado allí, lejos de la mirada inquisidora de Kevin, no había podido contener las lágrimas; la cadena de acontecimientos que se habían producido en las últimas horas habían hecho mella en la detective, quien aún se estremecía al recordar el pestilente aliento de su agresor y el frustrado intento de violación.

—¿Natalie? ¿Va todo bien? —quiso asegurarse Kevin. Ella carraspeó para aclararse la garganta.

—Sí, salgo en dos minutos —respondió tajante.

Como habían establecido, un médico verificó el estado de salud de Natalie y luego le permitieron comer algo.

—¿Qué es lo que quieres hacer ahora? —Kevin tenía órdenes estrictas de tenerla vigilada, pero sabía que se sentiría más confiada si le daba un poco de margen para actuar.

—Me gustaría saber más sobre el tipo que me intentó agredir; trabajaba en el muelle y estoy segura que tuvo algo que ver con la muerte de Malcolm.

—Sabes que eso no entra en el trato.

—Si quieres que me cuele en casa de Brandon y haga el trabajo sucio, quiero información.

—De acuerdo... se llamaba Jean Weaver. Como sabes, trabajaba en el muelle.

—¿Y qué hay de los otros?

—Daniela, Xavier y Roland. Son buenos en lo suyo; ya sabes... matar, chantajear, secuestrar y sacar información sin remordimientos de conciencia.

—Creo que sólo quedan dos... vi un cuerpo cuando huía.

—Probablemente fuera Xavier, era el más inestable... estuvo en prisión por robo y tráfico de drogas. Tras cumplir condena, gracias a uno de esos programas sociales, trabajaba como repartidor en una empresa de mensajería.

—Os rodeáis de lo mejorcito... —soltó irónica con cara de pocos amigos.

—Hacemos lo que podemos —agregó burlón.

—¿Qué pintaba en toda esta historia Malcolm?

—Lo mismo que Gloria... —concluyó con fastidio. Un silencio incómodo reinó entre ambos. Kevin se afanaba en responder un mensaje, mientras Natalie no perdía la esperanza de dejar atrás todo aquello.

—Bueno, dejémoslo por el momento. ¡Rápido! Debemos darnos prisa —la animó a salir corriendo hacia el parking.

—¿Qué sucede?

—Brandon nos espera.

Capítulo 26

Brandon encendió su tercer cigarro y rellenó su vaso de whisky. Necesitaba calmar sus nervios y pensar una forma de huir. Aquel asunto se le había ido de las manos. Todo empezó como un juego, una manera de dar utilidad a la mercancía que permanecía olvidada en el almacén de pruebas. Era sencillo. Firmaría las salidas con objeto de destruir el material y, antes de producirse, su contacto se encargaría dándole a él una cuantiosa cantidad de dinero por las molestias; así vería recompensadas sus largas horas de trabajo que el sueldo de funcionario a penas valoraba. ¿Cómo lograr no levantar sospechas y moverse sin tener unos ojos fijos en su nuca? El agente Jack Meyer era meticuloso y concienzudo, no sólo se limitaba a ser el jefe también curraba como uno más, un hombre que seguía el manual a raja tabla; pero tenía una debilidad: Natalie Davis. Lo había demostrado enviando a una novata a cazar a un asesino en serie y más tarde dejándolo todo para huir a su rescate. Si quería deshacerse de Jack, debía aprovechar su momento más bajo para dar el golpe de gracia.

Fue sencillo convencer a Collins y que este moviera sus hilos y tirara de sus contactos. En cierta manera los jefazos le debían a Collins el favor por ignorarlo y darle su puesto, por el que había peleado durante años, a un recién titulado.

No podía sentirse más dichoso cuando Jack desapareció de su vista y Collins ocupó su silla, de la que casi nunca levantaba el trasero y desde la que adoraba dar ordenes; pero Natalie no podía quedarse al margen, no. Ella tenía que traer a Jack de vuelta, meter la nariz donde no debía y hacer demasiadas preguntas. Habían tenido que actuar rápido para hacerla desaparecer, por suerte, su posición le permitía estar al tanto de los movimientos de cada bando; ahora solo le quedaba esperar que esa panda de desechos humanos le cerrara la boca para siempre. Lo que más lamentaba es que Olivia estuviera implicada; Dios creaba mujeres como aquellas para recordarles a los hombres que existía el cielo, para eso y para recrearles la vista. Lástima que una mujer tan hermosa, con unas curvas de infarto, tuviera que ser borrada del tablero

de juego. Habían fallado varias veces, pero no habría más errores. La próxima vez sería él mismo quien apretara el gatillo.

Un ruido proveniente de no sabía donde le hizo removerse en su asiento, un sofá de piel marrón por el que había pagado cinco mil dólares. Se carcajeó, adoraba su vida y no iba a permitir que nadie se la arrebatara. Dio un sorbo a su copa, relajado, tranquilo e ignorante de que sería el último.

Con la cabeza hacia atrás, reclinado en el sofá, se limitó a despegar los párpados cuando la puerta se abrió frente a él. Inmóvil, a excepción de sus ojos que no dejaban de estudiarla, esbozó una media sonrisa y la saludó.

—Eres la última persona que esperaba ver esta noche—. Ella le devolvió una sonrisa y cerró la puerta apoyando su espalda—. Siempre he considerado que eras una chica lista. Mentiría si dijera que no esperaba esta visita; aunque, siendo sincero, hubiera preferido un poco más de tiempo. De esa forma, hubiera logrado idear un plan para que la caída no fuera tan dura; porque va a serla, ¿verdad? —Ella asintió con la cabeza, con un gesto dulce y compasivo, y señaló la botella de la mesa—. Si te apetece, en la estantería de la cocina hay un vaso para ti—. Ella obedeció y regresó para servirse un trago y sentarse a su lado. Brandon la observó con detenimiento—. Eres bonita, ¿lo sabes? —ella no respondió—. Eres bonita e inteligente... estoy seguro que en otras circunstancias, tú y yo hubiéramos sido grandes amigos; o al menos, grandes amantes—. La risa de ella inundó la sala—. Y si fuera poco, tienes una preciosa sonrisa—. Brandon, en un cambio errático de su carácter, la tomó del cuello y comenzó a apretar en un intento por solucionar sus problemas acabando con la vida de la chica—. Ella se agarró a la mano, pasiva, dejándose hacer, sin luchar; hasta que le costó respirar y un velo de terror cubrió su mirada. Brandon, consciente de lo que estaba a punto de hacer, la soltó, ocultó su rostro tras las manos y comenzó a llorar—. Lo siento, lo siento... soy una persona horrible. No debí empezar esta locura, no debí dejarme llevar por la ambición, casi matan a Olivia... Lo siento, lo siento —

dijo mirándola a los ojos para en un acto desesperado besarla apasionadamente. Un minuto después, el ambiente se llenaba de olor a pólvora y Brandon yacía sin vida.

Capítulo 27

Olivia había abandonado su casa, escapando por la escalera de incendios inspirada en la huida de Coleman, y ahora vagaba por las calles de Nueva York confundida y preocupada. Las dudas y las preguntas se amontonaban en su cabeza. ¿La estaría utilizando Collins? ¿Su amigo sería responsable de aquella pesadilla? ¿Debía reunirse con su jefe y confesarle toda la verdad?

La agente había coincidido con Collins en un acto benéfico hacía unos meses. A pesar de los veinte años de diferencia entre ellos y la actitud prepotente que mostraba en la oficina, la pareja había conectado de inmediato. El increíble aspecto físico que lucía, la simpatía que destiló aquella noche y el alcohol que había ingerido, hicieron que aquella noche le dejara que la acompañara a su apartamento; la primera de muchas.

Olivia no estaba dispuesta a permitir que Collins se riera de ella; debía despejar sus dudas antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse. La única forma de hacerlo era hablando con él. El taxista se detuvo frente a una casa rodeada de jardín y una valla metálica de una de las zonas residenciales más tranquilas de Nueva York. Se despidió del conductor y, en lugar de llamar a la puerta principal, cruzó la verja y bordeó la propiedad hasta llegar al patio trasero donde se sorprendió de encontrar a Collins sentado y tomando una cerveza.

—Hola —saludó con timidez. Él le respondió con una leve sonrisa que provocó que Olivia se percatara de que algo le preocupaba. Se acercó, le rodeó el cuello con su brazo, le dio un beso en la frente y se acomodó en su regazo. —¿Va todo bien? —preguntó con su voz más dulce.

—Han venido a cenar los chicos —se refería a sus hijos— y hemos discutido—. Olivia se irguió y enarcó una ceja interrogativa—. Sospechan que me veo con alguien y no les ha sentado bien.

—¿Y qué les has dicho?

—Que lo que haga con mi vida es asunto mío.

—Y tienes razón —le tomó de la barbilla para que la mirara a los ojos—. No tienes que sentirte culpable por nada. Tu mujer murió hace diez años, tus hijos son independientes, tienen sus propias familias... tienes derecho a vivir tu vida —le animó concluyendo su alegato con un cálido beso. Collins lo recibió gustoso para, a continuación, perderse en su cuello por un segundo. El olor de su pelo y la suavidad de su piel lograban hacerle olvidar todos los problemas.

—No te esperaba esta noche... supongo que habrás dado esquinazo a mis agentes —dijo recobrando la compostura por temor a que algún vecino chismoso los descubriera—. ¿Has averiguado algo?

—Por eso estoy aquí. He pensado que si repasamos el perfil del equipo, tratas de recordar algo sospechoso... no sé, podríamos encontrar alguna pista.

—Me parece una buena idea. Vayamos dentro —sugirió poniéndose en pie alzándola en brazos para llevarla al interior en volandas acompañados por la risa de Olivia. Una vez acoplados en el sofá con dos copas de vino, continuaron la conversación—. ¿Por dónde quieres empezar? —Olivia sacó su cuaderno de notas.

—Brandon O'Neal.

—Podemos descartarlo.

—¿Estás seguro? Creo que es mejor que sospechemos de todos antes de descartar a un posible culpable.

—Pero O'Neal es mi mano derecha. Coincidimos unos meses antes de que me destinaran como jefe de equipo en un maratón en Nueva Jersey. Fue él quien me puso en aviso de que Jack estaba colado por la agente Davis y que era cuestión de tiempo que metiera la pata. Al parecer, a Brandon no le sentó muy bien que mandaran a una novata de incógnito para descubrir a un asesino en serie.

—¿No has notado nada sospechoso en su actitud?

—Es un tipo raro y engreído, pero dudo mucho que esté intentando aniquilar a su propio equipo.

El teléfono sonó interrumpiéndolos. Collins abandonó su asiento y Olivia aprovechó para poner en orden sus ideas. La idea de Coleman sobre que Brandon hubiera acechado a Collins parecía tomar forma. No estaba segura de si su medio novio era inocente, su instinto le decía que sí; pero le costaba considerarlo fiable teniendo en cuenta que el resto de su cuerpo estaba más pendiente de sus labios que de su posible implicación. El impacto del auricular contra el suelo la sobresaltó.

—¿Qué sucede? —pero él no contestó—. ¡Tom! —le gritó.

—Era de la central. Llevan un rato tratando de contactarme al móvil, pero lo apagué cuando mis hijos se fueron; lo último que necesitaba era más reproches.

—¿Han averiguado algo? ¿Han encontrado a Davis? —bombardeó a preguntas. Collins negó con la cabeza.

—Brandon ha sido asesinado —desembuchó sin preámbulos. Olivia palideció—. Tengo que irme.

—Espera, Tom —suplicó. Había decidido confiar en él, esperaba no equivocarse o Coleman nunca se lo perdonaría—. Hay algo que tienes que saber sobre Brandon.

Capítulo 28

Olivia se despidió con la mano desde la entrada principal mientras Collins se alejaba a toda prisa en su coche. Había insistido en llevarla, pero ella le había persuadido para que la dejara pedir un taxi. Lo cierto es que había llamado a Jack; necesitaba reunirse con él y hacerlo participe de la historia al completo. Comenzó a caminar calle abajo hasta que un coche se detuvo a su altura. Olivia lo miró con ojos culpables y Jack le devolvió su sonrisa más amable, no pensaba ponérselo más difícil a su amiga. La agente subió al asiento del copiloto y fijó la vista en el suelo.

—Así que estás con Collins.

—Yo...

—Olivia no tienes que sentirte culpable ni darme explicaciones. Detesto a ese tipo, sí; pero no soy quién para meterme en tu vida. ¿Lo sabe Coleman?

—Lo intuyó esta mañana y ya viste como se puso, no he querido sacar el tema; hay otros asuntos más importantes de los que ocuparnos. Pero antes de que me preguntes te diré que ni siquiera se lo dije a Natalie.

—Te entiendo. Su relación con él es bastante complicada; pero dejemos ese tema. ¿Qué diablos ha pasado con Brandon? Me dijiste por teléfono que han encontrado su cuerpo.

—Hay algo que debes saber; algo en lo que Natalie y yo estábamos metidas. En resumen, descubrimos que Brandon vendía el material del almacén de pruebas y tapó el caso de asesinato de un universitario —explicó brevemente; ya habría tiempo de darle los detalles. Jack silbó sorprendido por aquella revelación.

—Lo creía estúpido, pero no tanto. Si está muerto, será porque ha cabreado a un pez gordo.

—O sabían que estábamos demasiado cerca de atraparlo y que confesara.

—Fuera como fuese, ¿crees que ese cretino ha tenido que ver algo en la desaparición de Natalie?

—Supongo... no sabría decirte. Lo que está claro es que no actuaba solo.

—¿Dónde se supone que vamos? —preguntó deteniendo el auto en una intersección.

—No podemos ir al apartamento de Brandon a husmear, pero podemos seguir buscando pistas que nos lleven hasta Natalie.

—¿En qué has pensado?

—Encontré esto —dijo mostrándole la tarjeta que encontró en el camino— parece ser que hay más de una manzana podrida. Se llama Fernando Durán y es de narcóticos. La encontré en el área dónde Natalie estuvo retenida.

—Esto no pinta nada bien.

—No, por eso vamos a hacer una visita muy especial. La única persona que puede ayudarnos ahora mismo en todo esto.

—¿Quién?

—Mi padre —rebeló acomodándose en su asiento. Jack no daba crédito. De sobra sabía que Olivia hubiera preferido arrancarse las uñas, una a una, a tener que recurrir a él; pero cuando la corrupción salpica a uno y otro bando, la única persona que puede ayudarte es el director de la agencia.

Capítulo 29

Coleman regresaba a casa, tras despedirse de Fernando, cuando oyó el aviso por radio. Un varón de treinta y pocos años había sido encontrado muerto en su apartamento a unas manzanas de distancia. Lo sensato hubiera sido ignorar la llamada y dejar que los agentes de calle se cercioraran de que la información era correcta; pero la costumbre le llevó a responder. “No os preocupéis, chicos. Estoy cerca. Os aviso si necesito ayuda”, compartió para luego dirigirse a la dirección indicada. No contaba con muchos datos, lo que era habitual en su trabajo; pero en aquella ocasión eso sólo conseguía enfurecerlo más. Lo último que necesitaba era un nuevo caso del que ocuparse y él se había lanzado sobre él como un zorro sobre su presa.

Llegó a su destino, cruzó el hall principal y saludó al conserje.

—Buenas noches, mi nombre es James Coleman, inspector de homicidios. Vengo por el aviso.

—Buenas noches, señor. Lamento decirle que no sé a qué se refiere.

—Hemos recibido la llamada de una mujer indicándonos que uno de los inquilinos había fallecido—explicó haciendo un esfuerzo por mantener la calma. El conserje se rascó la cabeza de manera inconsciente, estaba desconcertado.

El hombre le permitió que accediera al edificio y se dirigiera al número de apartamento notificado. Al llegar al pasillo algo en el ambiente lo puso en alerta. Se acercó al número 74 y se identificó.

—Policía, abra la puerta—gritó agudizando el oído para cerciorarse que no había nadie en su interior—. Agente James Coleman, ¡abra! —gritó dispuesto a golpear la puerta con los nudillos; pero el gesto consiguió que esta se abriera.

Coleman empuñó su arma, empujó la puerta con la puntera del zapato y se adentró en la casa. Un pequeño recibidor daba paso a la izquierda a una elegante cocina rectangular con acabados de lujo y electrodomésticos de alta gama. Frente a él, una puerta le separaba del salón al que entró sin bajar la pistola. Como dictaba el reglamento, mantenía las manos en alto, con el pulso firme y los ojos en la nuca, avanzando un paso y comprobando la retaguardia. A sus pies la sangre lo salpicaba todo. Un enorme rectángulo de espacio abierto con un ventanal que recorría toda la pared frontal, cobijaba el cuerpo sin vida de un hombre de unos 30 años, fornido y bien vestido. Su cabeza descansaba en el respaldo del sofá y mostraba un orificio de bala en la garganta. Se disponía a guardar su arma cuando un ruido proveniente del dormitorio le obligó a continuar su inspección. Una mujer estaba a punto de saltar desde la ventana. Coleman se lanzó hacia ella, aunque no todo lo rápido que se necesitaba. El detective cerró los ojos a la espera de oír el golpe seco del cuerpo contra el asfalto; para su sorpresa el ruido fue amortiguado por un chapoteo. Coleman se agarró al quicio de la ventana para observar la escena. Con la mandíbula desencajada fue testigo de como una mujer se había perdido entre el agua de una piscina y emergía con una mochila a la espalda huyendo de la escena del crimen. Alzó la pistola dispuesto a apretar el gatillo, entonces, la mujer se giró levemente y le dijo adiós con la mano. Coleman no lograba discernir si aquello era realidad o sueño.

—¿Natalie? —se preguntó confundido. No. Zarandó la cabeza. Aquella mujer no podía ser su amiga, o eso quería creer. La situación para la agente Davis se complicaba por momentos, tanto como aumentaban las preguntas y las dudas de Coleman.

Kevin había cruzado la ciudad y estacionado su vehículo en una de las salidas de la zona de pisos donde vivía el federal. Con gran maestría, Natalie se había colado en el edificio y accedido al apartamento. Ayudada de una ganzúa la cerradura había cedido ante ella y, sin dificultades había cruzado al otro lado. Tras su espalda, se había asegurado dejar la puerta cerrada aunque no del todo. Los acontecimientos se habían sucedido demasiado rápidos y ahora,

frente a ella, yacía el cuerpo sin vida de Brandon y una botella vacía. Sintió un escalofrío ante la imagen; no era fácil actuar en aquellas circunstancias cuando el muerto era alguien conocido, aunque ese conocido fuera un cretino como Brandon. Cogió la botella de la mesa y dio un trago para calmar sus nervios y echó una mirada derredor antes de comenzar. Se paseó con cuidado y observó que bajo la mesa auxiliar una copa había rodado por la moqueta. Dos copas, una con carmín... sería obvio para cualquiera intuir que Brandon no había estado solo. Aquella era una evidencia demasiado importante como para dejársela a Collins. Sacó una bolsa y, a pesar de la advertencia de Kevin de hacer el trabajo y salir de allí lo antes posible sin ser vista, Natalie guardó la copa y algún detalle de la mesa, y volvió a analizar la habitación; asintió satisfecha y siguió con la tarea.

Reconoció las distintas habitaciones, de las que no sustrajo más información de la que ya contaba, y dedicó sus últimos minutos en hurgar en los cajones del dormitorio en un vano intento por hallar algún papel que limpiara su conciencia y le diera motivos para acusar a Brandon. Unos pasos desde la entrada y una voz demasiado familiar, la hicieron palidecer; una parte de ella deseó salir al pasillo y dejarse pillar para no tener que ocultar lo que estaba haciendo.

Suspiró. No podía permitírselo, después de todo lo que había sufrido y de todo lo que se jugaba. Analizó mentalmente sus opciones y concluyó que la única vía de escape era la ventana; se asomó y observó el vacío. No estaba a gran altura y, a sus pies, la piscina comunitaria amortiguaría la caída. Los pasos acercándose la premieron a tomar una decisión; se aferró al marco de la ventana, se impulsó y de un saltó se dejó llevar por las circunstancias.

Coleman continuó con el procedimiento. Se aseguró que todas las habitaciones estuvieran vacías, hizo un análisis preliminar de la situación y observó con detenimiento el cuerpo de la víctima; la sangre se le heló al descubrir la identidad del muerto. Se acarició la barbilla y reflexionó sobre su siguiente paso. El embotamiento emocional en el que se había encontrado tras la desaparición de Natalie y el intento de asesinato de Olivia, le habían impedido tomar las riendas del asunto y actuar con paso firme y decidido. Tras tomar algunas fotografías del escenario del crimen, sacó su teléfono e hizo una llamada.

—Soy el detective de homicidios James Coleman. Nos han dado un aviso sobre un cuerpo... ya sé que es competencia de la policía de Nueva York; pero, tal vez, cambies de opinión cuando te diga quién es el fiambre—respondió tosco. ¡Cuánto odiaba a esos federales! Quince minutos después, Collins, y lo que quedaba de su equipo, se personaba en el lugar de los hechos.

—Me sorprende que nos avisaras sin molestarte en pelear por el caso—dijo Collins a modo de saludo.

—Es uno de los vuestros. Es lo mínimo que podía hacer. Por cierto, ¿tenéis alguna noticia de Natalie?

—Todavía nada. No sé quién ni por qué está en contra de mi equipo.

—Cualquier cosa que necesitéis...

—Gracias —se dieron un frío apretón de manos y cada uno siguió su camino.

Una vez en su coche, el detective hizo una nueva llamada.

—¿Jack? Tenemos que vernos. Localiza a Olivia y reuniros conmigo. Te

envío la geolocalización—colgó y suspiró, la única forma de encontrar a Natalie y conocer el alcance de su implicación era resolver aquel caso.

Capítulo 30

Olivia cruzó la pasarela que los llevaba al despacho de su padre sin apartar la vista del frente ni aflojar el paso. Jack caminaba tras ella, preocupado por el estado de su amiga. Nunca la había visto tan nerviosa ni alterada, a pesar de aparentar una seguridad desmedida. Olivia saludó con la mano a la secretaria de su padre y, sin dar explicaciones ni esperar indicaciones, abrió la puerta del despacho de su padre sin llamar.

—Papá, tenemos que hablar—escupió las palabras apretando con fuerza la mandíbula.

La secretaria trató de disculparse con su jefe quien aceptó la situación con un gesto frío y distante que Jack no supo interpretar.

—Katherine, no me pases llamadas—indicó a la mujer—. Por favor, tomad asiento—. La pareja obedeció. Jack se mantuvo en un segundo plano y dejó que Olivia llevara el peso de la conversación—. ¿Qué sucede? Debe ser muy importante si te dignas a visitar a tu padre después de meses sin saber nada de ti.

—¡Por favor! Seguro que tus lazarillos te han tenido al tanto de cada uno de mis movimientos.

—Por cierto —trató de desviar el tema—. ¿Cómo está Collins? —añadió para hacer saber a su hija que no había nada de su vida que no supiera, incluso su aparente romance secreto. A pesar de usar un tono neutral, Olivia lo conocía lo suficiente como para vislumbrar sus intenciones.

—No tengo tiempo para una de tus guerras frías. Necesito que encuentres a Natalie Davis y pongas a tu equipo a trabajar en asuntos realmente serios y no en descifrar con quién me acuesto—. El hombre la miraba con una comedida sonrisa carente de expresión—. Iré al grano. Natalie y yo iniciamos una investigación que nos llevó hasta Brandon O’Neal. El muy cretino vendía

la mercancía del almacén de pruebas. No sé a quién ni cuándo, pero lo que puedo asegurarte es que no trabajaba solo. Han intentado matarme, Natalie ha desaparecido, Brandon ha aparecido muerto y dudo mucho que se crucen de brazos cuando se enteren que seguimos investigando. Esto podría salpicar a muchas personas y, no hubiera venido hasta aquí, si no fuera de tu competencia.

—¿Y...? —animó a su hija a continuar hablando.

—Y si no supiera que eres el único que puede poner fin a esta pesadilla.

—Gracias—sonrió mostrando su perfecta dentadura para tomarse unos minutos antes de reanudar la conversación—. Ahora será mejor que os marchéis.

—¿Cómo dices?

—¿Hay algo más que quieras contarme?

—No, pero...

—Te he oído y me has puesto al tanto. Tomaré las decisiones pertinentes, pero aquí acaba tu papel en este espectáculo.

—¡Vete a la mierda! He sido una idiota porque creer que me ayudarías. ¡Hasta nunca! —se despidió haciendo caer la silla al levantarse con ahínco y abandonando el despacho maldiciendo a su padre.

Jack se puso en pie, colocó las sillas, se despidió con un movimiento de cabeza y se dirigió hacia la salida.

—Jack Meyer, ¿verdad?

—Sí, señor Estévez.

—He oído hablar maravillas de usted.

—Gracias, señor.

—Cuando todo esto acabe me gustaría que nos reuniéramos para hablar de su futuro.

—Será un placer, señor—hizo el amago de irse.

—No se preocupe por la agente Davis, nosotros nos ocuparemos de ella—las palabras perturbaron a Jack.

—¿Sabe dónde está Natalie?

—Que tenga un buen día—se limitó a responder sin darle opción a preguntar nada más.

Jack salió de la oficina con el agrio sabor de sentir que toda aquella trama escondía más de lo que a simple vista parecía. Debía reunirse con Olivia y poner las cartas sobre la mesa.

Por su parte, el señor Estévez dio indicaciones de no ser molestado. Se levantó de su asiento, echó el pestillo de su despacho y se dirigió tras la estantería repleta de libros que hacía las veces de separador de espacios y fingía ser una pared a la espalda de su mesa de trabajo.

—No deberías haber dicho nada de la agente Davis. Sabes que son de los mejores, cualquier detalle puede ponerlos tras la pista adecuada y dar al traste con todo.

—Te recuerdo, Kevin, que si ocupo el puesto que ocupo es porque sé lo que me hago.

—Sí, señor.

—¿Cómo está la situación?

—Tuvimos que salir a toda prisa. James Coleman se presentó tras el aviso, Natalie tuvo que huir por la ventana y...

—¿No irás a decirme que se te ha escapado?

—No, señor. Está cambiándose de ropa.

—Por tu bien, espero que no la pierdas de vista. De sobra sabemos cómo actúa— advirtió señalándole con el dedo. Kevin asintió—. ¿Qué hay de lo demás?

—Coleman se puso en contacto con Collins. Él y su equipo están procesando el piso de Brandon.

—Ese zoquete ya no nos será de utilidad. Bien, mantenme informado y procura estar al tanto de los pasos de Collins.

—Una pregunta, señor. Con respecto a su hija...

—Es tan obstinada como su madre. Nos seguirá dando problemas. Vigíladlos.

—Sí, señor. Me pongo a ello.

James encontró a Olivia llorando y maldiciendo a su padre.

—Sabe perfectamente cuánto me ha costado dar este paso y... —la congoja le impedía hablar.

—Estoy seguro que hará todo lo que esté en sus manos. Simplemente, nos quiere fuera del asunto. Lo que no sabe es con quién está tratando—sentenció Jack. Olivia sacó la cara de entre las manos.

—¿A qué te refieres?

—No voy a rendirme. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para encontrar a Natalie y si eso supone ignorar al jefe del FBI o al imbécil de Collins, lo haré. James me ha llamado mientras venía hacia aquí y está conmigo. Quiere que nos reunamos en un local de la zona Este. Elijas lo que elijas, no te guardaré rencor; pero tienes que decidir en qué bando quieres estar.

—¿De verdad tienes que preguntarlo? —dijo entre ofendida y apenada.

—Pues pongámonos en marcha. Tenemos mucho que hacer.

Jack condujo siguiendo las indicaciones del GPS y se detuvo frente a los restos de una casa, la cual había sufrido las inclemencias del fuego y de la que solo quedaban las paredes externas carbonizadas y un techo que amenazaba con venirse abajo en cualquier momento. Olivia miró a Jack en búsqueda de una explicación, él comprobó las coordenadas facilitadas por Coleman.

—Es aquí —se limitó a decir antes de aparcar y apearse del vehículo. Olivia guardaba silencio, la reunión con su padre la había alterado sobremanera, así que se limitaba a analizarlo todo con sus oscuros ojos almendrados.

Una cara asomó por lo que quedaba de la puerta principal. Coleman les invitó a pasar con la mano. La pareja se encogió de hombros extrañada por tanto secretismo y accedió al recinto, un lugar que albergaba los recuerdos de una vida, las antiguas pertenencias de una familia, todas ellas llenas de hollín y moho provocado por el agua empleada por los bomberos por aplacar la ferocidad de las llamas.

—¿Os ha seguido alguien? —preguntó el detective nervioso.

—No, hemos sido cuidadosos —tranquilizó Jack.

—Estupendo —celebró apartando una vieja y polvorienta alfombra dejando al descubierto una trampilla—. Rápido, estaremos mejor ahí abajo.

Olivia hizo el amago de quejarse, pero Coleman le hizo un gesto con la cara en un intento por ganar su confianza. Ella no supo como interpretar aquello y deseó con todas sus fuerzas que aquel hombre no hubiera perdido la cabeza. Jack fue descendiendo uno a uno los escalones dejando atrás un escenario ruinoso y dando paso a una imagen que nada tenía que ver con la que acababan de cruzar. Unas escaleras impolutas de perfecto acabado en madera llevaban a una sala iluminada a la que Coleman había provisto de una mesa, varias sillas, algunos refrigerios y una enorme pizarra blanca.

—¿Es este lugar seguro? Lo último que me apetece es morir enterrada —se estremeció Olivia tomando asiento.

—La casa se quemó hace unos meses como resultado de una dramática pelea doméstica. Por suerte para nosotros el sótano no sufrió ningún daño; una especie de búnker invencible creado por la mano de un *suvirvalista*. Nadie se molestará en venir a echar un vistazo. ¿Más tranquila?

—No sé... —dudó inquieta—supongo que será mejor que empecemos antes de que me arrepienta.

—Si estamos aquí es porque queremos encontrar a Natalie —tomó la palabra Jack—. Estoy seguro de que si desentrañamos todo el caso, llegaremos al responsable.

—¿Por dónde empezamos? —inquirió Coleman. Olivia se dirigió a la pizarra y comenzó a desarrollar el esquema con los datos que contaban.

Brandon había falseado los datos para vender las mercancías confiscadas a su socio desconocido. No podían descartar que más agentes estuvieran involucrados, entre ellos a los custodios. Malcolm Donovan era la pieza que había hecho saltar las alarmas. Un joven que se había rodeado de malas compañías y había acabado muerto.

—¿Qué más sabemos? —preguntó Coleman.

—Fernando Durán.

—¿Qué pasa con él?

—Encontré su tarjeta en la casa del lago. Tiene pinta de estar implicado... cómo, todavía no lo sé—. Coleman palideció. Fernando había sido su contacto, le había facilitado información... ¿Se habría pasado al bando enemigo?

—¿Qué puedes decirnos del escenario del crimen? ¡Coleman! —tuvo que gritar Jack para sacarlo de sus pensamientos.

—Esto no me gusta. Durán es quién me ha facilitado información sobre el chico. Incluso tengo una dirección. Me reuní con él justo antes de recibir el aviso del asesinato de Brandon.

—¿Has comprobado que no sea un señuelo? —Coleman se limitó a negar con la cabeza.

—Hay que investigar esa dirección. ¿Qué se supone que vamos a encontrar allí? —interrogó Olivia.

—Al parecer allí puedo localizar a los amigos del chico.

—Decidiremos que hacer con eso más tarde. Háblanos del escenario—instó Jack.

—El cuerpo descansaba en un sofá en medio de la sala. En la mesa había un vaso y una botella casi vacía, estaba claro que estaba ahogando sus preocupaciones en alcohol. Debía conocer al asesino y estar muy cerca de él, ya que tenía un orificio en la garganta, tal como demostraba la posición del cadáver y la direccionalidad de la sangre.

—Pero... ¿y si no es un asesinato? ¿Y si es un suicidio?—intervino Jack.

—¿A qué te refieres?

—Sien, garganta, muñecas... suelen ser puntos clave en los suicidios y si Brandon había cabreado a gente importante...

—Con más razón para pensar en el asesinato—añadió Coleman.

—Piénsalo. La puerta no parecía forzada, pero estaba abierta cuando llegaste. No hay escaleras de incendio ni ningún edificio contiguo que permitiera la huida desde dentro—puntualizó Jack.

—¿Sabemos algo de los tipos que encontramos muertos en la casa del lago?

—Un momento —interrumpió Olivia que había estado todo el rato pendiente de su teléfono.

—¿Qué sucede? —quiso saber Jack.

—Es sobre Brandon. Todavía no han realizado la autopsia, pero han analizado una botella de whisky y han encontrado el ADN de Natalie. Collins va a lanzar una orden de detención

—¿Estás de broma? ¡Eso es imposible! Natalie no haría algo así —se quejaba Jack—. ¡Vamos! Díselo Coleman.

—Bueno...

—¿No irás a decir que la crees culpable?

—Lo único que puedo decir es que una mujer fue la que dio el aviso, probablemente la asesina. Y una mujer con un gran parecido a Natalie saltó de la ventana del apartamento de Brandon delante de mis narices.

—¿Por qué no has dicho nada? —le recriminó Olivia.

—No quería preocuparos hasta cerciorarme de la verdad.

—¡Esto es una locura! ¡Dios! ¡No puedo creer.. — El teléfono de Jack comenzó a sonar.

—¿Sí? ¿Phil? ¿Quién? Ahh, sí, sí, el amigo de Natalie. ¿Qué sucede? ¿Cómo dices? —Olivia y Coleman intercambiaron una mirada llena de preocupación—. Voy para allá—colgó—. Tengo que ir al apartamento de Natalie. Un hombre ha aparecido preguntando por Natalie, dice que él es el responsable

de su desaparición.

—Voy contigo —dijo Olivia.

—No, tú tienes que traernos más datos para trabajar y averiguar qué coño está pasando con Natalie. Iré solo, según me ha comentado el conserje está bastante alterado; así que dudo que hable si voy acompañado. Y tú—señaló a Coleman— ni se te ocurra investigar por tu cuenta. Desconocemos si ese tal Durán está jugando sucio.

—¡Jack! ¿Por quién me tomas? Me quedaré con Olivia en busca de nuevas pistas— aseguró con una pícara sonrisa que no se le escapó a la aludida.

Capítulo 31

Phil le esperaba ansioso caminando de un lado a otro de la acera; el viejo conserje al que Natalie tenía un cariño especial y cuya desaparición había afectado tanto como a él mismo.

—¡Jack! —le dijo a modo de saludo—. ¿Sabes algo ya de la niña? —preguntó usando el apelativo cariñoso.

—Seguimos trabajando en ello.

—Vinieron los del FBI. Me resistí a dejarles pasar, pero me amenazaron con ponerme las esposas. No puedo perder este trabajo... es lo único que tengo. Al final me enseñaron una orden, aunque bien podría haber sido cualquier cosa.

—¿Hurgaron entre las cosas de Natalie? ¿Por qué no me llamaste? —recriminó Jack beligerante.

—Lo siento, pensé que ya tenías bastante con que ella hubiera sido secuestrada. Porque ella jamás se pasaría al bando de los malos. No, mi Natalie, no—se disculpó evitando que una lágrima escapara de sus ojos. Jack zarandéó la cabeza adquiriendo una actitud benevolente.

—¿Eso es lo que dijeron? —Phil asintió—. No te preocupes, hiciste lo correcto. Luego iré a comprobar que todo esté bien. Primero quiero hablar con ese hombre. ¿Dónde está?

—Lo he dejado esperando junto a la recepción. Dice que él es el responsable de su desaparición, aunque no tiene mucha pinta de ser peligroso.

—Vamos a averiguarlo—le animó a entrar en el edificio.

Un hombre enjuto, de caminar pausado y avanzada edad se apoyaba en el mostrador de recepción. Con una expresión lastimera y cansada dedicó a Jack

un bufido a modo de bienvenida.

—Le conozco de la tele. ¿Usted es quien va a darme respuestas?

—Perdone —agregó Jack confundido—. ¿Respuestas? Según tengo entendido es usted el que tiene que explicarme por qué cree que es culpable de la desaparición de la agente Davis.

—Ya veo... bueno, empecemos por presentarnos. Mi nombre es Blas Donovan y...

—¿Usted es familia del chico asesinado? —Jack lo asoció enseguida. Le había dado demasiado vueltas a ese asunto como para no recordar el apellido.

—Sí, su abuelo.

—Venga conmigo —añadió indicándole el ascensor—. Tenemos mucho de lo que hablar y este no es el sitio más adecuado para hacerlo.

Tras pedirle al anciano que esperara unos minutos en el rellano y comprobar que todo en el apartamento de Natalie estaba en orden, le hizo pasar y le pidió que tomara asiento.

—¿Qué es lo que quiere saber? —inició la conversación Blas.

—Según Phil, llegó bastante alterado inculpándose de un secuestro.

—¡Bah! Ese viejestorio chochea —se quejó. Jack enarcó una ceja sorprendido por el comentario de un hombre que superaba ampliamente en años al conserje; al menos por lo que intuía por su caminar torpe y su vestimenta anticuada—. Llegué alterado porque no podía creerme que esa chica tan maja estuviera en problemas por mi culpa. Fue a verme a casa por la investigación de la muerte de mi nieto; me prometió que enviaría a un

dibujante y que estaríamos en contacto. Al ver que no tenía noticias de ella, supuse que algo malo le había pasado.

—¿Cómo supo que había desaparecido y que vivía aquí?

—Amenacé a alguien que tenía mucho que perder y la información estuvo delante de mí como por arte de magia—resolvió tranquilo. Jack se preguntaba qué clase de hombre era aquel tal Blas; peculiar, sin duda. Siguió con el interrogatorio.

—¿Por qué Natalie quería que se entrevistara con un dibujante?

—Cuando mi nieto murió, un agente bastante sospechoso se presentó en casa, si podía conseguir un retrato robot le hubiera ayudado a estrechar el cerco.

—¿Podría darme algún detalle?

—Como le dije a la chica... Era alto, moreno, ojos oscuros, traje gris y zapatos negros—resolvió satisfecho. Jack torció el labio.

—¿He dicho algo malo? Ella también reaccionó igual.

—No, no. Es perfecto que recuerde todo eso; pero son datos muy difusos. Supongo que por eso Natalie sugirió lo del dibujante.

—Por supuesto. Le aseguré que si lo veía, lo reconocería en seguida —recordó el hombre. Los ojos de Jack comenzaron a brillar. Sacó su móvil y comenzó a trastear con él, mientras el anciano lo observaba con curiosidad—. ¿Es este el hombre que se presentó en su casa? —trató de averiguar mostrándole una foto.

—¡Sí! ¡Ese es el maldito hijo de puta! —gritó Blas como un energúmeno. Jack asintió. Había sido Brandon.

—¿Lo atraparán?

—Ya no tiene que preocuparse más por él.

—¡Vaya! Se lo han cargado —afirmó con orgullo. Jack no dejaba de

sorprenderse ante la agudeza de aquel tipo.

—No debería hablar de ello, pero sí. Es usted muy listo, ¿era policía?

—¡Un negro policía! No me hagas reír. En mi época, no, chico. Serán los años o que he visto demasiada televisión —le hizo un guiño. Ambos guardaron silencio el tiempo suficiente para incomodarlos.

—Si le parece bien, le llevaré a su casa—aludió Jack dispuesto a zanjar el asunto.

—Hay una cosa más... —comenzó a retorcerse las manos inquieto—. No quise contárselo a la agente Davis por miedo a que se desviará del asunto de hallar al responsable de la muerte de mi nieto; pero hay algo que puede estar relacionado. Al menos yo no he dejado de darle vueltas—se sinceró incapaz de serenarse. Jack se percató y decidió echarle un cable.

—¿Qué le parece si preparo una tila y me cuenta lo que le perturba?

—Me vendrá bien algo de beber —Jack se levantó y se dirigió a la cocina— pero que sea un whisky doble.

Coleman paseaba de un sitio a otro murmurando palabras incomprensibles para Olivia; aprovechó que estaba inmerso en sus elucubraciones para salir fuera y hacer la llamada.

—Hola, Tom.

—¿Dónde estás? —interrogó Collins—. Me ha llamado uno de los agentes que te custodiaban hecho una furia. No me habías dicho que habías escapado por la ventana para venir a casa.

—Ya... pero no te hagas el ofendido. Tú mismo lo intuiste. Recuerda, no soy tu prisionera ni la de ese sabueso. Además, hubiera sido muy complicado

explicar por qué me presentaba en casa de mi jefe—. La risa contenida de Collins le llegó a través del teléfono.

—¿Alguna novedad? —indagó el jefe.

—Estamos investigando.

—¿Jack y tú?

—Y Coleman—agregó sin entrar en detalles.

—¡Cómo no! —bufó.

—Déjate de escenitas de celos que no te pegan nada. Necesito toda la información que puedas darme sobre la casa del lago, el informe que Natalie encontró en el sótano y lo que hayáis averiguado en la escena del crimen.

—Lo primero puedo hacerlo, pero el resto... —dejó la frase en el aire.

—El informe debe estar en la mesa del sótano a la que confinaste a Natalie.

—De acuerdo—accedió—. Sobre la muerte de Brandon no puedo decirte nada, estamos a la espera de la autopsia. Aunque supongo que los datos básicos te los habrá contado Coleman.

—Tom... —nombró alargando su nombre para darle un toque de atención.

—Vale, vale, ya dejo el tema.

—Por cierto, ¿qué es eso de una orden contra Natalie? Sabes tan bien como yo que ella no ha podido matar a Brandon.

—Las pruebas hablan por sí mismas.

—No, Tom, no. El ADN de Natalie en aquel lugar explica que estuvo allí y bebió un trago de whisky, no que matara a Brandon. Te estás precipitando, ni siquiera está la autopsia. Estoy empezando a creer que tu animadversión es enfermiza y desproporcionada.

—Olivia sólo hago mi trabajo. Tus sentimientos hacia ella no te dejan ver la realidad.

—¿Los míos o los tuyos? —acusó provocando un incómodo silencio.

— ¿Puedes pasarte por mi casa? —cedió Collins.

—Descartado

—¿Dónde estás?

—Imposible.

—Pues...

—Te llamo en un rato—colgó de inmediato. Olivia tenía otro asunto más urgente del que ocuparse.

Coleman mantenía la pose de detective. Sabía que Olivia no se fiaba de él y no se lo reprochaba, él estaba a la espera de cualquier despiste por su parte para ponerse en marcha hacia la dirección que Durán le había pasado. Relatar mentalmente las tablas de multiplicar de manera inversa había conseguido que la agente bajara la guardia y pensara que estaba concentrado en el caso debido a su expresión incierta. Ella que se la daba de lista con su coeficiente intelectual muy superior a la media había caído en una trampa para críos.

Aguardó un par de minutos a que ella estuviera enfrascada en su conversación telefónica y se puso manos a la obra. Se descalzó y ató los zapatos entre sí por los cordones, y se los colgó al cuello para amortiguar el ruido de sus pisadas. Ascendió con paso firme, aunque cauto, hasta llegar a la zona calcinada. A lo lejos, junto a lo que un día fue la puerta principal, Olivia estaba atenta a las palabras de su interlocutor. Era el momento.

Esquivó los restos esparcidos por el suelo y agradeció haber aparcado a unos metros de distancia. La euforia por haberse salido con la suya le obligó a hacer un esfuerzo por no soltar una enorme carcajada. Subió al coche, introdujo la llave en el contacto y cuando se disponía a poner en marcha el

motor, un cañón descansó sobre su nuca.

—Arranca y gira a la derecha, y ni se te ocurra hacer movimientos bruscos.

Capítulo 32

Jack se reunió con Olivia todo lo pronto que el tráfico le permitió. La encontró frente a la casa fuera de sí.

—¡No sé cómo ha podido pasar! Le dejé en el sótano divagando y subí a hacer una llamada. Cuando quise darme cuenta conducía calle arriba. ¡Ha sido temerario y un imbécil!

—Tranquila, Olivia. No es ningún novato, estoy seguro que sabe lo que hace.

—¿Y ya está? ¿No piensas hacer nada?

—Tenemos otras cosas de las que ocuparnos. Resulta que el hombre que buscaba a Natalie era el abuelo de Malcolm Donovan. Según me ha contado, estoy seguro que tanto el caso que vosotras investigasteis como el que Coleman y yo iniciamos están relacionados.

—¿Cómo es posible?

—Te lo explicaré todo cuando tengamos la documentación. ¿Has conseguido los informes?

—Sí, tengo que avisar para ir por ellos.

—Genial. Voy a llamar Ginés, el informático de la policía, para que me envíe lo que tengamos.

Un toque, dos toques...

—Hola, Jack. ¿Qué sucede?

—Ginés necesito que me envíes todo lo que tengamos sobre Harry Freeman y el asunto de la chica.

—Pensé que el caso estaba cerrado.

—Sí, pero ha surgido nueva información.

—¿Coleman está al tanto?

—Sí, por supuesto.

—No es que no confíe en ti, pero...

—Te aseguro que Coleman está al corriente del asunto. Está investigándolo conmigo.

—Un segundo —añadió Ginés dejándolo en espera.

—¿Qué sucede? —preguntó Olivia.

—No sé qué le pasa. No habrá ingerido las suficientes rosquillas hoy.

—¡Menudo capullo! —insultó Ginés.

—Yo... lo siento—se disculpó Jack. No debía haber pagado con él su mal humor.

—Si querías los informes sólo tenías que pedirlo, únicamente me estaba haciendo de rogar a cambio de unas rosquillas.

—Lo he dicho sin pensar...

—Eso de mentirme está muy feo—recriminó. Jack se sorprendió por su insinuación y agradeció que no hubiera oído su comentario tan desafortunado.

—¿A qué te refieres?

—Según tu GPS, Coleman está muy lejos de ti.

—¿Sabes dónde está?

—En la zona sur del Bronx.

—¿Puedes darme la dirección? Te deberé una caja de rosquillas con glaseado.

—¿Por quién me tomas?

—¡Vale! Que sean tres de chocolate con relleno de plátano.

—Te la envío y te paso los documentos, pero la próxima vez...

—Hablaré de rosquillas primero —ambos rieron.

—Vas aprendiendo novato. Hasta luego—. Jack zarandeó la cabeza divertido. Ginés era un gran tipo con una extraña obsesión por los dulces, a pesar de contar con un cuerpo más bien delgado y enclenque.

—¡Vamos! —animó a Olivia a subir al coche—. Tenemos localizado a Coleman.

—Pero... ¿no decías que él sabía lo que hacía? —se quejó Olivia sin captar la atención de Jack, cuyo instinto le decía que Coleman iba a necesitar refuerzos.

Jack y Olivia llegaron a un local abandonado; un viejo taller que había cerrado hacía tiempo y nadie se había hecho cargo de él.

—¿Crees que estará dentro? —indago Olivia.

—Ahí está su coche—señaló Jack bajando del auto; ella le siguió.

Ambos sabían que debían ser cautos; desconocían a qué se enfrentaban. A Jack le bastó un ligero movimiento de cabeza hacia la parte trasera para que

Olivia supiera lo que tenía qué hacer; habían trabajado durante mucho tiempo juntos y eran conscientes de las manías y estrategias del otro. Jack era un hombre de acción, solía tomar la iniciativa y abordar el asunto de frente, no sólo por la sensación que le provocaba, también porque prefería recibir el primer golpe a que uno de los suyos acabara con una bala alojada en el pecho por su culpa.

Como tantas veces habían hecho, Olivia empuñó su pistola y bordeó el recinto en busca de una entrada alternativa que le permitiera acceder o al menos un punto que le diera la posibilidad de cubrirle las espaldas a Jack. Él, por el contrario, sin perder la templanza ni la sangre fría, se tumbó en el suelo y reptó por debajo de la puerta metálica de garaje que estaba semiabierta. Dentro sólo había polvo, restos de aceites y herramientas viejas. Se incorporó e inició el reconocimiento del lugar dando pasos pequeños y asegurándose que nadie se escondía en el recinto.

—¡Jack! —gritó Olivia tras una pared metálica que dividía el taller en dos dando paso a una sala tan sucia como desvencijada. Él salió corriendo hacia el punto del que había provenido la voz de su amiga, quien ayudaba a Coleman a levantarse del suelo. El detective parecía aquejado de un dolor en el estómago y presentaba una herida en el pómulo derecho.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Jack.

—No estoy seguro. Alguien se coló en mi coche, me apuntó con una pistola y me trajo aquí. Alguien salió de no sé dónde y me arreó varios puñetazos; a penas pude reaccionar cuando oímos pasos y huyeron antes de que Olivia apareciera—zanjó el asunto. Su orgullo le impedía confesar lo que realmente había sucedido.

—No voy a decir que te lo dije, pero... —trató de consolar Jack quien fue interrumpido por Olivia.

—Pues yo sí se lo diré. ¿Tenías que venir solo? ¿Y encima jugar conmigo?

—Lo siento—se limitó a decir para sorpresa de la chica. Coleman quería

olvidar el asunto, pero Olivia lo observaba con suspicacia; aquella actitud sumisa y comedida no encajaba con el detective James Coleman que ella conocía.

—Bueno, será mejor que te vea un médico— resolvió la agente.

—¡Tonterías! ¿Un médico por un arañazo de nada? Eso no es nada comparado con esto —dijo subiéndose la camisa y dejando a la vista un torso definido que logró sonrojar a Olivia. Él continuaba enfrascado mostrando sus heridas de guerra; cicatrices que le recordaban que su trabajo no era ningún juego.

—Está bien —rio Jack ante su entusiasmo—. Yo vuelvo a la casa a ver si consigo sacar algo y...

—De eso nada—advirtió Coleman—. Lo mejor es que busquemos otro sitio; no creo que ya sea seguro volver allí. Yo iré a cerciorarme que no queda rastro de nuestra visita.

—Si necesitáis descansar, podemos reunirnos en unas horas—sugirió Olivia. Jack negó con la cabeza.

—No, no, y menos ahora cuando se ha abierto un camino que puede llevarnos a Natalie.

—De acuerdo—aceptó la joven—. ¿Qué sugieres?

—Olivia llévate mi coche, recoge los informes y espéranos en casa de Natalie. Phil te abrirá la puerta. Creo que estaremos mejor allí. Acompañaré a Coleman a la casa y luego iremos al hospital.

—¿Otra vez con el tema del hospital? Estoy perfectamente —aseveró Coleman.

—Tranquilo, te lo explicaré por el camino. Nos encontraremos en el apartamento de Natalie en

una hora. ¿De acuerdo? —Todos asintieron conformes y se pusieron en marcha.

Capítulo 33

Olivia se mensajó con Collins y quedaron en su casa para darle todo los documentos relevantes sobre el caso; a ninguno le interesaba que en la agencia supieran el juego que se traían y, mucho menos, que Jack y Coleman averiguaran que ella estaba colaborando con ambos bandos. Sus colegas no la entenderían, sobre todo Coleman. No le apetecía iniciar una nueva pelea. Aparcó el coche de Jack en la puerta principal y bordeó la casa para acceder por la puerta trasera como era habitual en cada una de sus visitas; la encontró abierta y lo achacó a que Collins la esperaba, pero unas voces provenientes del hall principal la pusieron en alerta. Inmóvil y agudizando el oído, trató de captar toda la conversación.

—No puedo hacer eso. ¿Sabes cuánto me juego? —gritaba iracundo Collins.

—Déjate de estupideces. Los dos sabemos que por eso mismo, te encargarás del asunto.

—¿Estás loco? Davis ya no es de mi incumbencia.

—Esto no es ninguna broma, Collins. Encárgate —ordenó el desconocido avanzando hacia la salida.

Olivia retrocedió sobre sus pasos y corrió por el sendero hasta llegar a un punto que le permitía ver a los dos hombres sin ser vista. Collins y el desconocido, un hombre alto, rapado y trajeado, se despedían con cara de pocos amigos en el jardín delantero. Olivia rehízo el camino de nuevo y, como si no hubiera oído nada, fingió haber llegado en ese justo momento. Inspiró con calma para recobrar la compostura e inició su actuación.

—¡Tom! ¿Has dejado la puerta abierta? —Collins se reunió con ella con la respiración acelerada, había cruzado la casa corriendo para encontrarse con Olivia.

—Hola, preciosa —saludó dándole un tierno beso en la frente—. Iba a ducharme y no quería que te quedaras en la calle—. La asió por la cintura invitándola a pasar y cerró la puerta—. ¿Por qué no me acompañas? —sugirió besando el cuello y colando sus manos por debajo de su ropa.

—No puedo, Tom—se separó de él de una manera más brusca de la que hubiera deseado usar. Él la miró confundido—. Lo siento, es que todo este asunto es una locura y ahora que parece que avanzamos no podemos parar.

—Lo entiendo—la abrazó comprensivo—. ¿Qué eso de que ambos casos están conectados?

—No lo sé —afirmó sincera, aunque era consciente de que no hubiera compartido ninguna información con él de haberlo sabido—. Ha sido un día complicado y Jack no ha entrado todavía en detalles. Supongo que cuando comparemos datos, nos pondrá al día.

—¡Estupendo! Avísame en cuanto sepas algo para preparar al equipo—le indicó. Ella se limitó a asentir con una expresión poco convincente que Collins no captó.

Justo habían cruzado el pasillo que llevaba a la zona Este de la planta donde Harry Freeman estaba retenido, cuando la doctora les abordó.

—Mis enfermeras me han dado el aviso de que estaba en el hospital. Me gustaría hablar con usted sobre el paciente, señor Meyer —explicó mirando con reticencia a Coleman.

—Déjeme que le presente al detective James Coleman, es quien dirige el caso; así que si me disculpan, iré a ver Freeman. Me gustaría hacerle varias preguntas.

—No hay ningún problema —sentenció la doctora—. El paciente está estable, pero no lo presione demasiado. A medida que sea consciente de la realidad que ha protagonizado, será complicado tratar con él. Uno de nuestros

psicólogos está al tanto del caso, a la espera de intervenir.

—¿Ha descubierto algo sobre la droga que había en su cuerpo? —intervino Coleman con su mejor pose. Sabía que era difícil para los implicados en las investigaciones tener que cambiar de persona de referencia, por eso debía hacer un esfuerzo mayor en ser amable y encantador—. Meyer me ha contado que tenía un gran interés en el tema y, si le soy sincero, cualquier ayuda profesional nos será muy útil. Estoy seguro que el paciente ha estado en buenas manos y que entre todos podremos encontrar una respuesta—. La doctora sonrió y Coleman supo que había funcionado su estrategia. Le dedicó un guiño a Jack y este lo tomó como la señal para continuar con su camino.

Al llegar a la zona de descanso, le sorprendió ver a los dos guardias custodios charlando tranquilamente junto a la máquina de café.

—¿Y el detenido? —les espetó sin circunloquios.

—Durmiendo. Tuvo un ataque hace unas horas cuando le dijimos que estaba detenido por matar a una chica.

—Deberíais haberme avisado—se quejó.

—No sabíamos que tuvieras autoridad—se disculpó uno de los agentes. Jack suspiró y asintió.

—Quiero decir... a Coleman. Iré a hablar con él—se alejó con el amargo sabor que le provocaba ser un simple asesor.

Al llegar a la habitación, sus sentidos se pusieron en alerta. La puerta estaba abierta y la cama vacía. Jack miró en el baño, alrededor de la cama, debajo de esta... no había mucho más donde esconderse. Harry Freeman había huido. Se puso en marcha. Advirtió a los policías vociferando, los gritos habían alertado a Coleman y a la doctora.

—¿Qué sucede? —interrogó Coleman.

—¡Le han dejado irse! —escupió Jack.

—Señor, estaba dormido. La enfermera nos dijo que no despertaría en horas.

—¿Y las esposas?

—Había tenido un fuerte ataque, así que les exigí que lo liberaban para poder trabajar —intervino la doctora en defensa de los policías.

—¡No hay tiempo para esto! —alertó Jack—. Yo iré hacia las plantas de arriba. Registrad esta planta y las de abajo—ordenó sin mirar atrás.

—Avisaré a seguridad —comunicó la doctora.

Kevin detuvo el auto frente al hospital y le dio a Natalie las oportunas indicaciones.

—Es sencillo. Sólo tienes que evitar a los guardias, no hablar con los enfermeros y colarte en la habitación de Harry Freeman.

—Sí, muy sencillo —respondió irónica. Con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el asiento, Natalie trataba de reunir fuerzas—. No creo que pueda seguir con esto.

—¿Te olvidas de tus amigos?

—Claro que no me olvido de ellos. Lo último que quiero es que les suceda algo, pero...

—Si no te parece suficiente motivo, piensa en Jack.

—Eso es demasiado rastrero hasta para alguien como tú... y no dejo de pensar en él. Sé que acabará por encontrarme y entonces...

—Esperemos que no lo haga, porque en caso de hacerlo la situación se complicará más de lo que ya lo está.

—Después de lo de Brandon pensé que sería suficiente. ¿Ahora tengo que hacerle una visita a ese Freeman?

—Si se va de la lengua...

—Ya, ya me lo has dicho—exhaló un suspiro—. ¿Tan potente es esa droga?

—Lo es.

—¿La has probado?

—Sí.

—¿Y merece la pena todo esto?

—Por supuesto.

—Sigo sin lograr encajar las piezas del puzzle.

—Bueno, eso es lo que menos debe preocuparte.

—Te equivocas; hallar la verdad es mi trabajo.

—¿Aunque el camino hasta ella pueda suponer destruirte a ti misma y a la gente que quieres?

—**Toda la verdad es mejor que la duda indefinida.**

—Sabes perfectamente que esa no era mi pregunta.

—Y tú sabes perfectamente cuál era mi respuesta —respondió altanera. Ninguno dijo nada durante unos minutos. Kevin estaba dispuesto a concederle todo el tiempo que fuera necesario. Natalie rompió su silencio—. Dime, ¿por qué mataron al chico?

—Esa no es la pregunta que quieres hacer.

—No, pero no creo que me respondas si te digo “quien ordenó la muerte de Malcolm Donovan”.

—Hagamos un trato, tú entras ahí dentro. Te encargas de Freeman y luego seguimos charlando. Aunque no lo creas, no tengo todas las respuestas.

—Kevin... —suplicó; pero un golpe atronador interrumpió a la joven.

Natalie observaba la escena con los ojos como platos mientras procesaba lo que acababa de huir.

—¡Maldita sea! ¡Es Freeman! —sentenció Kevin poniendo el motor en marcha dispuesto a escapar del escenario. Natalie aprovechó la confusión para saltar del coche y acudir al rescate—. ¡Natalie! ¡No!

La agente se arrodilló junto al cuerpo inmóvil. Le tomó el pulso y un débil hilo de vida le indicó que todavía no era tarde para aquel tipo. Lo giró y comenzó a aplicar la RCP como le habían enseñado en la academia.

—Vamo, Harry, no te mueras— le animaba—. Tú no me conoces y yo no sé mucho de ti; pero no voy a dejar que la única persona que puede darme respuestas acabe fiambre en la acera. ¡Harry! ¡Despierta!

Las voces de los sanitarios se acercaban, a la par que los curiosos, Natalie les cedió el paso y retrocedió alzando la mirada a lo alto; distinguió una sombra.

—¿Jack? —pronunció entre feliz y aletargada.

Inició la marcha y subió al coche. No prestó atención a las reprimendas de Kevin ni al derrape que este hizo en su escapada. Todas sus energías estaban en un único pensamiento. Debía cumplir su palabra y seguir las órdenes de

Kevin, si quería reunirse con Jack cuanto antes.

Jack corría a toda prisa, una rápida reacción era fundamental para alcanzar al fugitivo; lástima que no conociera el momento exacto en el que había escapado. Quizás ya había abandonado el edificio, mientras ellos parloteaban. A cada paso, analizaba rostros, abría puertas, apartaba enfermeras de su camino... una auténtica maratón en la que temía no salir victorioso. Recorrió tres plantas y se disponía a subir a la cuarta, cuando un hombre encaramado a una ventana captó su atención.

—¡Harry! —gritó, consiguiendo asustar al tipo que con dificultad se puso de pie en el alféizar. Jack se acercó todo lo que pudo.

—¡Aléjate! ¡No sé quién eres!

—Me llamo Jack Meyer. Soy asesor de la policía —trató de llenar las lagunas que atemorizaban a Harry—. Estábamos hablando en comisaría, cuando sufriste un ataque y te trajeron aquí.

—¡Dicen que he matado a una chica! —comenzó a sollozar—. Yo... Jamás... ¡Mentira! —concluyó—. Queréis cargarme el muerto porque vivo en la calle.

—Harry, escúchame, al parecer te drogaron. Te encontraron con el arma y el bolso de la víctima, pero todavía no sabemos si fuiste el responsable.

—¡Maldito embustero! Dices eso para que baje. ¿Por qué la policía? ¿Y las esposas en mi cama? ¡No he podido matar a alguien y menos a una cría!

—Eres el único sospechoso. La policía y las esposas son medidas preventivas. Ahora que estás despierto, puedes ayudarnos a encontrar al responsable—. Obvió hablar de las pruebas que le apuntaban como asesino de Gloria Guzmán y que habían llevado a Coleman a cerrar el caso. Sus huellas estaban en el arma y habían encontrado restos de pólvora en sus

manos.

—¿He matado a alguien? —quiso saber.

—La investigación todavía no está cerrada.

—¿Cómo se llama la chica? —preguntó tranquilo y calmado.

—Gloria—respondió Jack creyéndose victorioso. La sangre de Harry se heló.

—¿Gloria? ¿Y el apellido?

—Guzmán.

—¿Gloria Guzmán? —repitió con una voz estridente mientras se agarraba con fuerza al quicio de la ventana—. ¡Oh, Dios mío! —se lamentó lanzándose al vacío en un acto impulsivo que sorprendió a Jack.

El asesor saltó hacia la ventana en un vano intento de asirse al suicida. Con el pulso acelerado, su pecho subía y bajaba fuera de control, al tiempo que temía mirar al vacío y descubrir la atroz estampa. Cerró los ojos en un conato por armarse de valor y asomó la cabeza. Sobre el asfalto, yacía el cuerpo sin vida de Harry. Se preguntaba si realmente no sería una víctima más de aquella pesadilla o un psicópata con desdoblamiento de personalidad. Suspiró mientras contemplaba como una mujer que había salido de la nada, le tomaba el pulso a Harry y le realizaba la maniobra RCP.

Estaba absorto con la escena que se desarrollaba a sus pies, como si fuera un espectador ajeno a toda aquella trama. La desconocida se afanaba en reanimarlo al tiempo que un grupo de enfermeros del hospital acudían a socorrer al herido. Los curiosos comenzaron a agolparse, los sanitarios relevaron a la mujer, quien se marchó tan rápido como había aparecido y Coleman lo saludó desde la calle; debía reunirse con él, pero antes necesitaba unos minutos. Se alejó de la ventana, se sentó en el suelo apoyando la espalda sobre la pared y, disfrutando de la momentánea soledad, rompió a llorar. Él sólo quería encontrar a Natalie y, a cada paso, la situación se volvía más y

más retorcida.

Capítulo 34

Olivia lamentó haber llegado al piso de Natalie antes que sus amigos; hubiera deseado no tener que estar allí sola. Pasear por su casa sin ella le provocaba una gran desazón. Habían pasado más de setenta y dos horas desde su última conversación y a medida que el tiempo pasaba, su miedo crecía; temía que el próximo cuerpo que encontraran fuera el de su amiga. Sintió un escalofrío con la idea de que aquella hubiera sido su última aventura juntas y resolvió que lo mejor era darse una ducha para alejar los malos pensamientos de su mente.

Llenó la bañera, se deshizo de la ropa e introdujo poco a poco su miembros bajo el agua caliente, la cual relajó sus músculos y empujó a la superficie todas las emociones acumuladas. La desaparición de Natalie, el intento de asesinato, la actitud de su padre, la posible traición de Tom Collins, aquella investigación... habían mermado la armadura con la que afrontaba los casos de aquel tipo; el problema es que aquel caso era diferente, demasiado cercano para pensar con perspectiva y mantener la mente fría. Ni siquiera supo cuando había roto a llorar desconsolada, incapaz de detener las lágrimas ni los temblores de su cuerpo. La pena la zarandeaba mientras, ajena a los ruidos provenientes de la entrada, los sollozos robaban de su garganta varios lamentos que rayaban lo estridente. No se había percatado de la llegada de Jack y Coleman, quienes la observaban desde la puerta del baño. Ambos hombres intercambiaron una mirada cómplice. Jack se dirigió a la cocina para prepararle una taza de tila y Coleman se acercó a los pies de la bañera, donde se arrodilló y comenzó a acariciarle la espalda. Las convulsiones se fueron disipando, sin necesidad que ninguno dijera nada. Coleman le dedicó una media sonrisa, se incorporó y tomó una toalla del mueble situado bajo el lavabo. Retrocedió sus pasos, rodeó con la toalla a Olivia y esta se puso en pie. Coleman la ayudó a salir de la bañera. De pie, en medio de la habitación, ella mantenía la mirada perdida oculta tras unas lágrimas que parecían no consumirse, al tiempo que se dejaba hacer; Coleman la secó y, rodeándola con su brazo, la guio a la cama de Natalie donde la acostó. Jack se reunió con ellos dejando el líquido humeante en la mesita de noche. Un nuevo intercambio de miradas, un asentimiento y los dos hombres la dejaron sola.

Olivia no se molestaba en luchar por contener aquel torrente de dolor acumulado; lloró todo lo que sus ojos le permitieron hasta que el cansancio fue más grande que la pena.

El olor a café recién hecho y pan tostado la sacó de la cama. Tomando algo prestado del armario de su amiga, se vistió y se reunió con los chicos en el salón. Coleman estaba sentado en la mesa desayunando, mientras Jack observaba un punto lejano a través de la ventana y usaba con insistencia su teléfono móvil. Olivia tomó asiento.

—Buenos días —saludó Coleman—. ¿Café? —ofreció. Olivia asintió y agradeció que no mencionara nada sobre lo ocurrido la noche anterior. Dio un mordisco a una tostada untada con mermelada y se atrevió a preguntar.

—¿Qué le sucede a Jack? —Coleman zarandeo la cabeza.

—Se aferra a lo único que le queda—. Olivia enarcó una ceja—. La esperanza —resolvió enigmático—. Centrémonos en lo importante. Hemos estudiado los informes que trajiste y todo los documentos con lo que contamos y, efectivamente, los dos casos están conectados; pero más de lo que nos imaginábamos.

—Por favor, ponme al día —animó Olivia engullendo el último bocado y preparándose una nueva tostada.

—El abuelo del chico le contó a Jack que Gloria, la chica asesinada en el callejón, y Malcolm...

—Nuestro chico —puntualizó ella.

—Eran novios. Al parecer eran compañeros de clase y acabaron siendo más que amigos. Cuando el padre se enteró, no le hizo mucha gracia; así que se las ingenió para separarlos.

—Tenemos que interrogar al padre—señaló Olivia. Coleman asintió.

—En cuanto desayunemos nos pondremos en marcha, pero hay más. El tipo que encontramos muerto en el sótano trabajaba en el muelle donde el chico apareció muerto y al tipo que le volaron la tapa de los sesos era el mismo hombre que se encontraba en el escenario de la chica y a quien interrogamos.

—Espera, espera. Explícame eso.

—Jean, el cadáver del sótano con los pantalones bajados, trabajaba en el muelle donde Malcolm fue asesinado. Por otro lado, Xavier, al que le dispararon en la cabeza y era compinche de Jean, resulta ser el repartidor de la zona donde Gloria fue asesinada y al que interrogamos porque aparecía en los vídeos de las cámaras de seguridad.

—Demasiadas coincidencias para ser pura casualidad.

—Ya sabes que yo no creo en las casualidades. Todo está conectado. Está claro que Xavier y Jean tuvieron que ver algo en la muerte de los adolescentes

—Recogeré todo esto —añadió con ganas de iniciar el día—. Cuanto antes empecemos mejor —dijo Olivia dispuesta a avisar a Jack, pero Coleman la detuvo.

—Concedámosle unos minutos más —sugirió Coleman con un guiño y ella decidió aceptar; sin preguntas ni juicios.

Jack suspiraba con una sonrisa bobalicona mientras pulsaba de nuevo el teclado.

“Hola, Jack. Llevo un rato esperándote. ¿Te parece bonito llegar tarde a nuestra primera cita? No puedo creérmelo. Después de tantos años... tú y yo [la musicalidad de su risa hace sonreír a Jack]. Estoy muy nerviosa, tengo miedo a que nos estemos equivocando... bueno, lo que realmente me da miedo es perderte de nuevo. No podría soportarlo. ¡Mira! [grita divertida]. Ahí vienes resoplando, casi corriendo, temiendo que me haya marchado. No

puedo dejar de sonreír, parezco idiota... estás tan guapo... Te quiero, Jack. ¡Menos mal que nunca oyes tus mensajes o pensarías que estoy loca!” “Siento el retraso”, se oye a Jack decir de fondo. “Invitas tú”, determina Natalie sin poder dejar de reír.

Los tres los hacen: el Jack del teléfono, el Jack del salón y Natalie; pero la locución se corta. Jack aparta el móvil de la oreja y vuelve a presionar la reproducción del mensaje; ese que acaba de devolverle la esperanza y que nunca había oído hasta ahora. “*Yo también te quiero, Nat*”; suspira y presta atención a las palabras de su amiga, una vez más.

Capítulo 35

Coleman detuvo el auto a unas manzanas de la casa de Humberto Guzmán; una lujosa unifamiliar en una de las zonas ricas de la ciudad. Por más que lo habían intentado, había sido imposible encontrar aparcamiento a unos pasos de distancia; ya que la zona tranquila que era, había sido perturbada por un número ingente de visitas a casa de los Guzmán. No hacía falta ser un lince para intuir que el entierro había tenido lugar aquella mañana y ahora despedían a la fallecida en una reunión familiar como era tradición. Olivia había sugerido regresar en otro momento menos inoportuno, pero ni Jack ni Coleman habían atendido sus súplicas. “*Arderéis en el infierno*”, les había escupido con falsa indignación, aunque más que sincera incomodidad. Acordaron que Jack dirigiera aquella misión, pues Humberto había mostrado cierto interés en su persona. Fue él el que llamó a la puerta mientras Olivia y Coleman ejercían de guardaespaldas. Una mujer de avanzada edad, pelo gris y ensortijado, y que vestía de riguroso luto, les saludó con un ligero movimiento de cabeza.

—Buenos días, señora. Lamentamos interrumpir en estos momentos de dolor, pero nos gustaría hablar con Humberto Guzmán sobre su hija—explicó Jack. La mujer, sin abrir la boca, analizó con detenimiento a los tres desconocidos que esperaban frente a ella.

—¿Va todo bien, *ma*? —indagó Humberto a su espalda, quien al ver a los agentes sustituyó a su madre en la puerta. La mujer se encogió de hombros y regresó al salón donde el resto de familiares y amigos aguardaban—. Disculpen a Carmen, no habla muy bien inglés. ¿Ocurre algo, agentes?

—Sentimos molestarle, pero nos gustaría hacerle algunas preguntas. Hemos descubierto varios puntos sobre la muerte...

—Asesinato —corrigió Humberto haciendo chirriar sus dientes.

—Sobre el asesinato de su hija —rectificó Jack.

—Pasen, vayamos a mi despacho. No me apetece que el asunto llegue a oídos de nadie, y menos de mi mujer—. Humberto extendió la puerta y con el dedo índice les mostró el camino. Olivia se demoró unos pasos.

—Disculpe, ¿le importaría si hecho un vistazo al cuarto de Gloria? —El anfitrión la escudriñó por completo—. Quizás encuentre algo que nos sirva para encontrar al responsable de su muerte—. El rostro perturbado de Humberto tornó a un color blanquecino.

—¿Cómo dice? Pensé que habían detenido al responsable. Usted me dijo... —agregó culpando a Coleman, quien no lo dejó terminar.

—Nos precipitamos. Queremos asegurarnos que ningún inocente va a prisión...

—Y que el verdadero asesino de Gloria no escapa indemne—. Con la puntualización de Jack, Humberto pareció sentirse aliviado y recuperar la compostura.

—Si no es molestia, me gustaría ver la habitación de su hija; por si podemos encontrar alguna pista... —sugirió Olivia. Humberto se quedó mirándola, decidiendo qué hacer.

—Cualquier ayuda nos vendrá bien—intercedió Jack.

—Suba por la escalera. La tercera puerta a la izquierda—accedió el dueño de la casa.

—Gracias—se despidió Olivia y el resto se acomodó en el despacho de Humberto.

—Bueno, ¿qué quieren saber?—preguntó el padre de la recién fallecida mientras se encendía un cigarro y vertía un poco de whisky en un vaso—. No les ofrezco porque están de servicio—sentenció para tomar asiento.

—¿Conoce a este hombre? —Coleman le enseñó una fotografía.

—Claro, es Harry. ¿Qué tiene que ver él en todo este asunto? —Humberto los observaba desconcertado. Algo en su cerebro hizo clic y se puso en alerta—.

Por favor, no me digan que a Harry le ha pasado algo. No podría soportar otra pérdida...

—¿Son amigos? —quiso cerciorarse Jack. Humberto bajó la mirada.

—Bueno, lo fuimos; incluso es el padrino... —corrigió— era el padrino de Gloria.

—¿Qué sucedió? —insistió Coleman.

—Harry y yo nos conocimos en el jardín de infancia. Un niño que medía el doble que yo, a lo alto y a lo ancho, me quitó mi merienda el primer día de clase. Harry apareció de la nada, recuperó mi comida y le dijo algo al oído — se sonrió— aún hoy no sé qué le dijo, pero funcionó; no volvió a molestarme. Desde entonces fuimos inseparables. Fuimos al mismo colegio, al mismo instituto, a la misma universidad, nos graduamos en química... ambos conseguimos una beca de investigación en una empresa farmacéutica y acabamos formando parte de la plantilla. Yo conocí a la madre de Gloria y él comenzó a salir con la mejor amiga de ésta.

—Todo demasiado perfecto, ¿no cree? —comentó Coleman. Humberto lo fulminó con la mirada y continuó dirigiéndose a Jack.

—La vida nos sonreía hasta que todo se fue al traste.

—¿Qué sucedió exactamente?

—Harry empezó a robar material de la empresa y venderlo a escondidas. Me pidió que le ayudara a sacar una cantidad demasiado grande y me negué. A los dos días le pillaron y me culpó a mí. No estaba de acuerdo en lo que hacía, pero era mi mejor amigo, nunca le hubiera vendido y nunca lo hice.

—¿Qué fue de Harry?

—Llegó un acuerdo con la farmacéutica a cambio de una de sus patentes, pero le despidieron de manera fulminante. Después de eso, cayó en un espiral de autodestrucción. Se gastó todo el dinero en alcohol, su mujer lo dejó y acabó viviendo en la calle. No he sabido nada más de él en años; pero me

llegaron rumores de que se había ido a vivir a Centroamericana. Por favor, díganme, ¿le ha sucedido algo? —suplicó. Jack y Coleman se miraron tratando de decidir qué hacer. Coleman asintió y Jack informó a Humberto.

—Encontramos las cosas de Gloria en posesión de Harry. Lo detuvimos, pero sufrió un ataque. Al despertar no era capaz de aceptar que hubiera sido el responsable de la muerte de Gloria e intentó suicidarse. Ahora está postrado en una cama inconsciente con la mitad de los huesos de su cuerpo rotos—resumió el asesor. Humberto se tomó unos minutos para reflexionar.

—Harry no le haría ningún daño a Gloria. Sin duda, se han equivocado; debe haber una explicación a todo esto.

—Eso es lo que queremos averiguar.

—Bueno, si no tienen más preguntas...—dio por terminada la conversación el dueño de la casa.

—¿Chicos? —llamó Olivia desde la puerta—. Podemos irnos cuando queráis.

Todos estuvieron conformes y los agentes regresaron al vehículo donde intercambiaron información. Olivia no había encontrado nada interesante. La habitación estaba demasiado ordenada para ser de una adolescente y a penas había ropa en su armario, por lo que imaginó que la joven viviría en la residencia universitaria. “*Hagamos una visita al campus*”, sugirió Coleman; pero las tripas de Jack protestaron. Harían una parada rápida y luego se pondrían en marcha.

—¿Os habéis creído la historia de Humberto? —indagó Olivia tras dar un sorbo a un refresco de naranja.

—No hemos tenido que presionarlo y parecía afectado con la noticia del estado de Harry—respondió Coleman; Jack asentía, estaba demasiado ocupado saboreando una hamburguesa doble.

—¿Pensáis que la persona que mató a esa chica es la que está detrás del secuestro de Natalie?

—Directa o indirectamente, sí—añadió Coleman sin dejar de remover su café—. Y tú, Jack, ¿no tienes nada que decir?

—¡Estas hamburguesas están buenísimas! —exclamó limpiándose la comisura de los labios con una servilleta—. ¿Cómo es que no conocía este sitio? —agregó oteando el local ambientado en los años 50.

—¿En serio? —reprendió Olivia enarcando una ceja.

—No me juzgues, Oli. Es lo primero que como desde que Natalie desapareció... —tornó su expresión seria—. No creo que Humberto esté detrás de este asunto y, después de hablar con él, dudo que Harry lo hiciera; al menos de manera consciente.

—¡Esto es un maldito callejón sin salida! —golpeó Coleman la mesa con el puño alterando al resto de clientes.

—Es curioso que la droga que tomó Harry provenga de Centroamérica y Humberto haga referencia a que pudo vivir allí un tiempo... No sé...—Jack hablaba más para él que para el resto—. ¿Cuál será nuestro siguiente paso? —quiso saber el asesor dejando su comida a la mitad.

—Tenemos que ir al campus; pero no estaría de más que fuéramos al muelle. También está el asunto de Durán y sería interesante comprobar si hay alguna relación con Centroamérica—recordó Olivia acercándole el plato con un guiño. Jack reanudó su almuerzo, mientras Coleman le robaba un par de patatas fritas.

—Yo me encargaré de él y vosotros del resto.

—No estoy segura... —dudó Olivia al recordar el incidente que su amigo había protagonizado.

—Anda, cómete el sándwich. No pasará nada malo—trató de tranquilizarla.

Con el plan dispuesto, terminaron la comida, pagaron la cuenta y... en una fracción de segundo todo se convirtió en un caos.

El local estaba envuelto en una espesa nube de humo que dificultaba tanto la visión como la respiración. A los oídos de Olivia llegaba el sonido apagado de llantos y lamentos; tumbada boca arriba en el suelo, trataba de orientarse. ¿Qué había pasado?

Habían tomado una comida deliciosa, aunque simple; habían establecido la estrategia y bromeado sobre una anécdota absurda de Coleman. Lo siguiente que recordaba era esperar junto a la barra a que Jack pagase y un estruendo ensordecedor que había hecho saltar todo por los aires, además de dejarla paralizada en el suelo. ¿Habría explotado algún conducto de gas en la cocina? Los ojos de Olivia se abrieron como platos; no, aquello había sido una bomba y sólo ellos tres podían ser los objetivos. Trató de mover la cabeza para localizar a sus amigos; rezaba para que no les hubiera pasado nada y que Coleman volviera a soltar por esa boca alguna impertinencia que les hiciera reír. Jack... necesitaba a su amigo para superar toda aquella pesadilla que había empezado Natalie.

—¿Natalie? —susurró ante la visión turbia de una mujer que se movía de un lado para otro entre los restos del último lugar de moda. La mujer se acercó a ella.

—¿Estás bien? —le preguntó palpando su cuerpo en busca de heridas. Olivia cerró los ojos, estaba demasiado cansada para responder—. No, no te duermas. ¡Responde!

—No lo sé —susurró.

—Olivia, necesito saber que estás bien para poder buscar a Jack. ¿Me oyes? ¡Olivia! —la mujer la zarandeó haciéndola reaccionar.

—¿Natalie? ¿Eres tú?

—Sí, cariño, soy yo... pero ahora no hay tiempo de explicaciones. Necesito saber si puedes moverte —suplicó. Olivia no daba crédito a lo que acababa de oír y, como un resorte, se incorporó flexionando los abdominales y abrazándose a su amiga.

—Creía que no volvería a verte—se quejaba entre lágrimas.

—Necesito encontrar a Jack...

—Ve, búscalos, yo estaré bien —animó, ubicándose y cerciorándose de que así era.

—Busca a Coleman, no lo he visto por ningún sitio. Deberíais estar juntos... ¡maldita sea!

Olivia se puso en pie y, tras darle un nuevo abrazo a su amiga, se pusieron en marcha. Debían ser ágiles y reaccionar antes de que el techo se viniera abajo. Natalie siguió su camino, rodeó el punto donde había encontrado a Olivia y por fin lo vio. La onda expansiva lo había desplazado unos metros lanzándolo bajo unas mesas. Parecía inconsciente.

—¡Jack! ¿Me oyes? ¡Jack! —empujó las mesas con dificultad liberándolo—. ¡Por favor! —suplicaba sin poder contener la congoja.

—¿Estoy muerto? —preguntó tosiendo.

—No —respondió Natalie con la voz rota.

—¿Es un sueño?

—No, bobo—corrigió mezclando la risa y el llanto.

—Natalie... —la aludida se agarró a su cuello. Él respiró el aroma de su pelo y supo que era cierto; inspiró, espiró... y, por fin, pudo descansar.

Natalie había logrado despistar a Kevin, o eso creía. Había tenido que oír su reprimenda por tratar de salvar la vida de Harry Freeman y la acusaciones sobre las posibles consecuencias nefastas de sus actos. Natalie había soportado el chaparrón con su mejor cara de póquer y, tras excusarse para poder ir al baño, la agente había escapado del edificio donde la tenían confinada. Estaba cansada de aquella situación y había optado por zanjar el asunto ella misma.

Tomó un taxi y vagó por la ciudad en busca de alguna pista que la llevara hasta su próximo objetivo. No podía ponerse en contacto con sus compañeros de trabajo, o con algún colaborador, para que le facilitaran información sin hacer saltar las alarmas. Kevin le había asegurado que Collins iba tras ella y, no para salvarla, precisamente; había una orden de captura debido a su desliz en el apartamento de Brandon. Lo que había supuesto nuevos gritos por parte de su nuevo compañero. Cuando todo aquello terminase, si es que lo hacía sin acabar tumbada en la mesa del forense, pensaba vengarse de Kevin; todavía no sabía cómo ni cuándo, pero ya encontraría la manera de hacerle pagar todo aquel desprecio.

El contador del taxi subía y subía, mientras ella se limitaba a observar por la ventanilla los altos edificios, los transeúntes y los nuevos locales de comida. El conductor la miraba por el retrovisor preocupado por el estado mental de Natalie y por la posibilidad de no cobrar aquella carrera que le estaba vaciando el depósito.

—¡Pare! —le gritó al taxista que frenó de inmediato. Le lanzó dos billetes que le había sustraído a Kevin y saltó del asiento trasero. El conductor comenzó a llamarla, pero la imagen del Capitolio grabada en el reverso de los billetes le dulcificó el carácter y siguió con su jornada.

Natalie no podía sentirse más afortunada con la estampa que tenía frente a sus ojos. Jack, Olivia y Coleman almorzando en un nuevo local de la zona. Debía pensar rápido; no podía plantarse delante de ellos como si tal cosa. Bordeó el recinto y, tras asegurarse que la puerta de personal no estaba vigilada, anduvo con paso firme hacia la cocina. En diez minutos estaría abrazando a Jack;

lástima que no como ella imaginaba.

Capítulo 36

Jack abrió los ojos con dificultad. No estaba seguro de lo que había pasado ni de si su encuentro con Natalie había sido un dulce sueño. Tratando de ubicarse, observó la habitación. Olivia estaba sentada a los pies de su cama en una incómoda silla con un pijama horrible. A su izquierda, Coleman leía una revista tumbado en otra cama. Sin duda, estaban en el hospital.

—¿Qué demonios ha sucedido? —logró pronunciar con la voz seca. Olivia saltó de su sitio de inmediato y lo rodeó con su brazos, mientras Coleman se incorporaba.

—¡Qué alegría que estés bien! ¡Nos tenías preocupados! —exclamaba Olivia sin dejar de abrazarlo.

—Oli, déjalo que vas a asfixiarlo —intervino Coleman—. ¡Bienvenido, colega! —saludó chocando sus puños.

—¿Qué ha pasado? Lo último que recuerdo...

Jack no tuvo ocasión de continuar. Collins irrumpió en la habitación con cara de pocos amigos. Olivia lo miró recelosa y él trató de explicarse.

—Uno de mis hombres que custodiaban la puerta ha escuchado algo y me ha llamado; estaba en la cafetería.

—Ajá... —fue la única respuesta de Olivia, la cuál tomó asiento en la cama de Jack.

—Me alegro que estéis bien —incidió en Olivia quien se negaba a devolverle la mirada. Collins siguió su discurso ignorándola—. He venido para informaros de la situación. Según nuestro equipo y el informe pericial de los bomberos, la explosión se debió a una fuga de gas en la cocina; los tubos tienen marcas de hendiduras, así que fue provocado. Unos escasos

centímetros más, y no estaríais aquí para contarlo.

—¿Alguna pista de cómo llegó hasta allí? —indagó Coleman.

—Bueno... —Collins trataba de encontrar las palabras.

—¿De quién se sospecha? —habló Olivia arrastrando las palabras acompañándolas con una mirada fulminante. Ella ya lo sabía. Habían hablado hacía un rato mientras Coleman y Jack dormían. La bronca entre ambos había sido monumental y ella le había dejado clara su postura. Si había algo entre ambos, se había acabado en aquel momento; a pesar del intento de Collins por persuadirla.

—Bueno... —repitió; Collins temía la reacción que podía provocar. Jack se removió en su asiento. Desde que conocía a Collins era la primera vez que lo veía titubear—. Sé que no os va a gustar lo que tengo que decir, pero es la mejor opción dadas las circunstancias. Unos testigos vieron a Natalie Davis entrar en la cocina...

—¡Bromeas! —añadió Jack que intuía por dónde iba a discurrir el discurso. Olivia le cogió de la mano y se la apretó con fuerza, al tiempo que le dedicaba una mirada suplicante. Jack supo que lo que venía a continuación no iba a gustarle.

—No, no bromeo. La vieron entrar y salir de la cocina de manera sospechosa. Si a eso le unimos que estuvo en el apartamento de Brandon, que mató a dos agentes del FBI, a Jean Weaver...

—¿Ese que tenía los pantalones bajados y pudo intentar violarla? —gritó Jack que tuvo que hacer un esfuerzo por no estamparle el puño en la cara.

—Debemos actuar según las pruebas con las que contamos. Hay activa una orden de arresto. Si trata de abandonar la ciudad será detenida. Todo el equipo de Nueva York va tras ella. Cuando la interroguemos, podremos descartarla.

—Eso si antes uno de tus chicos no le dispara —se quejó Jack—. ¡Le has puesto precio a su cabeza! Has asegurado que ha matado a dos de los

vuestros y eso no se perdona. Sabes que siempre hay alguien que cree ser el brazo ejecutor de la ley cuando los únicos que pueden juzgar y condenar son los jueces. Eres... —se puso en pie en un intento por agarrarse a su cuello. Coleman se puso entre ambos e intermedió.

—Jack —le hizo un guiño en busca de complicidad—. Collins tiene razón. Es mejor así, créeme.

—Será mejor que me vaya —aprovechó Collins la salida que le ofrecía Coleman.

—¿Estamos detenidos? —preguntó Olivia.

—No —respondió Collins dándole al espalda.

—Pues que te quede claro que tampoco queremos tu protección.

—Que así sea —zanjó iracundo abandonando la habitación y dando las oportunas órdenes a su equipo.

Durante unos minutos, nadie dijo nada en la habitación. Los tres tenían que procesar lo sucedido; Coleman fue quien tomó la iniciativa.

—¡Vamos! ¡Seguidme! —indicó cerrando la habitación con pestillo y dirigiéndose al baño. Olivia y Jack intercambiaron una mirada de desconcierto y fueron tras su amigo.

Escondidos los tres en el diminuto baño, Coleman abrió el grifo del agua para evitar ser oídos.

—Cualquier precaución es poca. No podemos fiarnos de nadie que no seamos nosotros tres. Hay algo que tenéis que saber...

El día que Coleman fue sorprendido en un local abandonado y golpeado hasta la interrupción de sus amigos, había ocurrido algo que había escondido y era el momento de compartir. Coleman había mantenido la pose de detective engañando a Olivia con un viejo truco.

Aprovechó que ella hablaba por teléfono muy atenta a las palabras de su interlocutor para abandonar la casa ruinoso y subir al coche para dirigirse a la dirección que Durán le había facilitado; pero algo trucó sus planes. Subió al coche, introdujo la llave en el contacto y cuando se disponía a poner en marcha el motor, un cañón descansó sobre su nuca.

—Arranca y gira a la derecha, y ni se te ocurra hacer movimientos bruscos— le advirtió una voz femenina a su espalda. Coleman hizo el intento de observar por el espejo retrovisor, pero la secuestradora se había encargado de dejarlo inhabilitado con cinta.

—Pareces muy lista, pero deberías saber que soy un agente del departamento de policía y... —intentó atemorizarla sin éxito.

—¡Calla! —le ordenó con una voz extrañamente modulada—. Por ser quien eres estás en este lío, así que sigue mis indicaciones y no te pasara nada.

Tras un recorrido por callejuelas y demás caminos, la mujer le obligó a bordear un local abandonado y dejar el vehículo entre varios matorrales.

—Ahora sal del coche y dirígete hacia dentro del almacén. Si te vuelves, dispararé y te puedo asegurar que tengo buena puntería.

Coleman decidió seguir las indicaciones de la mujer guiado por esa curiosidad innata que tantos problemas siempre le ocasionaba. Una vez

dentro, la secuestradora le permitió volverse.

—¿Tú? —gritó entre sorprendido y emocionado.

—Hola James —saludó por su nombre de pila—. Necesito que me ayudes—. Él zarandeó la cabeza.

—¿En qué nuevo lío andas metida, Natalie Davis? —preguntó con una media sonrisa.

—En uno muy gordo —respondió ella devolviéndole el gesto.

—Debemos decirle a Jack que estás bien.

—¡No! —agregó sobresaltada—. Escúchame atentamente. Jack y Olivia no pueden saber nada de esto. Es muy importante que sigas mis instrucciones. Lo último que quiero es que os pase algo, por eso estoy aquí.

—No entiendo nada...

—Mira, cuando trataba de huir de la casa del lago, un coche me interceptó en el camino. Kevin Butler de alguna manera me salvó. A cambio, debía hacer algo por él.

—Dime que no te has pasado al lado oscuro—. Natalie comenzó a reír ante la actitud dramática de su amigo.

—Mucho peor —dijo logrando que la mandíbula de Coleman se desencajara—. Estoy colaborando con un equipo especial en el departamento de asuntos internos y nadie puede saber que estoy viva e investigando.

—No puedo creerlo. Eres peor que un federal... eres el perro guardián de los jefazos —recriminó jocoso—. Me haces muy difícil ser tu amigo, Davis —sentenció enarcando una ceja. Natalie saltó a su cuello para abrazarlo.

—Cuánto he echado de menos ese humor tuyo tan raro...

—Natalie... —la apartó poniéndose serio—. Si es una misión secreta, ¿por

qué me has contactado?

—Han informado a Kevin de que han descubierto vuestro escondite y van detrás de vosotros. Quien está detrás de todo esto, está cada vez más nervioso y no durará en aniquilaros para quitaros de en medio. Debéis iros de la casa ruinosa y vigilad vuestras espaldas.

—Está bien; pero, Jack...

—Si a Jack le pasa algo por mi culpa, jamás me lo perdonaré.

—Él también es mi amigo y no quiero mentirle.

—No sería la primera vez...

—También es verdad. Y a ti te conocí primero... —volvió a bromear.

—Necesito saber que cuidarás de ellos.

—Eso no tienes ni que mencionarlo; pero si no les decimos que estás bien, seguirán investigando.

—Sé que es contradictorio; sin embargo, si dejan de actuar como están haciendo...

—Los malos sospecharán que ocurre algo.

—Exacto.

Un coche se detuvo en las inmediaciones interrumpiendo la conversación.

—¿Esperas a alguien? —quiso saber Coleman.

—No... —suspiró Natalie con el pulso acelerado. No podía arriesgarse a ser vista allí— Lo siento, Coleman. Lo siento, mucho.

—¿Sentirlo? —eso fue lo último que dijo antes de ser golpeado por Natalie

como anticipo a su nueva huida.

Olivia le golpeó con el puño en el hombro, mientras Jack observaba perplejo asimilando la información.

—¡Eh! ¿A qué viene eso?—se quejó Coleman.

—Eso por engañarme y escabullirte a mis espaldas. Y esto —repitió el gesto— por tenerlo callado todo este tiempo.

—¡Oye! —se volvió a lamentar. Acto seguido, alarmado por el gesto de su amigo, trató de disculparse—. ¿Jack? Espero que no te enfades conmigo—. Jack se limitó a negar con la cabeza y a salir a toda prisa del baño. Olivia y Coleman lo siguieron. Lo encontraron buscando algo de ropa en el armario.

—Si buscas tu ropa, está en la basura —señaló Coleman.

—Tengo que salir de aquí —dictaminó.

—¿A dónde vamos? —interpeló Olivia. Jack enarcó una ceja.

—No creo que quieras venir.

—¡Jack! —apremió Olivia para obtener una respuesta.

—Voy a hacerle a tu padre una visita y si piensa que esta vez voy a dejar que nos eche de su despacho, está muy, pero que muy equivocado—. Olivia disfrutaba con la idea de complicarle la existencia a su padre.

—Dame quince minutos y conseguiré lo que necesitamos.

Capítulo 37

Aferrada al cuerpo de Jack y tratando de reanimarlo, el móvil que Kevin le había facilitado -el suyo quedó olvidado en algún lugar de aquella pesadilla- comenzó a vibrar. No tenía tiempo para estupideces cuando no sabía si la persona que más quería en Nueva York podría seguir adelante. Coleman los divisó entre el caos y acudió a ellos.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás loca? —le recriminó el detective.

—Necesitaba hablar con él y... —el teléfono seguía sonando.

—¿No piensas responder?

—Me escapé.

—¡Natalie!

—No hay tiempo para eso. Olivia te está buscando. Jack está inconsciente, pero sus constantes parecen estables.

—Yo localizaré a Olivia y sacaré a Jack de aquí, tú debes marcharte antes de que nada de lo que has hecho hasta ahora haya valido la pena.

—Pero... —trató de discutir, sin embargo, aceptó a mirar la pantalla de su teléfono—. ¡No puedo creerlo!

—¿Qué?

—Collins ha lanzado una orden de busca y captura. Kevin dice que si me pillan no podrán hacer nada por mí —suspiró—. La misión antes que las personas.

—Después te preguntas por qué odio a los federales. ¡Vamos! ¡Lárgate! ¡Confía en mí!

Natalie dudó unos segundos. Finalmente, accedió; aunque apagó el teléfono. Si Collins la encerraba, no podría hacer nada al respecto. Le dio un tierno beso en los labios a Jack a modo de despedida y con un simple “te deberé una muy gorda” a Coleman, huyó de entre los restos del local y se puso manos a la obra. Su próximo destino era visitar a Harry Freeman.

Tras robar una moto y deshacerse de la matrícula, Natalie se dirigió al hospital. Optó por abandonarla en un parking cercano, asegurándose de borrar sus huellas, y se encaminó hacia la habitación de Harry Freeman, oculta tras la capucha de su sudadera.

Con los últimos acontecimientos golpeándoles en la sien y la desazón por desconocer el futuro de sus amigos, trataba de desviar el tema de su mente contabilizando cuántas leyes había infringido. Una ligera risa nerviosa la sobrecogió; había incumplido tantas normas que si Collins le daba caza la próxima vez que viera a Jack sería en su septuagésimo cumpleaños.

Debía centrarse y ponerse manos a la obra. Se dirigió al parking del hospital, oteó el horizonte y encontró a su próxima víctima. Una chica joven, hablaba por teléfono distraída mientras fumaba un cigarro. Natalie se acercó de manera sigilosa y felina, aproximándose sin ser vista ni escuchada. Esperó a que la joven se despidiera de su interlocutor y la sorprendió por la espalda asestándole un golpe certero en la nuca con el canto de su mano. La chica se desplomó inconsciente y Natalie la apartó del camino, acomodándola entre varios coches y apropiándose de su bata de residente.

Con el pelo recogido en una cola alta, la cara lavada y aquella bata que le quedaba grande, Natalie se mimetizaba entre enfermeros, médicos y visitantes; aunque hacía todo lo posible para evitar encontronazos con la mayoría, asegurándose de no ser arrastrada a alguna práctica o ronda.

Ascendió por las escaleras a la planta en la que Freeman descansaba con la emoción de sentirse victoriosa, pero su júbilo pronto se vio trucidado al comprobar que dos agentes hacían guardia en la puerta. Después de su intento de suicidio y su no descarte total de la investigación, era de esperar que Coleman se hubiera asegurado de tenerlo vigilado.

—Me llamo... —comenzó a leer la etiqueta de su bolsillo — Melina Campbell. Necesito ver al paciente —soltó a los dos guardias con su mejor sonrisa.

—Acaba de venir la enfermera —le respondieron con suspicacia.

—Soy nueva aquí y me vendría genial para mi tesis. Sé que es una locura, pero... —se encogió de hombros. A medida que hablaba la mentira se hacía más grande y a ella le costaba menos continuar.

Uno de los agentes se apiadó de ella dándole un codazo cómplice a su compañero.

—Tienes cinco minutos.

—¿Diez? —negoció ella coqueta.

—Está bien que sean diez.

Natalie no lo pensó dos veces. Cruzó entre los dos hombres y se coló en la habitación, donde cerró la puerta y respiró aliviada. Freeman permanecía inmovilizado con la mayor parte de su cuerpo escayolado. Con la ceja enarcada la saludó.

—Acaba de venir la enfermera —informó.

—Sí, eso me han dicho; no te preocupes. Vengo a hablar contigo de algo.

—¿Es usted la psicóloga?

—Algo así.

—Está bien —suspiró el paciente—. ¿Qué quiere saber? —Natalie se acercó y se sentó a los pies de la cama.

—Le he investigado. Sé lo de su despido, la separación y la adicción al alcohol. También sé que se marchó a Centroamericana, pero no hay registro de su regreso. Casi tres años en los que se convirtió en un fantasma y, lo seguiría siendo, si no lo hubiera encontrado la policía. ¿Qué sucedió? ¿Qué es lo que ha estado haciendo durante todo este tiempo?

—Es una larga historia, pero supongo que tendrá tiempo... —Natalie miró a la puerta; tiempo era lo que menos disponía, aún así asintió.

—Como dice, tras acabar sin trabajo, sin casa, sin familia... estuve un tiempo viviendo en la calle. Encontré un trabajo en el muelle; nada serio y muy mal pagado, pero me permitía dormir algunas noches en un albergue y comprar algo de comida. Sinceramente, no sé cómo surgió la idea de abandonar Estados Unidos; pero cogí lo poco que tenía y me fui. Estuve por las zonas más vírgenes, conviviendo con tribus indígenas; me acogieron como uno más, fui muy feliz.

—¿Y qué le hizo regresar?

—No sabría decirle... —él desvió la mirada.

—Harry, no creo que lo que tenga que contarme sea pero que lanzarse por una ventana y acabar con la mitad de sus huesos rotos —le animó zalamera.

—Vi una oportunidad de negocio y la aproveché.

—¿La molécula de Dios? —sugirió la detective. Harry la observó anonadado.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Lo suficiente. Créame, lo que menos me importa es sus asuntos ilegales. Sólo quiero respuestas.

—Sí, los chamanes lo usan para reconectar con su espíritu. Pensé que podría iniciar un salón terapéutico y ofrecer sesiones especiales. No pensé en las consecuencias. Los indígenas llevan siglos usándola. Jamás imaginé que todo se complicaría tanto. Había cambiado, sólo quería rehacer mi vida y recuperar a mi mujer.

—Entonces decidió volver, pero... —le animó a proseguir.

—Traía conmigo una carga importante que suponía dar demasiadas explicaciones en la aduana. Le pedí un favor a un viejo amigo que trabajaba en el muelle...

—¿Jean? —Natalie probó suerte.

—Sí, Jean; pero...

—Por favor, siga hablando.

—Jean lo organizó para que viajara en uno de los *containers* junto a la carga, algo de comida y agua.

—Y cuándo llegó nada salió como esperaba.

—No. Jean se había ido de la lengua. Me encontré con un policía de narcóticos y varios tipos dispuestos a quedarse con todo.

—Ya veo...

—¿Señorita Campbell? —avisó el agente—. Es hora de que deje al paciente descansar—Natalie asintió.

—Un minuto... —el agente estuvo de acuerdo y cerró la puerta—. ¿Podría decirme el nombre del policía?

—No es seguro que una chica como tú se meta con tipos como ese.

—De acuerdo —aceptó la detective. Le había facilitado más información de la que esperaba y era de agradecer—. Una última pregunta, ¿por qué cree que lo relacionaron con la muerte de Gloria?

—No tengo ni idea. Lo único que he pensado que podía ser es que quisieran hacer daño a su padre.

—¿Su padre?

—Humberto Guzmán.

—¿El famoso filántropo?

—Así es—. Llamaron a la puerta y Natalie se puso en marcha, no quería tentar a su suerte.

—Gracias por todo. Espero que se recupere pronto y no se preocupe, todo se solucionará—. Cuando Natalie se disponía a salir, Harry Freeman la detuvo.

—No eres psicóloga, ¿verdad?

—No.

—Espero que no acabes como yo... Si ese tipo se entera que estás haciendo demasiadas preguntas irá a por ti. Confía en mí, estoy seguro que no merece la pena—aconsejó Freeman. Natalie bajó la mirada apenada; para ella sí merecía la pena todo el sacrificio. El paciente sintió lástima por ella y confesó—. Fernando Durán es el tipo que se encargó de destrozarme la vida de nuevo.

—Gracias. Volveré—se despidió Natalie abandonando el lugar a toda prisa, tras mostrarse simpática con los policías.

Debía escapar de allí antes de que encontraran a la chica y descubrieran su artimaña. Ahora era el turno de una nueva visita; presentía que cada vez estaba más cerca de la verdad.

Capítulo 38

Olivia había pedido un pequeño favor a una vieja amiga que además resultaba trabajar en una tienda de moda; por lo que tras varias suplicas y concesiones, recibieron en la habitación del hospital una caja con algo de ropa para los tres. Decididos a dar con Natalie y zanjar el asunto, se disponían a cruzar la calle y llamar a un taxi cuando un enorme coche negro con cristales tintados se detuvo cortándoles el paso. El copiloto bajó la ventanilla.

—¡Subid! Me envía Natalie —indicó sin desprenderse de sus gafas de sol ni dejar de mirar al frente.

Los amigos intercambiaron una mirada de incertidumbre para, acto seguido, adentrarse en la parte trasera del vehículo. El coche se puso de inmediato en marcha y Kevin se volteó para informar de los últimos acontecimientos.

—Mi nombre es Kevin Butler y...

—Eres el tipo que ha estado trabajando de incógnito con Natalie —puntualizó Olivia. El aludido asintió.

—Como parece que estáis al tanto de la situación, iré al grano. Natalie ha desaparecido y necesito que me ayudéis a encontrarla. Si la encuentran antes que nosotros...

—Collins la encerrará de por vida —agregó Coleman.

—Eso es lo que menos me preocupa. Según nuestro agente infiltrado, el pez gordo que está detrás de todo esto está bastante nervioso y ha dado orden de asesinarla.

—¡Y a qué esperas para hacer algo! —intervino Jack.

—La última vez que la vieron fue en el restaurante antes de saltar todo en pedazos—. Les mostró la pantalla del portátil que reposaba sobre sus piernas—. Le di un móvil para estar en contacto; pero lo ha apagado. Estamos a la espera de que lo encienda para ir a por ella.

—¿Y para qué nos necesitas? —quiso saber Olivia poniendo palabras a lo que todos pensaban.

—El jefe ha pensado que era más beneficioso para todos que formarais parte del equipo.

—¡Menudo capullo! ¿Ha tenido que esperar a que casi nos mataran para darse cuenta de eso? —arremetió Olivia contra su padre. El silencio reinó en el habitáculo roto sólo para la risa de Coleman; su falta de seriedad había logrado romper la tensión que se respiraba en el ambiente provocando que los rostros se relajaran y alguna que otra sonrisa se dibujara.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? —intervino Jack.

—Ni se te ocurra decir que vamos a esperar —le advirtió Olivia a Kevin.

—Debemos buscar a Natalie —respondió Coleman. Kevin decidió seguir la conversación en un segundo planto percatándose como los tres urdían un plan.

—¿La conocemos lo suficiente como para adelantarnos a sus pasos? —sondeó Olivia al tiempo que todos ponían los ojos en Jack.

—Natalie está uniendo las piezas; lo que quiere decir que no va a descansar hasta obtener respuestas y llegar hasta el principal responsable.

—El problema es que no sabemos qué sabe —añadió Coleman.

—Demos por hecho que sabe tanto como nosotros. ¿Dónde iría? —interrogó Olivia entornando los ojos para concentrarse.

—Probablemente visitaría a Freeman para tratar de sacarle algo.

—Una pareja de mis hombres tienen la orden de no moverse de allí, aunque

la vejiga les esté a punto de estallar—informó Coleman. Jack tuvo la tentación de recordarle lo que había sucedido la última vez, pero Olivia le impidió hablar.

—Kevin, ¿Por qué no...? —El aludido asintió sin dejarla terminar la frase.

—Llamaré al hospital.

—¿Y luego? —quiso saber Coleman.

—¿Guzmán? —sugirió Jack dubitativo.

—Gerard—se dirigió Kevin al conductor, quien mostraba un brazo vendado. Sin apartar la oreja del teléfono dio la señal—. Reunámonos con Guzmán.

Capítulo 39

Natalie bajó de la moto de la que se había apropiado, ocultándola entre dos cubos de basura. A continuación se encaminó a la zona de dormitorios del campus donde Gloria Guzmán había estudiado y residido hasta su asesinato. Tras algunas preguntas y mentiras a varios alumnos, consiguió dar con la habitación. Según había averiguado, el dormitorio debía estar vacío ya que la compañera de Gloria, a causa de la muerte de su amiga, había decidido tomarse unas semanas libres y pasar una temporada con su familia. Se agarró al pomo y lo giró varias veces en una primera toma de contacto para estudiar la situación, lo que no esperaba, es que la puerta cediera abriéndose y dejando a la vista un hombre sentado en una cama. El rostro lastimero la guio en la lista de nombres que guardaba en su cabeza.

—¿Humberto Guzmán? —quiso asegurarse. El hombre asintió—. Tenemos que hablar de su hija—.

—Por favor —suplicó entre lágrimas —deme unos minutos.

—Esperaré afuera, pero no tenemos mucho tiempo —subrayó la agente. Guzmán asintió y Natalie abandonó la habitación con el agridulce sabor de no poder darle tregua a un padre que aun trataba de hacerse a la idea de que nunca volvería a ver a su hija.

Natalie cerró la puerta y se apoyó en la pared con la mirada perdida. El pasillo estaba desierto; la mayoría de alumnos estaban en clase o estudiando en la biblioteca lo que le daba la oportunidad de moverse por el campus sin tener que responder demasiadas preguntas. La puerta no tardó mucho en abrirse; Guzmán la invitó a pasar con los ojos enrojecidos y con una tez enfermiza. Él tomó asiento en una de las camas mientras Natalie decidió permanecer el pie.

—Señor Guzmán, como le he dicho hace un momento, no contamos con demasiado tiempo. Alguien muy poderoso está detrás de la muerte de su hija

y, algo me dice, que usted sabe más de lo que le ha contado a la policía—. El hombre se removió en su asiento—. No vengo a acusarle de nada ni pretendo caer en el estereotipo de latino mafioso; pero si han matado a su hija y han culpado a su mejor amigo, además de asesinar a... —Natalie enmudeció. Una foto de Gloria, a la que reconocía de hurgar en los papeles de Kevin, junto a Malcolm en actitud cariñosa despejaba algunas de sus sospechas. Retomó su intervención—. Además de asesinar al novio de su hija, quiere decir que es algo que va más allá de una simple casualidad. En primera instancia se podría pensar que era a Freeman a quien querían jugársela; pero los dos sabemos que usted es el objetivo más acertado. ¿Por qué? ¿Le debía dinero a alguien? ¿Se lo pidió a la gente equivocada? ¿O es algo más sencillo? ¿Ha pasado de amigo de los pobres a amigo de lo ajeno y ha cabreado a quien no debía?

—Se equivoca. No le he hecho daño a nadie. Mi única preocupación siempre ha sido cuidar de mi familia y devolverle a la comunidad parte de mi buena suerte.

—¿Cómo pasa un químico de investigar en un laboratorio a tener chófer y dedicarse a la filantropía?

—No sabe nada de mí. Hice algunas inversiones y logré algo de dinero; una parte lo gastaba en mi familia y otra la seguía invirtiendo.

—Se convirtió en un especulador de éxito.

—No creo que eso sea delito en este país.

—No, no es delito; salvo que alguien le soplara dónde invertir por contar con información privilegiada—atacó la detective. Trataba de encontrar el punto débil; descubrir la fisura que la llevara a perpetrar la coraza de aquel hombre.

—Ha visto demasiada ficción.

—Entonces, dígame, ¿dónde encaja usted en todo esto?

—Señorita, no sé qué pretende; por desgracia, sólo soy una madre que acaba de perder a su hija—. Natalie no estaba dispuesta a flaquear en su interrogatorio.

—¿Qué relación tenía usted con Malcolm? —el rostro de Guzmán se tensó y la agente supo que iba por buen camino—. ¿Sabía que su hija tenía novio? —Él se encogió de hombros—. Quizás no le gustaba la idea de que Gloria saliera con alguien como Malcolm. En los últimos tiempos había sido relacionado con malas compañías—. Sus palabras impulsaron a Guzmán como un resorte.

—Se presenta aquí, sin decir su nombre, sin ninguna orden judicial... y me acusa de ser responsable de la muerte de ese chico y de mi hija. Creo que será mejor que se vaya, si no quiere que llame a la policía—. Natalie comprendió que era el momento de retirarse.

Con una escueta disculpa por su comportamiento, se disponía a abandonar la habitación y cerrar la puerta tras de sí cuando unos pasos provenientes del final del pasillo la pusieron en alerta. Algo en los gestos de aquella mujer la obligaron a regresar sobre sus pasos; no cabía duda de que Daniela había dado con ella.

—Le he dicho que... —trató Guzmán de echarla.

—Si no quiere acabar como su hija, será mejor que confíe en mí—. Algo en el gesto que se dibujó en el rostro de Guzmán asustó a Natalie; aquel hombre ya no valoraba su propia vida—. Sé que ahora mismo se cambiaría por ella, incluso desearía estar dónde ella esté; pero créame, sólo generará más dolor a su familia. Si no lo hace por usted, hágalo por los que le quieren. Acaban de enterrar a Gloria, no les haga pasar por el sufrimiento de tener que organizar un nuevo funeral.

Las palabras de la detective parecieron surtir efecto. Debía pensar rápido. Aquella habitación era una caja de cerillas, sin posibilidad de esconderse y sólo con dos vías de escape: la puerta y la ventana. Natalie volteó los ojos; escapar por la ventana se estaba convirtiendo en algo demasiado recurrente en su vida en los últimos días.

La mirada le brilló al comprobar que había una posibilidad de no tener que saltar al vacío. Le pidió a Guzmán que la siguiera, no sin antes bloquear la puerta con una silla. A continuación, se paseó por la cornisa hasta llegar a la ventana de la habitación contigua que permanecía abierta. Antes de entrar y ayudar al padre de Gloria a colarse en el edificio, se aseguró de lanzar uno de sus zapatos a la calle en dirección contraria para hacerles creer que había saltado. La estadística avalaba sus actos; en la mayoría de accidentes de tráfico y saltos desde cierta altura lo primero que se perdía era un zapato. Guzmán la observó extrañado; incapaz de pronunciar palabra debido a su miedo a las alturas, se limitó a imitar los pasos de aquella desconocida.

—¿Qué sucede? —preguntó Natalie al percatarse de que el hombre se había quedado paralizado a mitad de camino.

—Tengo vértigo.

—Evite mirar hacia abajo y mantenga la vista fija en mi nuca—. Natalie le tendió la mano y continuó caminando hasta colarse en la habitación. Un estudiante estaba inmerso en la redacción de un trabajo frente a su ordenador con los auriculares puestos y la música a toda pastilla. Ni siquiera se percató de que dos extraños estaban en su habitación. Natalie cerró la ventana para evitar cualquier posible pista a su persecutora. La agente asomó la cabeza y vio el pasillo libre, le indicó a Guzmán que no se apartara de ella. Antes de salir, tomó prestadas unas *Converse* que su dueño había tirado en medio de la habitación y por suerte le valían. Lo curioso es que sólo cuando estuvieron en el pasillo con la puerta cerrada, el estudiante miró a su alrededor extrañado, se encogió de hombros y continuó con su trabajo; ajeno a la visita que acababa de recibir.

—¿Ha venido en coche?

—Sí.

—Vayámonos de aquí—sugirió colocándose las zapatillas—. No es seguro para ninguno de los dos que estemos rondando por aquí con esa loca andando por la zona—. Guzmán dudaba, pero había algo en aquella desconocida que la hacía confiar en ella. El magnate la dirigió hasta su coche y ambos huyeron

de allí a toda prisa.

—Necesito que vaya a comisaría y se ponga en contacto con el agente Coleman; no confíe en nadie que no sea él.

—O Jack Meyer.

—¿Conoce a Jack?

—Ahh —fue entonces cuando lo supo— ahora ya sé de qué me sonaba su cara—añadió el hombre divertido—. Usted es esa chica que saltó a la fama a raíz del asesinato de... ¿Cómo se llamaba el pueblo?

—Village Street.

—Sí, la recuerdo. A pesar de que la prensa no estuviera de su lado en un primer momento, ganó mucha fama tras el escándalo de Hamilton Heaven.

—Sí... —agregó ella desconcertada.

—Sé que parece extraño que sepa tanto de usted, pero soy escritor amateur, escribir es mi gran hobby. Y siempre estoy atento a las noticias por si puedo sacar alguna historia o algo de inspiración para mis manuscritos.

—Ya veo —se limitó a decir—. Como le decía, es importante que hable con Jack o con Coleman. Dígale que la mujer que me secuestró está siguiéndome y que no estoy segura de si usted es también su objetivo. Él sabrá lo que hacer.

—¿Y usted?

—Yo... —suspiró—. Yo tengo que ocuparme de otros asuntos. Dice que usted es un fanático de los sucesos. ¿Sabría decirme dónde podría encontrar a un policía sin levantar sospechas? Busco a alguien, aunque no tengo muy claro dónde ni cómo es.

—Conozco a varios tipos importantes tanto del FBI como del departamento de policía. Todos estuvieron conformes en que Coleman investigara la muerte de mi hija. Quizás si me dices el nombre pueda mover unos hilos.

—No es tan sencillo. Es una misión complicada.

—¿Asuntos internos?

—Sí.

—¿Qué le parece si hacemos una cosa? Me dice el nombre del policía, yo hago una llamada y le digo dónde puede localizarlo; pero a cambio me promete no mencionarme en sus informes, lo último que necesito ahora es que se especule sobre mi integridad.

—No se preocupe, haré algo mucho mejor. Capturaré al asesino de su hija.

—Entonces, no se hable más. ¿Cuál es el nombre?

Natalie tuvo pronto en su poder una posible pista; por lo que se acercó a la zona y merodeó por los alrededores. A excepción de un grupo de chicos fumando en un callejón contiguo a una tienda de productos surtidos, no había mucho tránsito por la zona. Los observó desde lejos, simulando esperar a alguien. No tendrían más de 15, vestían ropa ancha y habían iniciado una batalla de rap en la que las madres y los policías salían muy mal parados. El bulto bajo la camiseta justo en la cinturilla de uno de los chicos, la empujó a actuar. Decidió hacer una jugada arriesgada, pero que con un poco de suerte podría funcionar.

—¿Sois amigos de Culebra? —preguntó rompiendo el clímax del careo que mantenían.

—¿Quién lo pregunta? —se le acercó con sobrada actitud chulesca uno de los chicos. Natalie no se achantó; sabía que si era rápida, podía inmovilizarlo sin dificultad.

—Me envía Rossy. Dijo que podría conseguirme una pipa—. Los muchachos intercambiaron una mirada de extrañeza. ¿Quiénes eran Culebra y Rossy? Ni

siquiera Natalie lo sabía. El que parecía el cabecilla del grupo les dedicó un guiño y se aproximó a la detective haciéndose cargo de la situación.

—¿Y quién nos dice que no eres una poli que viene a traernos problemas?

—No creo que seas tan estúpido para pensar que soy de la pasma—añadió recorriendo la distancia que los separaba—. ¿O prefieres cachearme? —el joven intimidado e incapaz de recular delante de sus amigos, acercó las manos tímidamente hacia los pechos de la agente—. Yo de ti no lo haría—advirtió Natalie y, tan pronto sintió la mano en su piel, lo redujo obligándole a besar el suelo. Cinco armas le apuntaron a la cabeza. Natalie soltó al chico—. Os cambio esto —dijo mostrándoles el móvil— por una pistola—. Hugo, que así se llamaba el cabecilla, les indicó que bajaran las armas.

—El teléfono y unas cervezas.

—¿Cuántos años tenéis?

—Depende de las ganas que tengas de conseguir esa pistola—. Natalie inhaló todo el aire que pudo. Una nueva infracción a su lista.

—Está bien... trato hecho.

Con el dinero y la pistola, Natalie entró en la tienda donde, además de las cervezas para los chicos, se hizo con unas tijeras, un top ajustado y algo de maquillaje. Tras pedirle al tendero usar el baño, tuneó la sudadera que llevaba, se maquilló en exceso y regresó a la calle donde hizo el intercambio con los chicos. Ahora venía lo complicado, entrar en el bar en el cual, según la información que Guzmán había conseguido, podría encontrar a Fernando Durán. Estaba a punto de meterse en la boca del lobo, sólo esperaba que el maquillaje y la improbabilidad de que una persona buscada por la policía se atreviera a pasearse en un concurrido lugar de agentes, la ayudara a pasar desapercibida. Entró en el local provocando que las cabezas se giraran a su paso y con andares decididos se acercó al camarero.

—Necesito encontrar a Durán. Es importante.

—No ha venido esta noche, pero si yo puedo ayudarte... —la miró con lascivia haciéndole un guiño.

—El único que puede ayudarme es él.

—Pues mira, vas a tener suerte. Ahí lo tienes —dijo señalando a un hombre moreno de aires latinos que se había detenido en la puerta a saludar a varios colegas.

Natalie se dirigió a él. Durán la observó de arriba a abajo como un sabueso a su presa. Con media sonrisa y ademanes chulescos, esperó que la chica hablara.

—He venido a buscarte. Vamos a fuera, tenemos que hablar —dijo tomándole del brazo. Él se asió y con soberbia la apartó.

—Tal vez en otro momento, preciosa.

—No lo entiendes —se acercó a él todo lo que pudo, despertando la intriga de los que allí estaban y le susurró al oído—. Sé lo de la molécula de Dios.

Los ojos de Durán se abrieron tanto que a punto estuvieron de salirse de sus órbitas. Debía actuar rápido. La empujó contra la barra, se lanzó sobre su boca y la besó como si no hubiera mañana. Antes de que Natalie pudiera reaccionar, Durán le había quitado la sudadera lanzándola al gentío y la llevaba cargada en su hombre hacia la parte trasera del local, mientras sus compañeros lo vitoreaban y él continuaba con el espectáculo.

—¡Mujeres! No pueden vivir sin esto —señaló su cuerpo. Natalie trataba de zafarse, pero él la sujetaba con fuerza.

Una vez en el callejón trasero, Durán la dejó caer contra el suelo. Dolorida, Natalie se incorporó dispuesta a obtener explicaciones; pero él no le dio oportunidad. La agarró por el cuello y la apoyó contra la pared.

—Estás loca —insultó entre dientes—. ¿Querías que todos se enterarán?
¿Quién eres y quién te envía?

—No me envía nadie —logró decir con dificultad—.

—¿Quién te ha hablado de mí?

—Yo... —le costaba respirar. Durán apretó con más fuerza para luego aflojar el agarre y lanzarse sobre su cuerpo para saborear su cuello en un intento de despistar a uno de los camareros que había salido a sacar la basura. Natalie aprovechó el despiste, justo cuando el camarero había vuelto al interior, para darle un rodillazo en la entrepierna y dejarlo fuera de juego.

—Ni se te ocurra ponerme otro dedo encima, cretino—. Durán se retorció en el suelo. Natalie lo cacheó y le quitó la pistola y el teléfono móvil; la primera la lanzó por debajo del bidón de basura, lo secundó lo guardó dentro de su bota. Sacó su arma y le apuntó a la cabeza—. Vas a responderme algunas preguntas y luego me vas a llevar con tu jefe. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sólo tengo que gritar y un montón de agentes saltarán sobre ti.

—Hazlo y un equipo de federales les hará saber a tus amiguitos a qué bando perteneces.

—¿Federales?

—Sí, federales; así que levanta y sigue mis instrucciones.

—¿Eres federal?

—¡Vamos! ¡Camina!

—¡Maldita sea! ¿Eres esa entrometida de Natalie Davis?

—Eso suelen decirme.

—Hay una orden de captura y...

—Y Collins es tan estúpido que no sabe que colaboro con el gran jefe—

sonrió malévolamente provocando que la mandíbula de Durán se desencajase—. Alejémonos de aquí y cojamos tu coche. Hay alguien a quien me tienes que presentar.

Capítulo 40

Durán había seguido las instrucciones de Natalie sin quejas ni trucos extraños; había ocupado el asiento del piloto, mientras la agente se había acomodado detrás para tenerlo vigilado. Durán conducía por las calles de Nueva York sin aparente rumbo fijo. Natalie que se había percatado de la artimaña de su compañero de viaje, rompió el silencio que los había acompañado desde que habían entrado en el vehículo.

—No sé qué pretendes; pero estoy a punto de hacerme amiga de ese vagabundo de la esquina... ya hemos pasado por aquí cuatro veces.

—Te habrás confundido.

—No me parece muy inteligente desafiar a alguien que te apunta con un arma.

—No creo que seas capaz de... —. El sonido ensordecedor del arma de Natalie al dispararse llevó a Durán a frenar en seco. Los cristales de la ventana del copiloto se habían esparcido por el asiento. Durán se quejaba al tiempo que se llevaba la mano a su oreja—. ¡Estás loca! ¡Me has dejado sordo! ¡Podrías herir a alguien!

—Esto no es ningún juego y me importa una mierda si hiero a alguien — mintió; no era momento de confesar que se había asegurado de que no hubiera ningún transeúnte antes de disparar—. ¿Te ha quedado claro?

—Sí —respondió Durán apretando la mandíbula.

—Pues ahora déjate de paseos turísticos y llévame al hijo de puta que maneja todo el cotarro.

Durán maldijo entre dientes y puso en marcha el motor. Si esa arrogante de Natalie Davis, creía que podía salirse con la suya estaba muy equivocada. Guardaba un as en la manga y nada podría hacer para escapar de lo que

estaba a punto de enfrentarse.

Llegaron al muelle, donde todo había empezado; Durán la invitó a seguirlo y Natalie continuó caminando con cierto recelo. Le estaba siendo demasiado fácil todo aquello; su instinto le gritaba que estuviera en alerta, pero por más que mantenía todos sus sentidos atentos a cualquier movimiento, algo en su interior le decía que aquella visita no iba a acabar bien.

Durán se detuvo justo en el punto donde habían encontrado el cuerpo de Malcolm, el joven asesinado. Se acercó a la puerta metálica del almacén situado su lado y Durán golpeó tres veces con el puño.

—Será mejor que guardes la pistola, si no quieres que te reduzcan nada más verte—aconsejó el policía. Natalie no estaba segura si seguir su consejo; pero temía que tuviera razón, por lo que aceptó la premisa.

La puerta se abrió a media altura y Durán se coló por debajo, Natalie lo siguió de cerca hacia el interior. Oscuro, silencioso y demasiado tranquilo; Natalie trató de recular, pero ya no había tiempo para arrepentimientos. Un golpe certero en su nuca y perdió la consciencia.

Capítulo 41

Kevin detuvo el auto y bajó raudo hacia la puerta principal de la casa de Humberto Guzmán. El resto de agentes habían bajado del vehículo y esperaban a que Kevin hiciera las preguntas pertinentes para continuar con la búsqueda de Natalie. Jack y Olivia permanecían apoyados en el capó, mientras Gerard fumaba un pitillo custodiando la entrada y Coleman hablaba por teléfono.

—¿En qué piensas, Jack? —preguntó Olivia ante la actitud distante de su amigo.

—Pues... —se encogió de hombros— en que necesito unas vacaciones y, cuando todo esto acabe, puedes estar segura que me llevaré a Natalie conmigo aunque tenga que atarla y meterla en una maleta—. Olivia rio ante la ocurrencia; sabía que no sería fácil alejar a la detective del trabajo, o bien, este acabaría por encontrarla a ella donde fuera que fuese—. ¿Y a ti qué te sucede? Has estado muy seria desde que abandonamos el hospital. ¿Has discutido con Collins? —Olivia torció el labio.

—Supongo que ya no tengo que preocuparme porque la gente se entere; era de esperar que lo nuestro fracasase.

—No sé por qué, pero no te creo —se burló—. ¿Es por cómo ha llevado el caso de Natalie? —Olivia asintió.

—¿Cómo ha sido capaz de considerar que Natalie sea una asesina? ¿Por qué ha tenido la desfachatez de enfocar todo el caso en su culpabilidad cuando es la víctima de todo esto? —pateó el suelo.

—Hay algo más, ¿verdad? —alentó Jack a continuar. Olivia suspiró.

—Tienes que prometerme que esto quedará entre nosotros y que no lo usarás en contra de Tom.

—¿Qué ha hecho ese cretino de Collins?

—Por favor, Jack.

—Suéltalo, anda.

—Cuando fui a su casa a recoger los informes, lo descubrí hablando con alguien. El tipo le decía que debía encargarse de Natalie o la cosa no acabaría bien para él.

—¿Quién era ese hombre? ¿Lo conoces?

—No lo había visto nunca. Lo peor es que este incidente me despierta demasiadas suspicacias. Brandon, los agentes que convirtieron el coche de Natalie en un colador, ese tal Durán... Todos parecían estar del lado de la ley y mira como han acabado. ¿Y si Collins...?

—No saques ideas precipitadas. Lo que voy a decir a continuación espero que quede entre nosotros, de lo contrario lo negaré y me encargaré de devolvértelo. Entre las muchas cosas detestables de ese tipo, puedo asegurar que Collins lleve el lema de la agencia con honor. ¿Quiero decir con esto que confío ciegamente en él? La respuesta es que no; pero sí se merece el beneficio de la duda.

—¡Chicos! —interrumpió Coleman.

—¿Qué pasa? —indagó Jack ante el rostro enrojecido de su amigo.

—Estabais en lo cierto. Natalie está uniendo las piezas del puzzle.

—¿A qué te refieres? —preguntó Olivia frunciendo el ceño.

—Ha robado una moto, ha reducido a una residente y se ha hecho pasar por psicóloga para visitar a Harry Freeman.

—Pero... —Jack no pudo continuar.

—Agentes —se unió al grupo Kevin—. La mujer de Guzmán dice que su marido ha ido al Campus a recoger las pertenencias de su hija. Le he preguntado por Natalie; la mujer no sabe nada sobre el tema ni siquiera sabía que su hija había sido asesinada. Guzmán le dijo que había sido víctima de un

atropello.

—Mirad, ahí llega —indicó Olivia. Guzmán intrigado por la presencia de los agentes en su jardín, se acercó de inmediato a indagar.

—¿Sucede algo, agentes?

—Queríamos saber si la agente Natalie Davis había visitado su casa—explicó Jack. La razón de la visita puso en alerta al individuo.

—¿No habrán hablado con mi mujer?

—Lamento decirle que informe debidamente... —quiso disculparse Kevin.

—¿Cómo han podido? ¡Mi mujer es una persona inestable! Tiene la salud delicada y lo último que quería era crearle más dolor. ¡Lárguense de mi casa! ¡No quiero volver a hablar con ninguno de ustedes! La próxima vez que molestéis a mi familia, aseguraos de traer una orden o el nombre del asesino; en caso contrario invertiré todo el dinero que tengo y el tiempo de vida que me quede a hundiros en la miseria más absoluta—concluyó corriendo hacia el interior de la casa y poniendo como punto y final un sonoro portazo .

—Te has lucido, chaval —se burló Coleman zarandeando la cabeza y regresando al interior del vehículo; Olivia lo siguió tras dedicarle una mirada de reproche a Kevin; Gerard ocupó el puesto del conductor sin añadir nada y Jack sintió lastima por el federal.

—No te lo tomes como algo personal. Todos hemos metido la pata alguna vez, incluso ellos; el problema es que este asunto es más que un caso para nosotros.

—Gracias—se limitó a decir Kevin para acto seguido ocupar su asiento en el coche.

—Jefe, tenemos algo —señaló Gerard el portátil.

—Arranca, Natalie nos espera.

Capítulo 42

Los cinco agentes armados se dividieron en dos grupos. El primer grupo formado por Gerard y Jack se dirigieron a la parte norte del callejón; el resto tomó la iniciativa y avanzó por la zona sur, acercándose con sigilo hacia el punto que marcaba el móvil de Natalie. Fue Olivia quien se percató de que un grupo de adolescentes jugaba a disparar latas vacías y que su amiga no estaba allí; pero Kevin estaba demasiado ansioso como para poder razonar.

—¡FBI! ¡Arriba las manos!—gritó. Los chicos comenzaron a correr calle arriba, obligando a los detectives a ir tras ellos.

La persecución no iba a ser muy larga; el camino medía unos 9 metros y en la bocacalle Gerard y Jack apuntaban a los chicos; quienes al sentirse acorralados sacaron sus armas y apuntaron a los federales.

—No creo que sea una buena idea—tomó Jack las riendas del asunto—. Disparar a un federal conlleva pena de cárcel; y no tenéis pinta de ser tan estúpidos. Sólo queremos encontrar a una chica.

—¿La del móvil? —preguntó el más bajito del grupo.

—¡Cállate! —ordenó el cabecilla—. ¿Qué ganamos nosotros?

—Primero bajad las armas. Seguro que llegamos a un trato.

—¿Nos tomas por idiotas?

—Está bien. ¿Qué queréis a cambio de la información?

—¡Cervezas! —respondió de nuevo el bajito.

—¡No hables! —le recriminó el cabecilla.

—Pero la chica nos las consiguió.

—¡Cierra la boca! ¡Vas a conseguir meternos en un lío!

—Cervezas no podemos conseguirlos porque supongo que sois menores. ¿Qué os parece si olvidamos el hecho de que habéis bebido alcohol siendo menores y que tenéis un teléfono que no os pertenece?

—¡Eh! La chica nos lo dio.

—¿Seguro?

—Sí, a cambio de una pipa —agregó el bajito quien se estaba jugando una paliza del grupo.

—Vamos, bajad las armas. Sabéis que no hay más alternativas.

—¿Nos meteréis en la cárcel? Mi vieja me matará a correazos si se entera— afirmó el cabecilla.

—Pero si tu madre murió cuando tenías cinco años—desveló el bajito quien enfureció a su compañero y acabó recibiendo un puñetazo. El grupo guardó las pistolas y comenzaron a pegarse e insultarse entre ellos. Jack les hizo una señal a su equipo, enfundaron las armas e intervinieron reduciendo a los jóvenes. Una vez esposados y custodiados, Hugo -como se llamaba el cabecilla- le explicó a Jack lo sucedido.

—¿Qué te ha dicho? —indagó Kevin de mal humor; no le había sentado nada bien que Jack le eclipsara.

—Natalie les cambió el móvil y unas cervezas por una pistola. Al parecer compró algo de ropa y maquillaje porque cuando salió de la tienda parecía otra—. Jack obvió el comentario de Hugo sobre su amiga. “Ya me entiendes tío, parecía una tía buena”, había dicho el joven con las hormonas disparadas.

—¿Vieron hacia donde se dirigía?

—Según dice, tomó aquella dirección.

—¿Estás seguro? —quiso corroborar Coleman.

—Todo lo seguro que un quinceañero ebrio puede estar. ¿Por qué?

—Porque creo saber dónde fue Natalie; pero no creo que sea buena idea que me acompañéis.

—¿Estás loco? —se unió a la conversación Olivia—. Todos estamos en esto. ¿Te enteras?

—No creo que una panda de policías disfrute con la idea de ayudar a un grupo de federales que entran en su bar y acusan a uno de los suyos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kevin. Jack respondió por Coleman.

—Natalie iba detrás de Durán.

—Eso me temo; así que iré yo y trataré de hacer algunas preguntas.

—Yo te acompaño, te guste o no —advirtió categórica Olivia.

—De acuerdo —aceptó resignado.

—El resto esperaremos aquí —acordó Jack.

—Creo que esa decisión no os corresponde a vosotros —puntualizó Kevin—. Yo acompañaré a Coleman y Olivia; no os preocupéis, me mantendré en la retaguardia. Gerard y Jack podéis esperar en el coche, cerca del bar, por si la cosa se complica. Vamos, pongámonos en marcha; no hay nada más que discutir.

Capítulo 43

Kevin había dejado claro quien mandaba; a pesar de que lo hiciera porque su nuevo equipo había decidido permitirselo. Gerard aparcó en la acera de enfrente del local y, junto a Jack, aguardó nuevas instrucciones. Kevin bordeó el recinto y esperó en la zona trasera, atento a cualquier irregularidad. Coleman, seguido de Olivia, entró en el bar; los saludos se sucedieron nada más entrar. Olivia dejó que su nuevo compañero confraternizara y ella tomó asiento en la barra, donde pidió dos cervezas.

—¿Eres nueva? —preguntó el camarero.

—Algo así —respondió encogiéndose de hombros—. Estamos trabajando en un caso; la hija de Humberto Guzmán.

—Algo me dijeron los chicos. Una pena cuando son tan jóvenes.

—Al parecer el novio no se juntaba con buenas compañías; lo típico.

—La misma historia de siempre. No entiendo por qué a las chicas guapas le atraen los tipos malos. Seguro que tú también estás con un cretino; nada más hay que verte —añadió escudriñando cada rincón de su cuerpo.

—Yo por suerte no tengo ese problema, ya me entiendes—. Olivia le dedicó un guiño. Los ojos del camarero se abrieron como platos.

—¿Quieres decir que tú eres...? ¿Qué a ti te gustan...?

—Sí, pero será nuestro secreto—. El camarero asintió. Olivia disfrutaba descolocándolo; conocía muy bien a los tipos machistas y retrógrados como aquel, había tenido que criarse con uno.

—¿Y cómo es?

—¿Trabajar con Coleman o estar con una mujer?

—Lo segundo.

—Dímelo tú que probablemente tengas más experiencia—. El pecho del hombre se hinchó y Olivia supo que había ganado a un aliado—. Por cierto, ¿has visto a Durán por aquí? Tenía que pasarnos información.

—Ese sí que es un bribón. Llegó una chica preciosa, prácticamente se le tiró al cuello; Durán la cogió en brazos y se escapó con ella por ahí detrás — señaló a la puerta trasera—. Probablemente estén follando en algún motel de mala muerte. Al menos es lo que yo haría.

—¿Hace mucho que se fueron?

—Pues, no sabría decirte, tal vez una hora o algo así.

—Gracias... ya nos veremos por aquí—le guiñó un ojo y buscó a Coleman para marcharse.

En cuanto lo localizó, le tiró de la manga y le indicó que debían irse cuanto antes. Él decidió mostrar primero su gallardía delante de sus compañeros.

—¡Tranquila novata! Todavía es pronto. Cada día salen más tontos de la academia—agregó dirigiéndose al grupo de policías, quienes le rieron la gracia.

Olivia conteniéndose las ganas de mandar a la mierda a Coleman y mandar la operación al traste, se quedó mirando las fotos que colgaban de la pared. Agentes de uniforme, otros vestidos de paisano... Coleman rodeando con su brazo el cuello de un hombre al que reconoció de inmediato. Olivia se estaba cansando de esperar, así que se acercó de nuevo a Coleman y “accidentalmente” vertió sobre su camisa parte de su bebida. Él sólo tuvo que echarle un vistazo a su rostro para saber que tenían que poner fin a la velada. Ya en la puerta retomaron la conversación que desembocó en un acalorada pelea, ante la atenta mirada de Gerard y Jack.

—¿Qué diablos les pasa a esos dos? ¿Son pareja o algo? —comentó Gerard.

—Cada día estoy más seguro que son más que amigos; la tensión se respira en el aire—. Ambos rieron.

—No culpo a Coleman; yo también estaría desquiciado de trabajar codo con codo con una mujer así... —guiñó su ojo.

—No te pases que es mi amiga—. Jack le golpeó con el puño en el brazo. Gerard se quejó—. Perdona olvidé que estabas herido. ¿Qué te pasó?

—Davis.

—¿Natalie te disparó?

—Sí, pero no la culpo. Seguíamos a los dos federales que murieron. Nuestro topo nos había puesto sobre aviso. No sé quién de ese grupo de desgraciados, tuvo la brillante idea de meter algunos fajos de cocaína en su maletero como paso previo al plan de aniquilarla; así cuando encontrarán su cuerpo alegarían que la agente Davis estaba metida en asuntos de narcotráfico. Pero, claro, nosotros eso lo supimos muchísimo más tarde. Kevin y yo seguíamos a los dos agentes cuando nos percatamos de su artimaña. Colisionaron con el coche de Natalie y, antes de poder darnos cuenta de lo que sucedía, se inició un tiroteo. Volteamos por la calle paralela para sorprenderlos; cuando llegamos los dos hombres estaban muertos y ella trataba de identificarse. Pensamos que formaba parte de la trama y devolvimos los disparos, aunque ella tuvo mejor puntería que yo—. Gerard zarandeó la cabeza y volvió la mirada a la pareja.

—¿A eso lo llamas tú trabajar en equipo? —recriminaba Olivia sin alzar la voz—. ¿A desaparecer y burlarte de mí?

—No pensé que necesitaras escolta para hacer tu trabajo.

—¡Serás cretino! Claro que puedo hacer perfectamente mi trabajo sin tenerte pululando alrededor; pero... ¿tenías que montar el show de machito delante de tus amigos?

—Tenía que actuar con normalidad.

—Entonces lo confirmas. Eres un auténtico capullo.

—Este capullo ha conseguido saber que...

—Durán se llevó a Natalie por la puerta trasera y todos creen que ella era una de sus ligues—interrumpió Olivia. Él se quedó mirándola boquiabierto—. Ahora dime una cosa, ¿quién es el tipo con el que sales en la foto que está colgada en la pared?

—Precisamente el tipo al que estamos buscando —respondió con una sonrisa de suficiencia. Olivia palideció e inició la marcha hacia la parte trasera para informar a Kevin. No quería que Coleman se percatara de que algo la preocupaba. Todos sus temores parecían salir a la superficie, al tiempo que las respuestas a todas sus preguntas tomaban forma. No sólo iban tras el hombre de la foto, le seguían la pista al mismo hombre que había amenazado a Collins.

—Olivia, ¿habéis averiguado algo? —dijo la bienvenida Kevin.

—Durán salió por aquí con Natalie. Nadie sospechó de ella; de hecho creyeron que era una de sus amigas.

—Si salieron por aquí, eso explica esto —dijo mostrándole una pistola envuelta en un pañuelo—. La encontré debajo del bidón de basura; vi algo brillar y resultó ser un arma.

—¿Crees que es la de Natalie?

—Espero que no, de lo contrario estará en un serio problema.

—¿Qué hacemos ahora? —Olivia estaba perdida. Kevin tampoco tenía muy claro por donde continuar y lo último que deseaba era preguntarle a Jack. Su móvil comenzó a vibrar.

—Tengo una pista —informó—. Es hora de ir donde todo comenzó.

Capítulo 44

La brisa fresca acariciaba sus mejillas y peinaba su pelo, mientras el olor a pino inundaba su pecho. Se ajustó el sombrero que protegía sus ojos de la luz reflejada en la neblina ligera que rodeaba los árboles e inspiró con fuerza; un halo de paz y calma avivó su corazón. Su pulso se había acelerado, las mariposas de su estómago revoloteaban juguetonas y era incapaz de esconder una sonrisa. No estaba segura qué sucedía, pero sí quién le provocaba cada uno de esos sentimientos. La neblina se disipó tras varios pestañeos y la cálida luz de un sol brillante que rompía la homogeneidad de un azul cielo, se tornó gris. Jack no estaba por ninguna parte y eso la inquietó y la hizo volver a la realidad. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Un matorral situado a su derecha comenzó a zarandearse captando toda su atención. Su respiración se aceleró, su corazón bombeó con brío y se colocó en posición de defensa dispuesta a responder con rudeza a su posible atacante. Una bola blanca de lana asomó entre la maleza y un balido le robó una sonrisa.

—Hola, pequeña —saludó—. ¿También te has perdido? —El animal se aproximó a la detective, quien comenzó a acariciar al animal detrás de la oreja.

Natalie suspiraba ensimismada con la mirada perdida, disfrutando de la momentánea tranquilidad. En un acto reflejo y fugaz, la oveja le mordió la mano. Ella se incorporó y contuvo la sangre presionando la herida con la otra mano. Cuando se disponía a recriminarle al animal su actitud, este se alejaba contoneando una cola de lobo.

Natalie no entendía que estaba sucediendo y el miedo a lo desconocido la perturbó y la animó a salir huyendo. Corría dejando atrás el claro entre los árboles en el que había despertado y golpeándose a cada zancada con las ramas y arbustos que se encontraba a su paso. Ansiaba que la luz que veía a

lo lejos fuera una salida de aquel interminable bosque; quizás una carretera, una vía de escape que le permitiera volver a casa. A medida que avanzaba, la luz parecía alejarse; por más que se exigía a sí misma continuar, no conseguía alcanzar la meta. Se detuvo para recobrar el aliento, torciéndose y descansando sobre sus propias rodillas; debía haberse desorientado, era la única explicación racional. Así que reanudaría la marcha marcando un punto de referencia para que no volviera a pasarle. Se incorporó y un frío helado le recorrió la espalda. No sabía cómo había regresado al punto de partida.

La detective comenzó a pasear de un lado a otro tratando de encontrar una explicación o, al menos, una forma de salir de allí.

—Hola, Natalie —le saludó una voz masculina.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí? —había reconocido de inmediato a aquel hombre.

—Dímelo tú.

—¡Esto es una locura! ¡Necesito salir de aquí! ¡Necesito reunirme con Jack!
¿Piensas ayudarme?

—Ya sabes la respuesta, ¿por qué no haces la pregunta adecuada?

—No entiendo...

—La pregunta que cierra todas las incógnitas.

—¿Tú mataste al chico?

—Pregunta incorrecta. Si quieres salir viva de aquí, deberás esforzarte más. Piensa, Natalie, ya tienes todas las piezas.

El agua fría recorriendo su cuerpo la hizo regresar a la realidad. Natalie despertó sujeta por las muñecas a una de las vigas de metal de aquella nave industrial con una cuerda que le quemaba la piel en cada intento por soltarse. La oscuridad se cernía por todos los rincones, a excepción de la débil luz proyectada por una bombilla sobre su cabeza y que dejaba a la vista los rostros de Durán, Daniela y Roland; este último sujetaba un cubo, el que había usado para lanzarle a Natalie el agua y despertarla. Daniela fue la que se erigió como portavoz del siniestro grupo.

—Natalie Davis... volvemos a encontrarnos—informó la mujer. Natalie entornó los ojos y reconoció su cara; era una de los secuestradores—. Me has dado muchos problemas. Si no hubieras sido tan testaruda, nada de esto hubiera pasado. Brandon seguiría con vida, tus amigos no hubieran estado a punto de morir y tú no estarías disfrutando de tus últimas horas. Porque debe quedarte algo muy claro, no pienso dejar que vuelvas a huir y arruines el negocio del siglo.

—¿Fuiste tú quién mató a Brandon?

—Fue bastante desagradable, la verdad. Él confesando sus sentimientos, diciéndome lo bonita que era... —bufó—como si necesitara que alguien me lo dijera. Tal vez en otras circunstancias habiéramos podido pasarlo bien juntos, pero los negocios son los negocios.

—Pero llamaste a la policía...

—Alguien tenía que avisarles si quería que disfrutaran de mi trabajo. No sé de qué te sorprendes, no somos tan distintas. Te recuerdo que mataste a Jean.

—Esa basura trató de violarme y estoy segura que no hubiera tenido suficiente con someterme...

—Así era Jean. Sinceramente, no te culpo. Él te hubiera hecho pasar por una auténtica pesadilla y si él no estaba dispuesto, yo me hubiera encargado de

quitarte esa cara de niña buena con una de mis joyitas —agregó mostrando una navaja con el mango labrado que portaba sujeta a su cinto.

—Ya que vas a acabar conmigo... hay algo que no consigo entender. ¿Por qué matasteis al chico y a Gloria? ¿Y por qué inculpasteis a Freeman? ¿No teníais bastante con haberle quitado el negocio?

—Tranquila, preciosa. Esto no funciona así. Ni tengo por qué darte explicaciones ni quiero hacerlo. Hay algo que me apetece más—agregó con una sonrisa que heló la sangre de Natalie. Daniela se llevó la mano al cinto.

—Recuerda lo que dijo el jefe —intervino Roland. Durán no estaba dispuesto a contribuir en aquello y medió para salvar a la detective.

—Esto no era parte del trato. Yo tenía que conseguir a la chica y punto. Nada de sangre ni nada de asuntos raros. Quiero mi parte y largarme de aquí.

—¿Tu parte? ¡Si ella te cazó a ti! —se burló Daniela olvidando por unos instantes a Natalie.

—La tenéis, ¿no? Quiero lo mío y ahora; o iré a la policía y se os acabará el juego. ¿A quién crees que creerán? ¿A una yonki asesina o a uno de los suyos?

—Tienes razón —accedió la mujer—. Sea como fuera, hemos conseguido lo que queríamos —dijo señalando a Natalie. A continuación le tendió la mano para sellar el pacto. Durán dudó unos segundos para finalmente devolverle el apretón. Daniela sonrió satisfecha por el acuerdo para acto seguido tirar de él para abrazarlo. Un frío filo de metal atravesó a Durán propiciando el desplome del cuerpo; la mujer lo dejó postrado en el suelo desangrándose y se centró en otros asuntos—. Ahora volvamos a lo importante —añadió Daniela con las pupilas dilatadas, tan ansiosa como desquiciada.

Natalie analizaba sus escasas alternativas para defenderse; con las manos inmovilizadas su única posibilidad era concentrar toda su fuerza en las piernas y patear como mejor pudiera. No sería fácil y dudaba mucho que fuera efectivo, pero al menos no moriría sin luchar.

Se puso en posición, flexionando ligeramente las rodillas, y divagó sobre los posibles puntos débiles de Daniela; quien se acercaba dispuesta a poner fin a la vida de la detective. Una sombra, situada en la zona donde el haz de luz no permitía vislumbrar con claridad, consiguió con su sola presencia que la asesina se detuviera en seco.

—No le esperaba, jefe —agregó a modo de saludo. El desconocido lanzó a sus pies una bolsa de deporte, sin moverse de su posición.

—Tómala y vete —sentenció.

—¿No quiere que me encargue de la chica? —preguntó con una decepción que no logró ocultar.

—Ya has cumplido tu parte; ahora es asunto mío. ¡Lárgate! —concluyó el hombre; su tono no daba pie a réplica.

—Muy bien —aceptó haciéndole una reverencia—. Roland, cuenta el dinero; compréndalo, jefe, **en los negocios como en la guerra quien es confiado acaba perdiendo el juego.** El aludido se arrodilló junto a la bolsa y contó el dinero.

—Está todo —respondió incorporándose. Ella asintió; ya no lo necesitaba. De su espalda sacó una pistola y sin mediar palabra puso fin a una nueva vida.

—No creerías que iba a compartir mi dinero. Yo he sido la que ha hecho todo el trabajo sucio. La que se ha encargado de perfilar cada detalle... no iba a compartir ni la gloria ni el premio —le explicó al hombre que prefería mantenerse en un segundo plano.

—Adiós, Daniela. Espero que nuestros caminos no se vuelvan a cruzar—. La mordaz frase pareció divertir a la mujer que rompió el silencio con una estrambótica carcajada.

—Me echarás de menos; todos lo hacen.

—Todos los que dejas vivos —murmuró Natalie, de quien parecían haberse olvidado. Las palabras de la detective no gustaron a Daniela quien con un golpe certero en el estómago la dejó sin aliento e incapaz de contraer su cuerpo para amortiguar el dolor. Una pistola surgió entre las sombras apuntando a la mujer.

—No volveré a decírtelo. Si no quieres ser la próxima, lárgate—. La amenaza surtió efecto. Daniela se disculpó con su jefe, cargó la bolsa al hombro y les dio la espalda con el objetivo de escapar de allí cuanto antes con dirección al aeropuerto; una increíble estancia en las Islas Caimán la esperaba.

El hombre había mantenido todo el tiempo la pistola en alto; sabía que Daniela no era una mujer de fiar, justo cuando iba a perderla de vista, apretó el gatillo varias veces finiquitando los sueños de libertad de la susodicha.

Natalie suspiró. Nadie parecía estar a salvo; nadie parecía poder esquivar la bala que llevaba grabada su nombre. ¿Qué la hacía a ella diferente para librarse del temido desenlace? Sintió ganas de llorar, de suplicar a su captor que pusiera fin a aquella pesadilla, de... El sonido de una silla siendo arrastrada por el suelo detuvo sus divagaciones. El hombre salió de la oscuridad, colocó la silla frente a Natalie y tomó asiento dispuesto a alargar su encuentro un poco más.

—Agente Davis —saludó. Natalie no le perturbó conocer su identidad—. Pensé que te sorprendería verme—. Cómo iba a sorprenderse si era el mismo hombre que había protagonizado su extraño sueño.

—Hola, Blas, tienes buen aspecto —afirmó haciendo referencia al rejuvenecido abuelo de Malcolm. Caminaba sin dificultad y había cambiado su vestimenta anticuada, por un traje a medida de Armani.

—Necesitaba alejar cualquier sospecha de mí para que te centraras en encontrar al verdadero asesino de mi nieto. ¿Me hubieras ayudado si fueras sabido que yo era el cabecilla de toda esta locura? Lo dudo mucho. Fue más sencillo para todos imaginar que era un pobre anciano desvalido —moduló su

voz hasta simular tener 20 años más—. Incluso Jack no se molestó en averiguar si tenía 80 o 60 años porque... ¿quién es capaz de hacer algo así?

—¡Estás loco!

—Pues este loco sexagenario ha conseguido engañaros a todos —se burló—. En cuanto te vi aparcada frente a la casa, supe que sería la opción más acertada; y no me he equivocado.

—Aunque no te ha salido muy bien la jugada. Todo tu equipo ha muerto, el FBI va detrás de ti y sigues sin saber quién es el asesino de tu nieto.

—Si de verdad crees que estos *donnadies* son el equipo que ha hecho posible que *la molécula de Dios* sea la droga de moda, eres bastante ilusa.

—¿Qué quieres decir? ¿Hay más federales implicados?

—Federales, agentes de aduana, policías... un negocio así no crece sin un poco de ayuda. Por otro lado, el FBI no sospecha de mí; y, siento decirte, que tú no tendrás oportunidad de ponerlos en sobre aviso.

—¿Y tu nieto?

—Ahí es está la clave. Has investigado, hecho preguntas, tienes todas las piezas del puzzle y aún así no has sido capaz de darme un nombre. ¿Has perdido tu don?

—Eso parece.

—No, querida. Tu don sigue ahí dentro, pero estás tan ofuscada y superada por las circunstancias de tu vida que no dejas que la magia fluya.

—¿A qué te refieres?

—He hecho mis deberes; lo sé todo de ti. Estoy seguro que el estrés y la tensión de tus últimos casos te han pasado factura. Estás bloqueada y no eres capaz de unir las piezas sola; por eso vamos a dejar que Dios te guíe hacia el éxito —agregó mostrándole una bolsita de droga.

—¿Piensas drogarme?

—No es lo más aconsejable después de haber consumido recientemente; Daniela pensó que sería divertido. ¿Tuviste un buen sueño?

—Salías en él.

—¿Ves? Seguro que tu subconsciente te gritaba que yo te había engañado.

— ¿De verdad crees que voy a saber quién mató a tu nieto gracias a eso?

—No tenemos nada que perder.

—¡Un momento! Lo haré, te lo prometo; pero antes... dime qué pinta en todo esto Gloria y Harry Freeman —indagó para ganar algo de tiempo con la esperanza de que Jack lograra llegar a tiempo. Blas volteó los ojos ante la pregunta.

—Eres tan entrometida... Está bien, te contaré la historia.

Capítulo 45

Blas era hijo de un drogadicto que abandonó a su madre cuando él tenía siete años y su hermana pequeña 10 meses. Su madre era una fulana que lo dejaba al cargo de sus cinco hermanos. Al cumplir los 18 se encontró con un padre que había fallecido de sobredosis y una madre que había muerto tras una larga agonía derivada de un cáncer de pulmón; tuvo que asumir la tutela de los hermanos para que no los separarán y comenzó a trabajar en el muelle. Un trabajo mal pagado, pero que le permitía llevar algo de comer a casa. Por más que luchó por ellos, sus hermanos acabaron tomando sus propias decisiones y largándose de casa. Excepto la pequeña Marie, quien con 15 años soñaba con ser bailarina.

Blas había depositado todas sus esperanzas en la niña; la única que había querido estudiar y se había mantenido alejada de los malos ambientes de la calle. Lo haría todo por ella; aunque eso supusiera formar parte del negocio de las drogas. Era un tipo inteligente, a quien se le daban bien los números y tenía el don de la palabra; por lo que le fue fácil rodearse de los hombres importantes de la zona posicionándose en un segundo plano. Marie consiguió una beca, se fue a París y nunca volvió a saber de ella. Menuda decepción. Darlo todo por alguien que sólo te había usado como medio para alcanzar su objetivo. Se convirtió en un hombre resentido y que compartía todas las noches cama con una mujer diferente; pero todo cambió cuando conoció a Rachel.

Una preciosa latina hija de un párroco a quien le hizo creer que era un simple contable. Blas supo ganarse a la hija, al padre y a la familia entera, por lo que pronto fue aceptado como un más; por lo que al año ya habían contraído matrimonio y esperaban su primera hija. Blas comenzaba a creer que por fin la suerte le sonreía. Por desgracia, una redada le pilló en el lugar equivocado y llegó a oídos de su nueva familia. 72 horas detenido, libre sin cargos y la promesa de no volver a acercarse a su mujer y a su hija fue el precio que tuvo que pagar porque su suegro moviera los hilos adecuados para salvarlo. La vida lo fue trayendo y llevando hasta convertirlo en un hombre solitario, pero

bien posicionado en la zona. No volvió a saber nada de su hija hasta que recibió la noticia de que tenía que hacerse cargo de su nieto de tres años ya que el 11s lo había dejado huérfano y los abuelos maternos habían muerto tiempo atrás.

Malcolm nunca supo a qué se dedicaba su abuelo y Blas siempre se aseguró que así fuera. Perderlo había sido un duro golpe para él; por primera vez en su vida se sentía completo, querido y miembro de una familia. Por eso, nadie podía culparle de haber usado los medios con los que contaba para encontrar al asesino de su nieto.

Lo cierto era que la relación entre ambos se había distanciado al decidir Malcolm que quería estudiar periodismo. Blas no lo veía con buenos ojos. Temía que acabara metiendo la nariz en algún asunto que terminara por sacar a la luz su auténtica vida. Una parte de Blas sabía que estaba siendo paranoico y suspicaz, pero por otro lado sentía pánico ante la idea de que su vida se desmoronara de nuevo. Se negó a ayudarlo a pagar la Universidad y Malcolm se marchó de casa y estuvo sin hablarle varios meses hasta que regresó con la noticia de que sabía a qué se dedicaba su abuelo y que quería entrar en el negocio. Blas, con reticencia, aceptó y le encargó a Jean que lo vigilara. Pensar que haber dejado que su nieto siguiera su sueño le hubiera evitado la muerte, le atormentaba cada noche cuando se refugiaba en el silencio de una casa demasiado tranquila. No sabría decir el momento exacto en el que su nieto y él se habían convertido en dos auténticos extraños; pero lo cierto era que Blas había estado demasiado ocupado con otros asuntos.

Había sido un hombre inteligente que había logrado hacerse un hueco en el negocio de los estupefacientes y había sabido dejar a un lado su ego para mantenerse en un segundo plano moviendo los hilos desde la oscuridad. Se había guardado de no permitir que su nombre o sus huellas aparecieran en lugares inoportunos; y mientras otros se llevaban la fama, él contaba con el respeto de los suyos y con la voz cantante para dirigir la empresa. Nada de aquello hubiera sido posible si no se hubiera rodeado de las personas adecuadas. Fue Durán, quien por mediación de Jean, le había hablado de la maravillosa droga que Harry Freeman pensaba colar en el país para usos

terapéuticos.

Al principio fue reacio, pero pronto Blas vio todo el potencial de la molécula de Dios. Algo que le creó enemigos, tales como Humberto Guzmán; un químico reconvertido en un excéntrico multimillonario que destinaba gran parte de sus beneficios, obtenidos en negocios especulativos, a realizar actividades filantrópicas. Tuvo que ser un duro golpe para Guzmán descubrir que una de las personas que más odiaba del estado resultaba ser el abuelo del novio de su única hija. De sobra sabía Blas que fue Guzmán quien habló con la junta para que le dificultara a Malcolm su estancia en la Universidad, como también sabía que había tenido que ver algo en su muerte. Blas no tenía pruebas de ello, pero había consumido la suficiente molécula de Dios para estar seguro de su culpabilidad; fue por esa razón por la que mandó matar a Gloria. Guzmán debía sentir el dolor que él había tenido que padecer ante la pérdida de su nieto. Lo cierto es que aquello no le había aliviado; al contrario, había alimentado su odio hacia Guzmán y todo lo que representaba. Ver a Guzmán impertérrito paseando por la ciudad, visitando la comisaría, esquivando a la prensa como si fuera un ser supremo, venerado e intocable, mermó los ánimos de Blas quien en un derroche de sinceridad sólo podía concluir su historia con una confesión que frustraba a Natalie. Blas no sabía cómo había acabado Freeman metido en la muerte de Gloria.

—¿Algo de lo que me contaste en tu casa era verdad? —indagó la detective ante la extensa pausa de Blas.

—Si lo ves con perspectiva, no te mentí; omití ciertos aspectos de la historia.

—¿Fue Brandon quien te dio la noticia de la muerte de Malcolm?

—Sí, fue él. Y antes de que lo preguntes te diré que es cierto que cuando llegué a comisaría preguntando por la investigación de su muerte, nadie supo darme una respuesta.

—¿Xavier fue el asesino de Gloria?

—Me daba igual quien lo hiciera; pero fue una casualidad que él repartiera por la zona que Gloria solía frecuentar los martes cuando tenía horas libres en la Universidad. Aparcó, la siguió por un callejón y sólo tuvo que levantar la mano y apretar el gatillo.

—¿Por qué Guzmán te odia?

—Es una larga historia que ahora no viene al caso. En resumen, me odia por ser su antagonista. Él se ha erigido como salvador de la comunidad, mientras que a mí me ven como el creador de todos los males.

—Pensé que habías dicho que te asegurabas de que nadie supiera tu posición en el entramado.

—Y así es; pero, por mucho que los políticos piensen lo contrario, la gente no es tonta.

—¿Y qué hay de...? —trató de continuar; sin embargo, Blas había decidido poner fin a la conversación.

—Te he concedido más de lo que hubiera hecho con cualquier otro. Es hora de dar por concluido este capítulo.

—¿Vas a drogarme? ¿Tan seguro estás que funcionará? —indagó reacia.

—Natalie, no me lo pongas más difícil —suplicó evitando mirarla y sacando una pequeña bolsa de plástico de su bolsillo. Su gesto taciturno, su voz quebrada y su mirada esquiva le dieron a la detective una respuesta clara.

—Ya veo... —se limitó a añadir asumiendo que había llegado el fin de su historia.

—No puedo dejar que difundas quién soy y lo que hago. Nunca lo he hecho y no voy a permitirlo ahora.

—¿Y qué hay de descubrir el asesino? ¿No decías que podía encontrar la verdad?

—Era una vaga excusa para persuadirte. Hay algo en ti que me convierte en un ser débil, no me malinterpretes, no es ninguna atracción física; es algo que va más allá... por eso es más difícil—. Se puso en pie y avanzó unos pasos —. No te resistas, será como estar en un maravilloso sueño... con la única salvedad de que al alba no despertarás—. Mezcló la **ayuhasca** con un poco de agua y miró su reloj de pulsera. Sabía que el concentrado de la droga unido al poco tiempo transcurrido de su última ingestión daría lugar al esperado desenlace. Natalie Davis dejaría de ser un problema y él podría marcharse una temporada hasta que las cosas se calmaran.

Se aproximó a la detective dispuesto a darle de beber el brebaje, pero antes de cumplir con su cometido, una mole de carne se alzó del suelo y se lanzó sobre sus piernas haciendo rodar por el suelo. Natalie no daba crédito a lo que veían sus ojos. Roland, aunque mal herido, luchaba contra Blas por... ¿salvarla? Blas cogió la silla y se la rompió en la cara a Roland, quien sin importarle los cortes ni la sangre, arremetía con su puño tratando de noquear al mafioso. Natalie trataba de deshacerse de las ataduras, mientras alzaba las piernas en un intento por patear y colaborar en la contienda. Roland estaba débil y le costaba respirar, lo que le restaba posibilidades antes Blas, a pesar de la diferencia de edad. Cansado y a punto del desfallecimiento, Roland consiguió hacerse con una pistola que descansaba en el suelo y apuntó a Blas. Las puertas de la nave se abrieron de par en par interrumpiendo el incidente.

—¡Alto! ¡Arriba las manos! ¡Les habla el FBI! —gritó Kevin seguido de su equipo. Natalie lo divisó de inmediato, con el pulso firme mantenía el gesto recio devolviéndole la mirada; al fin Jack había llegado y con él la paz y la calma. Le dedicó una coqueta sonrisa y se derrumbó cediendo al cansancio acumulado.

Capítulo 46

Natalie viajaba en el asiento del copiloto observando la ciudad por la ventanilla como si fuera la primera vez que visitara aquel lugar. Habían pasado tres días desde que Blas fuera detenido y Roland hospitalizado para curarse de sus heridas. Menuda sorpresa descubrir quien era realmente; un agente del FBI infiltrado y que había estado pasando información a Kevin y al jefe Estévez. Natalie suspiró; se sentía cansada a pesar de haber estado casi 72 horas durmiendo. Jack no se había apartado de los pies de su cama ni un momento, mientras ella se había refugiado entre las sábanas para recomponerse de su gran aventura.

—Entonces... —se decidió a romper el silencio—. ¿Quién mató a Malcolm?
—Jack dibujó una media sonrisa; sabía que Natalie no olvidaría el asunto así como así.

—Según Roland, cuando el chico descubrió a qué se dedicaba su abuelo, decidió desenmascararlo. Pensaba escribir un artículo y venderlo; su gran oportunidad periodística. Por desgracia, Jean lo descubrió y lo silenció para siempre.

—¿Y Freeman?

—Recuperándose de su aparatosa caída. Se han retirado los cargos tras la confesión de Blas.

—Pero... ¿por qué lo inculparon? —Jack se encogió de hombros.

—Alguno de los secuaces de Blas; estaba en el lugar equivocado, en el momento más inoportuno. No le des más vueltas; el caso está cerrado y... ¿tengo que recordarte tu promesa? —Natalie rompió a reír al recordar la pregunta con la que Jack había acompañado el desayuno aquella mañana.

—Sé lo que he dicho y sé que a qué te refieres, pero el caso no está cerrado —. Jack dio un volantazo y frenó en seco en el arcén.

—No pienso moverme de aquí hasta que pases página.

—Sabes también como yo que eso no va a pasar.

—Natalie... por favor, nos están esperando.

—Y vamos a ir, aunque antes haremos una pequeña paradita —le hizo un guiño y resignado Jack puso el auto en marcha.

En la oscuridad de su habitación, el sonido de las pulsaciones en el monitor y su respiración se habían convertido en la melodía para conciliar el sueño y olvidar por qué estaba allí y cuánto tardaría en recuperarse. Inmovilizado íntegramente, era incapaz de hacer nada sin ayuda de algún profesional sanitario. Su favorita era la enfermera Gabriella, era la más simpática; aunque el enfermero Benson era con quien más cómodo se sentía. Iba a pasar una larga estancia postrado en aquella cama, por lo que lo sensato era amoldarse a las circunstancias. La puerta se abrió lentamente, inundando momentáneamente de luz la habitación. A continuación se cerró de manera sigilosa y unos pasos amortiguados se aproximaron. Harry trataba de averiguar quien sería su visita. Los jueves siempre le visitaba Karina, solía traerle flores y leerle algún libro; pero no, aquella no era Karina. Ella hubiera encendido la luz, le hubiera saludado con su voz chillona y le hubiera revisado las vías contándole alguna historia sin importarle si dormía.

—¿Hola? —se atrevió a decir, pero no obtuvo respuesta—. ¿Hay alguien ahí? —añadió inquieto. Podía percibir un cuerpo amparado en la oscuridad que lo observaba y esperaba apaciguado el momento propicio para actuar—. No sé quién eres ni qué quieres de mí, pero...

—Venganza —le susurraron. Los ojos se le abrieron hasta alcanzar su máximo exponente, la piel se le erizó y sintió como su vejiga flojeaba. Después de todo, Harry Freeman recibiría su castigo. Alguien abrió la puerta de una patada y prendió la luz.

—Arriba las manos y aléjese despacio de la cama. ¡Vamos! —ordenó una voz que había oído con anterioridad, pero a quien no conseguía ponerle rostro. Reunió fuerzas para alzar el cuello y la vio; la falsa psicóloga apuntaba con su pistola a su viejo amigo Humberto Guzmán, mientras un tipo bien parecido le reducía. La mujer dejó que el hombre se llevara a Guzmán y se acercó a Freeman.

—Hola...

—¿Gracias? —dudó el impedido.

—Supongo —se rio evitando mencionar el hecho de haberle salvado la vida por segunda vez—. Me llamo Natalie Davis y soy agente del FBI; te dije que volvería y aquí estoy —ambos sonrieron. Natalie se hizo un hueco y se sentó en el borde de la cama dispuesta a llenar las lagunas de aquella historia.

Capítulo 47

Humberto y Harry eran amigos, hasta que Harry quiso sacar un sobresueldo. Humberto tenía que deshacerse de él para continuar con sus planes. Había estado sintetizando una nueva medicina usando los materiales de la empresa sin su permiso; todo por su mujer, quien sufría una enfermedad desconocida para la que no había tratamiento ni intención de buscarlo debido al bajo número de afectados. Humberto debía deshacerse de Harry antes de que sus trapicheos le salpicaran; así que lo denunció, de esta forma se deshacía de él y alejaba las miradas de sus asuntos.

Él había oído que *la molécula de Dios* podía ayudar a su mujer y llevaba meses tratando de conseguir la droga, incluso había viajado a Centroamérica; pero había sido imposible. Cuando estaba cerca de conseguirlo, llegó a sus oídos los planes de Freeman y la intromisión de Blas; no podía creer que una vez sus caminos se juntaran, pero de la manera menos propicia. A su mujer le quedaba poco tiempo de vida y no iba a permitir que lo arruinaran. Lo sencillo hubiera sido negociar con Blas y que este le suministrara la droga, pero el tema estaba descartado. Humberto había intentado limpiar de drogas la ciudad, pero Blas era demasiado listo para verse señalado; su enemistad era notoria, más si cabe cuando le pidió ayuda y Blas se negó al ser el responsable de que su nieto fuera expulsado de la Universidad. Humberto se reunió con Freeman para que este le ayudara y este se negó. Su mujer había muerto tras recibir la noticia del asesinato de su hija y la pose de hombre frío, distante y seguro de sí mismo había dado paso a una persona desquiciada y que estaba dispuesto a hacer pagar a los culpables de la muerte de su mujer y su hija; de Blas no podría ocuparse, pero del resto...

Jack escuchó atentamente a Guzmán, quien con la mandíbula desencajada, lloraba y gemía contando su versión de la historia. Algo en la forma en que había pronunciado las últimas palabras y en la manera en la que lo había

mirado provocó en el asesor una reacción inmediata. Debía pensar rápido. Telefonó a la centralita del hospital para que un guardia de seguridad custodiara a Guzmán hasta que la policía se personara en el lugar; y pidió que una patrulla se cerciorara de que su sospecha no era más que una falsa alarma. Su siguiente paso fue irrumpir en la habitación donde Natalie hablaba de manera distendida con Harry y sacarla de allí a toda prisa. Sin soltarle de la mano, tiraba de ella mientras corría en dirección al coche.

—¿Vas a decirme qué está pasando? —logró preguntar Natalie tratando de no dar un traspies.

—Estabas en lo cierto, ¿contenta?

—¡Jack! —le gritó cuando apunto estuvo de hacerla rodar por los peldaños de la entrada principal.

—Te lo explicaré todo en el coche, no tenemos tiempo que perder.

Natalie no dejó que Jack detuviera el coche por completo; abrió la puerta y de un salto se coló en el jardín de la preciosa casa de las afueras en la que Kevin vivía con su familia. Una patrulla había llegado al lugar y Jack hablaba con ellos sobre el asunto que los había traído hasta allí. Él justo salía de su casa tomando un poco de café de su termo de mano. Confundido, a la vez que sorprendido, saludó a la agente.

—¿Va todo bien? Creí que nos veríamos en la oficina.

—La cosa se ha complicado un poco. Guzmán ha intentado matar a Harry Freeman y quisimos asegurarnos de que tú estuvieras bien.

—¿Yo? ¿Por qué quería hacerme daño?

—Su mujer ha fallecido y ha perdido la cabeza. Culpa a Harry de no ayudarlo con el tratamiento y a ti por contarle a su mujer lo de su hija; desde su punto de vista, fue el detonante para que su estado de salud empeorase y falleciera.

—¡Oh, mierda! ¿Crees que intentará hacerle algo a mi mujer y a los niños?

—Lo hemos detenido en comisaría, así que supongo que puedes estar tranquilo.

—¿Cómo habéis dado con mi casa?

—Somos del FBI, ¿te lo recuerdo? Mi compañero Joe nos consiguió la información.

—Bueno... supongo que sólo ha sido una falsa alarma. ¿Nos ponemos en marcha?

—Sí, claro. Nos vemos en la agencia —se despidió Natalie regresando al coche. Jack suspiró aliviado.

—Lo último que necesitaba era un nuevo asesinato, antes de... ya sabes.

—Sí, la verdad es que yo tampoco. ¿Nos vamos? Creo que al jefe Estévez no le hará mucha gracia el retraso.

—Estoy seguro de que Olivia nos lo agradecerá —se burló Jack antes de poner el coche en marcha. Natalie se rió ante la ocurrencia y echó un último vistazo a Kevin, quien apuraba su café y subía a su auto para dirigirse al trabajo.

A penas tuvo tiempo de reaccionar cuando una estallido envolvió el coche de Kevin en una bola de fuego. Natalie se lanzó al asfalto y corrió dispuesta a meterse entre las llamas para sacarlo; Jack la siguió de cerca, mientras los agentes de patrulla daban la voz de alarma. Jack sujetó a Natalie por la cintura para que esta no cometiera la osadía de adentrarse en las llamas. La apartó a duras penas, empujándola sobre al hierba, y se abrió paso con ayuda de su chaqueta para sacar a Kevin por la ventana rota, ya que la puerta se había convertido junto con el marco de la carrocería en una única pieza. Kevin no respiraba y mostraba quemaduras y cortes por la mayor parte de su cuerpo. Lo tendió en el suelo. Natalie se inclinó dispuesta a aplicarle la RCP, pero de soslayo vio a una mujer aferrada al quicio de la entrada; intercambió

una mirada con Jack y acudió a atender a la esposa de Kevin que horrorizada observaba la escena. Con tacto y aplomo, Natalie logró convencerla de que volviera dentro y le facilitara toallas húmedas para cubrir el cuerpo de Kevin. Todos los dispositivos estaban en marcha; ahora sólo quedaba esperar a que el agente herido saliera con vida de aquella pesadilla.

Epílogo

El padre de Olivia, director de la agencia, ha pedido que todos se reúnan en su despacho para tratar algunos asuntos relevantes; ya que el último caso que han protagonizado ha desencadenado varias incógnitas. Todos han sido puntuales; la secretaria del señor Estévez les ha pedido que esperen en su despacho. Cuatro sillas bordean la mesa principal; una para cada uno. Olivia no para de morderse las uñas; reencontrarse tantas veces con su padre en tan breves lapsos de tiempo, la desequilibra. Coleman por su parte permanece casi acostado en la silla, resoplando y chasqueando la lengua. Jack y Natalie también guardan silencio; aunque no dejan de intercambiar miradas cómplices acompañadas de alguna que otra sonrisa.

Por fin, Estévez hace acto de presencia y todos se ponen de pie de inmediato; excepto Coleman que se hace el remolón para remarcar que no le gusta estar allí, que no le gusta el FBI y que él no le debe pleitesía.

—Buenos días, disculpen el retraso. Por favor, tomen asiento —les indica haciendo él lo propio—. Hay muchos temas de los que quiero tratar con ustedes; pero antes de empezar quiero comentarles que Kevin está convaleciente, pero fuera de peligro. Las heridas son profundas y no estamos seguros de cuál será su futuro, sin embargo, podemos decir a ciencia cierta que evoluciona favorablemente—. Natalie suspira aliviada y Jack le acaricia la espalda para reconfortarla—. Dicho esto, centrémonos en lo que nos ocupa —. Abre una carpeta, se coloca las gafas de cerca y lee algunos párrafos. Olivia zarandea la cabeza; sabe de sobra que todo forma parte del papel que le gusta representar a su padre para dar dramatismo al asunto, lo conoce lo bastante bien para estar segura de que tiene el tema más que controlado—. Comencemos por el señor Meyer —le mira por encima de las gafas—. Todos los aquí presentes somos concedores del fallo que le llevó a ser expulsado; pero... tras un minucioso estudio de su expediente considero exagerada y desproporcionada la decisión que se tomó. Además, como los últimos datos nos demuestran que hubo cierta mano negra a su alrededor, le pido disculpas y le readmito de inmediato ofreciéndole un puesto como jefe de equipo, eso

sí, la agente Davis no puede formar parte de él —un leve sonrisa aparece en sus labios. Natalie y Jack se miran y asienten antes de que Jack intervenga.

—Agradezco su oferta, pero lamentándolo mucho debo rechazarla—. Los ojos de Estévez se abren como platos, Olivia no da crédito a lo que acaba de oír y Coleman está a punto de levantarse y abofetear a su amigo—. No es que no quiera el puesto, es que tengo una boda que preparar—. Todas las miradas se centran en Natalie, quien sonrío divertida.

—Señor, si puedo intervenir —pide la palabra Natalie. El aludido asiente—. Nos gustaría tomarnos un año alejados de los crímenes—. Estévez guarda silencio, con los codos apoyados sobre la mesa deja descansar la frente sobre las manos. Finalmente, da su veredicto.

—Bien, me parece justo. Dentro de un año volveremos a reunirnos; sé que no es mi función directa, pero no quiero perderles de vista. Felicidades Olivia — se dirige a su hija; ella no entiende qué sucede—. Durante el tiempo que el agente Meyer esté fuera, serás la responsable del equipo.

—¿Yo?

—Estás sobradamente cualificada, el agente Meyer redactó magníficos informes sobre ti mientras trabajasteis juntos. No veo el inconveniente.

—Pero...

—Si no te ves preparada...

—Por supuesto que sí. Me encargaré de ello.

—Por último, agente Coleman. Si le he hecho venir es porque quiero que quede muy clara una cosa. Le dejé pasar que se inmiscuyera en el último caso del FBI y acepto que haya estado metido en esta investigación; pero la próxima vez que se salte la jerarquía, las competencias y demás formalidades, ni siquiera su buena amiga Natalie Davis podrá sacarlo del brete en el que estará metido. ¿Lo he dejado claro?

—Sí, señor.

—Eso es todo. Pueden irse.

Olivia fue la única que permaneció en su asiento.

—Hay algo que quiero comentarte —informó. Una vez solos, Olivia se dirigió a su padre—. Quiero hacerte una pregunta.

—¿Sobre tu ascenso temporal?

—No... pero ya que lo dices. ¿Es alguna artimaña para que te deba el favor?

—Sabes muy bien la respuesta. Jamás me gustó el nepotismo.

—Me alegro escucharlo; pero mi verdadera pregunta es sobre Tom Collins. Oí como Fernando Durán lo amenazaba. ¿Sabes si formaba parte de ese sector de agentes corruptos?

—Olivia, puedes estar tranquila. Tom Collins será muchas cosas, pero es de los pocos que llevan a gala el lema de la agencia —Olivia agradeció la sinceridad de su padre.

Abandonó la sala, cruzó el pasillo, tomó el ascensor... sus amigos la esperaban en el hall principal.

—Tenemos boda, ascenso y mi cuello sigue intacto —sugirió Coleman—. Esto hay que celebrarlo, ¿no?

El grupo accedió satisfecho por el desenlace, mientras Olivia se agarraba al brazo de su amiga sin apartar de su mente las tres mágicas palabras: **Fidelidad, bravura e integridad.**

Querido lector/a:

Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como yo en escribirla y que muy pronto nuestros caminos vuelvan a encontrarse.

Si **te ha gustado** LA MOLÉCULA DE DIOS, deja comentario en AMAZON, GOODREADS o en la [fanpage](#) de la Serie “Natalie Davis” para animar a otros lectores a que le den una oportunidad a la detective.

Recuerda, ya están disponibles los siguientes casos de la agente:

- El asesino de Village Street
- Hamilton Heaven
- SELENA

*N. del A: **No es necesario** seguir un orden de lectura de los volúmenes que forman la serie, pues cada caso es una nueva aventura totalmente independiente.

Puedes estar al día de mis **nuevos proyectos** en mi [web de autora](#) www.annabelnavarro.com y en mis perfiles de [Facebook](#), [Twitter](#), [Google+](#) [Youtube](#) e [Instagram](#).

Table of Contents

[Arthur Conan Doyle](#)

[Capítulo 0](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)